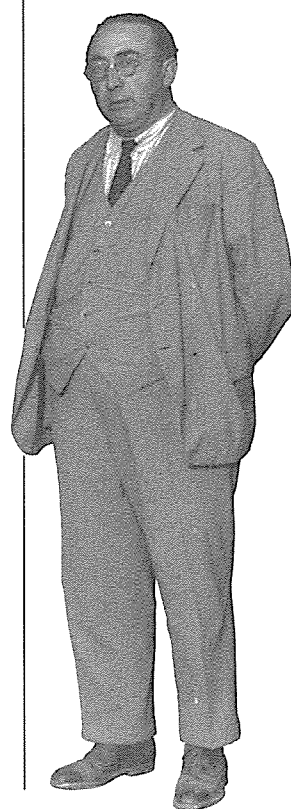


- La vuelta a España. Berlanga
- Otra vez en Sevilla
- El consultorio de Bustos Tavera
- La rebelión de los inquilinos
- El primer destierro a la Siberia extremeña
- Sevilla: la huelga general
- Carreteras, guardias civiles y cárceles
- Segundo destierro en Fuenlabrada de los Montes
- Mi destierro en Peñalsordo
- Destierro en Siruela



La vuelta a España. Berlanga

Con motivo de la guerra, cosa rara, se había dado en España una amnistía general. Mi buen padre había muerto en mi ausencia, y mi buena madre se encontraba sola en un pueblo extremeño, llamado Berlanga, donde mi hermana se había casado con un boticario.

En Londres yo estaba unido con Josefina Colbach, luxemburguesa, y se encontraba embarazada y muy próxima a dar a luz.

El lejano lugar en donde se encontraba mi madre podía alcanzarse por mar, yendo en un barco hasta Lisboa, y desde allí por tierra a Berlanga. Pero el parto estaba muy próximo, y podía presentarse en el camino, que era un serio inconveniente. Además los submarinos de guerra alemanes estaban en su fuerte y constituían un verdadero peligro para viajar. Lo más acertado era atravesar el Canal de la Mancha en barco y luego en tren desde París hasta Berlanga. Pero en las gestiones que hizo Nicolás Salmerón y García, para obtener un permiso de paso para los dos, se encontró con un obstáculo muy serio, y era que Clemenceau, al que se había dirigido, estaba muy enfadado conmigo y se negó a que yo pasara por Francia, aunque se concedió un permiso de paso para Josefina. Por lo tanto, yo hice el viaje por mar, y ella por tierra, y al llegar a París tuvo el parto de nuestro hijo Harmodio.

* * *

Una mañana tomé el tren de Londres a Liverpool, que no se detenía en las estaciones del camino, y llevaba a los viajeros que iban a embarcarse.

Cuando llegué allí, había mucho pánico por la aparición cercana de submarinos alemanes, que pocos días antes habían hundido un barco inglés, en el que iba a un puerto ruso el general Kitchener, muy conocido en Inglaterra desde la guerra de Transvaal.

En el puerto de Liverpool había tres grandes barcos mercantes que se disponían a partir para América, pero los viajeros eran muy pocos y viajaban por necesidad apremiante.

El día de la partida se acercaron unas lanchas de los buques para recoger a los viajeros, y una de ellas era conducida a remo por un negro, en la que nadie, por superstición, quiso montar, pero dos viajeros irlandeses y yo le hicimos señas al negro para que nos llevara.

A poco de salir los barcos, ya en alta mar fueron hundidos dos por los submarinos alemanes, y el que yo iba volvió a toda prisa al muelle donde se detuvo.

* * *

El poco tiempo que estuvimos en el puerto de Liverpool, lo empleamos en hacer prácticas para el caso que fuéramos atacados por los submarinos, que los teníamos muy cerca y habían hundido a los barcos que nos precedieron.

A una señal dada, los viajeros y los marineros se colocaban en un lugar señalado de antemano, con los salvavidas asidos, y esta operación se repetía de día y de noche, con frecuencia. De noche era más penosa, porque no teníamos más luz que la de las estrellas. Hasta que por fin se decidió partir a la ventura, porque el peligro seguía igual y no podíamos permanecer allí más tiempo.

El barco corría a toda velocidad y se veía al capitán mirando el horizonte, preocupado por la aparición súbita de un submarino.

El barco era tan hermoso, que llevaba un jardín y un teatro dentro, pero en aquella ocasión los viajeros no pasarían de cuarenta, entre ellos una compañía de teatro.

En el barco hice amistad con el anarquista portugués Márquez, con un joven muy simpático, cuyo nombre he olvidado, que se dirigía a la Argentina, y con un viejo irlandés y su sobrino. Éstos no ocultaban su odio contra Inglaterra y con frecuencia decían: “San Patricio haz que se hunda este barco, aunque nos ahoguemos”.

Unos grandes peces, creo delfines, corrían delante del barco en una carrera loca, para aprovechar los desperdicios que cayeran.

En el barco venían dos pajaritos que se colocaban en lo alto de unas cuerdas, de donde bajaban a picotear en el suelo, y no tenían temor de los viajeros. Yo creí que serían de los marineros, y que los tenían domesticados, pero éstos me dijeron que viajaban como nosotros, aunque sin pagar. En efecto, al llegar a La Coruña se remontaron sobre el barco, lanzaron un trino de despedida y se dirigieron a la tierra cercana.

Por fin vimos la costa de España, desapareció el temor a los submarinos y recobramos el ánimo.

* * *

En La Coruña se detuvo el barco poco tiempo, y daba la impresión de una bella ciudad. Se divisaba una parte de calle con cristalerías iluminadas. En aquel momento me acordé de Rosalía de Castro y de Curroz Enríquez, sin olvidar algunos obreros gallegos, que había conocido en nuestras luchas.

De allí pasamos a Vigo, que estaba rodeado de altos montículos que le daban un aspecto solemne. Los viajeros compraron latas de ricas sardinas en conserva, que hicieron subir al barco con unos cordeles, de las lanchas de los vendedores.

En Oporto, el barco se detuvo a bastante distancia de la costa, y allí bajé con el anarquista portugués Márquez.

A donde llegamos no se veía ciudad alguna, sino un edificio que hacía de restaurante, donde esperaban un grupo de periodistas conocidos de Márquez. Allí nos invitaron a comer buenas chuletas de cerdo y a beber en abundancia el rico vino de Oporto, en vasos grandes.

Después, el barco siguió su ruta, entró en la ría de Lisboa y allí desembarcamos.

En Lisboa quedé un solo día y Márquez me presentó a algunos de los compañeros.

En Badajoz fui a la aduana y allí me detuvieron hasta el día siguiente, porque dudaban si debían cobrar algo por varias cajas de preparaciones microscópicas.

Por fin me dejaron pasar sin cobrar nada.

* * *

Una sensación muy extraña me produjo viajar en el tren que me conducía de Badajoz a Berlanga. Acostumbrado a viajar en los trenes rápidos de Inglaterra, aquel tren me parecía que iba arrastrado por cangrejos, y que podía muy bien bajarme para recoger un objeto y después volver a subir.

Por fin se detuvo el tren en la estación de Fuente del Arco, para tomar otro por la vía estrecha de Peñarroya. Era la caída de la tarde y aquel tren no llegaba hasta la mañana del día siguiente. Como el pueblo estaba lejos de la estación, al llegar la noche me acosté en un banco de la sala de espera y me puse a dormir.

Ya de día me desperté y me di cuenta que estaba rodeado de varios hombres que me miraban con curiosidad. Comprendí, por las preguntas que me hacían, que sospechaban quién era yo, y cuando confirmé sus sospechas, se me acercaron y estrecharon mi mano con cordialidad. Eran trabajadores del ferrocarril.

Como les preguntara qué objeto tenían unos cables aéreos de los que colgaba una vagoneta, me dijeron estaban relacionados con la explotación de una mina de hierro que yo había descubierto en una cueva antes de salir de España.

En efecto, yo fui a visitar la "cueva de la Jayona", que así se llamaba, creyendo que se debía a un proceso natural, producido por la filtración de las aguas en un terreno calizo; pero no era así, eran trabajos de los romanos en una mina de hierro; así que di la voz de alerta a los vecinos, por si quedaba algo que explotar.

Por la mañana temprano tomé el tren de la vía estrecha a Peñarroya, y pronto me dejó en la estación de Berlanga, que no estaba muy lejos. Pero se me presentó una dificultad, que el pueblo estaba a una legua de distancia, y el coche no venía por los viajeros hasta las dos de la tarde, así que decidí no esperar y marchar a pie, como hice, y pronto estaba en los brazos de mi madre.

* * *

Berlanga era un pueblo de unos 8.000 habitantes, con tierras de siembra muy ricas, las llamadas tierras de "barros", lindando con la provincia de Sevilla. Era un pueblo eminentemente agrícola, con una minoría de propietarios del campo, muy brutos y borrachos, y el resto de la población jornaleros sin tierra.

Había dos médicos, uno que estaba borracho a todas horas, y el otro que visitaba de día, pero se emborrachaba de noche, y a consecuencia de ese abuso del alcohol se

lesionó del cerebro y quedó hemipléjico bastante joven, lamentando, cuando no tenían remedio, las torpezas cometidas.

Había dos farmacéuticos, uno de ellos mi cuñado, que se pasaba el día bebiendo vino, y el otro fumando grandes cigarros. El último se enfermó y le diagnosticaron tuberculosis pulmonar, por lo consumido que estaba y la bronquitis que tenía. Lo que padecía era una intoxicación por el tabaco, que yo le curé al conseguir que no siguiera fumando.

No he conocido un pueblo más atrasado y embrutecido que aquél, teniendo tantas probabilidades de riquezas, sin ninguna aspiración a lo bueno y lo bello. Los hombres pasaban el tiempo en el “Café de los Señoritos”, bebiendo alcohol y hablando tonterías. Mi llegada les pareció algo extraño, como si hubiera caído de la atmósfera, como un meteoro.

* * *

Mi hermana vivía en una casa muy grande, pero la mayor parte vacía porque sólo la ocupaba el matrimonio, y allí tenían la farmacia. Mi madre no aceptó vivir con ellos, y como tenía un carácter independiente, tomó una casita para ella, y allí me fui a vivir cuando llegué, y poco después Josefina con el recién nacido.

A mí no me gustaba el pueblo ni la gente, ni tampoco el campo, llanuras poco onduladas sembradas de cereales y sin árboles. Más que las llanuras, me han gustado siempre los bosques y las montañas. Sin embargo, las llanuras de Holanda, con tanto ganado vacuno y tantas flores, eran de mi agrado. Además, el personal de Holanda era tan diferente del de Berlanga, como el día de la noche, y no había manera de confundirlo.

Me quedaba en mi casa, entregado al placer de los libros, o salía de paseo al campo cercano recogiendo las primeras plantas con flores que anunciaban la proximidad de la primavera.

Siguiendo la costumbre que tenía en Londres, dejaba abiertos los balcones de mi dormitorio, pero mi madre creía que aquello podría hacerme daño, se levantaba cuando me creía dormido y los cerraba. Al despertar, sentía la atmósfera cargada y los volvía a abrir de nuevo.

* * *

Cuando partí de Londres, tenía 14 grandes cajas de libros y los mandé a Sevilla, a la dirección de una tía mía que me había ofrecido pagar los gastos. Luego, la entrega de las cajas ocasionaron muchas dificultades, como voy a referir.

El caso fue que de nuestros viajes traíamos un enorme cargamento de libros, y entre las cajas, una con una colección de cráneos de monos recogidos en África. Los cráneos se hicieron sospechosos por el parecido al que llevaba Alfonso XIII sobre sus hombros, y hubo hasta quien supuso que se trataba de calaveras que habían pertenecido a personalidades asesinadas por los anarquistas y se negaron rotundamente a hacerme la entrega del equipaje. Recurrí a Barriobero, que vino en mi ayuda como abogado, así como al doctor Manuel de Brioude, catedrático de la Universidad de Sevilla, quien tuvo que testificar que aquellos cráneos eran de monos que no

habían participado en ninguna función del Estado. Por fin, el pleito se resolvió a mi favor, gracias a las idas y venidas de aquellos amigos. ¡Cómo hubieran podido imaginar, aquellos monos, cuando en vida saltaban por la selva, que iban a ser tan vilmente calumniados después de muertos, comparándolos con hombres de los menos recomendables!

* * *

Nos encontrábamos una tranquila noche en nuestro domicilio, sentados alrededor de una mesa, mi madre haciendo labores de mano y yo leyendo, cuando se presentaron de improviso el sargento de la guardia civil, acompañado de dos subordinados. Mi madre lo tomó a lo peor y empuñó el pequeño quinqué de petróleo que estaba sobre la mesa, para emplearlo como arma homicida, estrellándolo en la cara del sargento. Pero el asunto no era tan grave como creíamos, escarmentados de otros parecidos.

A una invitación mía se sentaron los tres, y el sargento me dijo con voz tranquila: “Desde que llegó usted al pueblo me están invitando a que lo detenga, porque dicen vino ilegalmente, detención que me valdría una buena recompensa y una nota buena de servicio en mi carrera. Como no dejan de insistir sobre lo mismo, he venido a hablar con usted para aclarar este asunto y que me dejen tranquilo. He de advertirle que no lo he creído tan tonto para que se dejara prender en este pueblo. Entonces le expliqué el asunto de la amnistía, y quedó tan conforme, sin necesidad de presentarle documentación alguna. Al marcharse me recomendó que cuando me fuera del pueblo le comunicara la noticia, y adónde iba, para comunicarlo a sus superiores, como tenía mandado. Una vez que me fui, no le comuniqué mi partida, y en castigo lo cambiaron de aquel pueblo, cosa que le alegró mucho, porque no quería estar allí y había pedido el traslado.

* * *

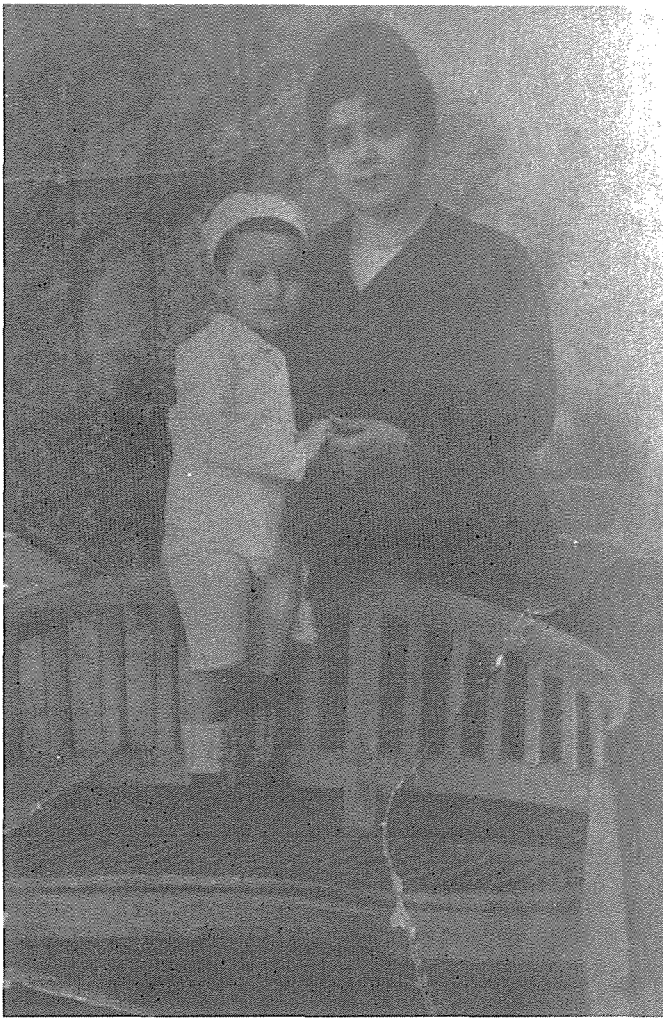
No pareciéndole bastante la vigilancia estrecha por la guardia civil, se mandó allí un policía especial, para dedicarse sólo a vigilar mi persona.

Como no tenía trato alguno, me pasaba el tiempo en casa o salía a dar un paseo por el campo para volver en seguida, el policía no sabía qué hacer, e hizo el tonto.

Se pasaba el día y la noche en el “Casino de los Señoritos”, entreteniéndolo con su conversación a aquellos cretinos, y por la noche haciendo prácticas de hipnotismo con los que allí estaban, que se desternillaban de risa. Como era muy bebedor, ya de madrugada, borracho, se lo llevaban entre cuatro a su casa, dos cogiéndolo por los brazos y otros dos por las piernas. De tonto que era se hizo popular entre los señoritos y servía para distraerlos. Se conoce que sus piruetas llegaron al oído de sus superiores, que pronto lo reemplazaron por otro.

* * *

Apenas se había ido el primer policía, apareció el segundo, éste de más edad y más formal. Pronto se dio cuenta de lo que ocurría, y no quiso servir de tonto ni prestarse a una misión indigna, como era la vigilancia de mi persona. Se puso de acuerdo con un



Josefina Colbach y Pedro Vallina, respectivamente, con su hijo Harmodio (▲) que nació en 1917. Pedro Vallina en la Siberia extremeña (◄), a mediados de los años veinte.

médico de la localidad, simuló unas fiebres palúdicas y el doctor le dio un certificado en el que decía que tenía que mudarse del lugar para curarse. El certificado hizo efecto y pronto llegó la noticia de su traslado.

* * *

Los curas que había en Berlanga influían poco en la moral del pueblo, ya que eran unos avaros que explotaban a sus moradores. Como se había inaugurado la obra de un cementerio nuevo, se les ocurrió la idea de llevar allí los restos del cementerio viejo, motivo de ceremonias religiosas y nuevos entierros que los curas cobraron.

* * *

Los años que pasé en el extranjero, desde 1902 a 1914, entre París y Londres, estudié la medicina y me hallaba capacitado para ejercerla, pero en España necesitaba obtener el título de médico para trabajar en ella, cosa fácil para mí por los conocimientos adquiridos en mis viajes. Así que decidí partir para Sevilla, a fin de gestionar el asunto del título.

Otra vez en Sevilla

Al llegar a Sevilla me fui a vivir con mi tía Asunción, quien vivía allí con su esposo y dos hijos jóvenes, uno de ellos confitero, y el otro perito mercantil, que trabajaba en el escritorio de la fábrica de cerveza de don Roberto Osborne.

Acostumbrado a la vida de París y Londres, donde pasé muchos años, nada menos que once, me pareció Sevilla una ciudad juguete. Las casas pequeñas y bajas, las distancias cortas. Pero encontré a los sevillanos, con relación a las corridas de toros, tan tontos como los había dejado. A mi llegada se debatía un acontecimiento taurino de extraordinaria "importancia", que tenía preocupados profundamente a los sevillanos. Se trataba de la oreja de un toro que se le había dado a su matador, bien dada según los unos, mal dada según los otros. Y se hablaba del asunto continuamente, en todos los lugares y a todas horas. Y me daba la impresión que se trataba, no de un manicomio, sino de una casa grande de tontos. Y sentí tal asco de aquel asunto, que me arrepentí de haber dejado a Europa, y me hubiera vuelto sin vacilar a París o a Londres.

* * *

No sé, ni me interesa, lo que tendría que hacer el rey durante cuatro horas aquella mañana en Sevilla. Lo que sí puedo decir, es que aquella vez se empleó un método nuevo a su llegada. Es decir, en vez de encerrarnos en la cárcel, nos encerraron en nuestra casa con centinelas a la vista.

Entonces vivía yo con mi tía en un departamento de la calle Alhóndiga. Había tomado el desayuno y me disponía a marchar al hospital, cuando de repente se presen-

tó un guardia civil solo y me saludó muy ceremonioso, diciendo: “Aquí me envía mi jefe y me recomienda no le deje a usted salir de casa hasta nuevo aviso, es decir, hasta que el rey se vaya de la capital”.

Entonces mi tía le ofreció una silla, al pie de una mesa, y el hombre se sentó tranquilamente.

No habían pasado cinco minutos cuando entró otro guardia civil y se encaró con el que estaba, diciéndole: “El jefe me encarga vea si estás aquí y me quede a tu lado”. (No antes de haberse saludado ceremoniosamente).

Y después llegaron dos guardias municipales armados, a cinco minutos de intervalo, y se repitió la misma ceremonia.

Mi tía, que era una andaluza de buen humor, colocó a los cuatro centinelas sentados alrededor de la mesa, les llevó una botella de aguardiente de “Anís del Mono” sin abrir y unas copas vacías, y los invitó a servirse para pasar el tiempo menos aburridos.

Los cuatro sujetos aquellos aceptaron con agrado el convite y se pusieron a tomar las copas de aguardiente, hablando tonterías hasta por los codos.

Ya cerca de las dos de la tarde, hora en que se había marchado el rey, se fueron retirando gradualmente como habían venido, primero los guardias civiles, después los municipales, como se les había ordenado, despidiéndose de nosotros.

La botella de aguardiente de “Anís del Mono” quedó vacía.

* * *

No tardó mucho tiempo en volver el rey unas horas por Sevilla, por segunda vez, y tampoco nos llevaron a la cárcel, pero ocurrió un percance muy gracioso. No nos mantuvieron encerrados en nuestras casas, como la vez anterior, pues nos dejaron en libertad de ir a donde quisiéramos, pero acompañados por un policía.

Así que cuando pasaba por la Alameda de Hércules, seguido de “mi” policía me topé con el anarquista Solano, que iba acompañado del “suyo”. Nos detuvimos, nos saludamos afectuosamente, hablamos un momento y los policías se situaron a una distancia respetuosa. “¿Conque nos permiten ir a donde nos plazca? —dije a Solano—, pues ahora vamos a ir con nuestros acompañantes a esperar al rey”. Y dicho y hecho, nos dirigimos hacia el muelle, donde desembarcaba Alfonso XIII. Acababa de llegar el rey cuando llegamos nosotros, seguidos de nuestros acompañantes. El revuelo que se armó cuando se dieron cuenta de nuestra presencia, fue muy grande. Los dos policías que nos acompañaban quedaron detenidos sobre el sitio, y luego nombraron otros policías con la orden de acompañarnos hasta el extremo del barrio de Triana.

* * *

El hospital de Sevilla era un hermoso edificio levantado en la Edad Media, constituido por una serie de grandes patios, uno detrás de otro, sembrados de palmeras. Supongo que podrían haber allí alojados unos dos mil enfermos. La administración del hospital la llevaba la Diputación Provincial. Había un grupo de monjas para asistir a los enfermos, bajo la dirección de una superiora. En el primer patio se alzaba

una iglesia majestuosa, que contenía objetos de arte, pinturas y esculturas, de artistas de mérito. Había un cura y un sacristán para el servicio de la iglesia y del hospital.

El director del hospital, doctor Pedro Ruiz, amigo antiguo de mis familiares, me recibió con extrema amabilidad y me invitó a colaborar con él en su sala de “Amor de Dios”, destinada a las enfermedades agudas. Así que todas las mañanas pasaba la visita con él, y luego me quedaba allí cuidando a los enfermos. El doctor Pedro Ruiz tendría unos 60 años cuando yo le conocí, y era un gran médico práctico, como no había conocido otro, y mucho aprendí a su lado.

Se había casado con una mujer rica, con la cual no fue feliz, pero entonces era viudo. No le quedaba muy buen recuerdo de su casamiento, puesto que a todos los solteros les aconsejaba no contraer matrimonio. A pesar de su conducta moral y de hacer el bien que podía, se mostraba pesimista acerca de la conducta de los hombres.

Del doctor Pedro Ruiz aprendí el método de balneación en los enfermos con infecciones febriles, con el que tanto éxito tuve en mi profesión, ya que él ya no visitaba, pero me dejó una experiencia de treinta años de sus prácticas en el hospital.

* * *

En los primeros días de mi llegada al hospital, las monjas me miraban con temor y curiosidad, debido a lo que les habían contado de mi historial. Pero a medida que pasaba el tiempo y observaron mi conducta con los enfermos y con ellas mismas, cambiaron de criterio y me mostraron grande estima. Tanto fue así, que deseando los estudiantes y médicos del hospital recibir una gracia de la superiora de las monjas se sirvieron de mí para solicitarla.

He aquí en lo que consistía:

En los comienzos de la fundación del hospital se celebraba todos los años una misa del gallo que se hizo famosa por las ceremonias que efectuaban y el nacimiento que se exponía, con pastores, reyes y animales de tamaño natural. El gentío que acudía de la capital y de los pueblos cercanos era imponente, y no sólo llenaba el hospital, sino que ocupaba los lugares cercanos. Como la celebración de aquella misa del gallo era muy costosa, además de los quehaceres que exigía, acabó por suprimirse y sólo se celebraba de tarde en tarde.

He aquí la treta de que se valieron estudiantes y médicos para obtener aquel año el permiso de la celebración.

Yo fui a visitar con un pretexto cualquiera a la superiora, y en la conversación saqué a relucir la antigua misa del gallo. Ella se deshizo en elogios de la ceremonia y acabó por preguntarme si me gustaría presenciar una misa del gallo, que se presentaría como en los tiempos antiguos. Al contestarle afirmativamente, me dijo que haría todo lo posible para complacerme y que procuraría obtener el permiso del obispo para su celebración. El obispo concedió el permiso pedido, y la misa del gallo se celebró en su sabor antiguo, pero hubo algo nuevo: una bacanal, en la que estudiantes y médicos estaban tirados borrachos por los suelos de las capillas. Y en la calle un gentío de la Macarena que empujaba para ver la ceremonia, teniendo que disolverlo a culatazos la guardia civil.

* * *

La sala de Santa Catalina en el hospital de Sevilla estaba destinada a las mujeres tuberculosas, la mayoría de ellas jóvenes. De las que entraban allí ninguna podía curarse en aquel medio, sino que iban empeorándose hasta la muerte. Cuando llegaban al hospital, la enfermedad no estaba en los comienzos, sino bastante avanzada, y ya habían contagiado a sus familiares. La sala estaba atestada de enfermos, y la atmósfera que había era irrespirable. Por allí pasaba todos los días. Contemplaba cuadros horribles y salía sombrío y con el ánimo perturbado. Siempre se me acercaba la hermana Mercader, una de las monjas que las cuidaban, y me hablaba de la escasez de camas que había para tantas enfermas como llegaban. También la alimentación era asaz insuficiente para aquellas infelices.

Influido por aquellos cuadros dantescos, estudié el problema de la tuberculosis en la bella Sevilla y quedé horrorizado, gritando tan alto que me oyeron hasta los sordos, y los culpables del mal se esforzaron para hacerme callar, pero no pudieron.

* * *

A fin de evitarle a mi tía y sus familiares las molestias continuas por las visitas de la policía y guardias civiles, tomé una habitación próxima al hospital, en la casa de una familia de campesinos. Allí vivía también un hortelano, que con frecuencia daba grandes palizas a un niño de diez años que tenía.

Un día censuré al campesino por su conducta hacia el niño, y me dio como explicación que su hijo era muy malo y que de improviso abandonaba el domicilio, apareciendo uno o dos días después sin que confesara, a pesar de los golpes recibidos, el lugar de sus andanzas, limitándose a responder: "Padre, no me acuerdo".

Investigué el caso, y pronto llegué a la conclusión de que aquellas fugas no tenían otro origen que una epilepsia sintomática.

En estado sonámbulo, el enfermo marchaba sin un fin determinado, unas veces como una persona normal, otras gesticulando y hablando solo, y así podía portarse durante algunos días y hacer largos viajes, cambiar de trenes y ocupar hoteles, para de pronto volver a su estado normal sin recordar nada de lo ocurrido.

El caso de aquel niño era el siguiente: habían reñido dos beodos en la Macarena, y uno de ellos arrojó una piedra que fue a dar en la cabeza del niño, lesionándole la masa encefálica.

Cuando el hortelano, que en el fondo era un buen hombre, conoció la verdad, cayó arrodillado y llorando al pie de su hijo, pidiéndole perdón por los golpes injustos que le había prodigado. Y trató de ponerlo en cura.

Por aquel entonces ocurrió un caso excepcional que conmovió a toda Sevilla. Un hombre mató en la Macarena, en plena mañana, a su mujer y a sus cuatro hijos de corta edad. Se había valido de una navajilla, que en otras manos no hubiera hecho más que un arañazo, pero que en las manos suyas se convirtió, por el impulso que llevaba, en una arma infernal, seccionando los huesos del pecho de las víctimas como si hubieran sido de cartón. Aquel asesino era irresponsable de acto tan terrible, ejecutado en el momento de un ataque epiléptico confusional, con alucinaciones e ideas delirantes, pasando al manicomio en vez de a la cárcel.

* * *

Yo le había cogido miedo a las fiestas de Semana Santa en Sevilla, desde que era un muchacho y tenía que acompañar a mis dos hermanas jóvenes a ver la procesión. Arrendábamos unas sillas en la carrera y allí, sentados varias horas, veíamos desfilar los pasos y los nazarenos, a veces toda la noche.

Así que viviendo en la Macarena y siendo la procesión de la Virgen aquella noche, me consideré feliz en no tener que acompañar a nadie, y me encerré en mi dormitorio para dormir como un bendito. Hasta tapé las hendiduras de la puerta y del balcón para que no penetrase la luz ni el sonido.

Me acosté temprano y me preparé a dormir toda la noche, pero a poco sonaron en la puerta de mi dormitorio fuertes golpes, que no contesté de pronto haciéndome el dormido, pero tuve que contestar porque arreciaron. El que llamaba era un obrero del alcantarillado, llamado Ferrón, muy buena persona, pero que se embriagaba con frecuencia. Venía a buscarme para que fuera con él a visitar a una sobrinita que vivía en el Corral del Conde, y que se ahogaba con una enfermedad que llamaban difteria.

Cuando salimos a la calle, noté que estaba algo borracho, cosa que era general aquella noche en el barrio. Cuando llegamos a la casa de la hermana, la niña dormía tranquila y no estaba enferma. Se le había subido a Ferrón el alcohol a la cabeza y veía visiones.

Me disponía a volver a la cama, cuando Ferrón se empeñó en convidarme a cenar, en celebración de la salud de su sobrina, y por más esfuerzos que hice, no conseguí que me dejara marchar.

Y después de la cena tuve que acompañarle a la procesión, que era curiosa por la abigarrada muchedumbre que seguía a la Virgen, gritando como dementes bajo la acción del alcohol. Cuando pasamos por el hospital, los enfermos habían abandonado sus camas y ocupaban todo el frente del edificio, gritando y gesticulando.

En fin, ya entrado el día, pude escapar de aquel manicomio y ganar mi dormitorio. Por lo visto estaba condenado a ver, contra mi voluntad, la mojiganga de la Semana Santa.

* * *

En este relato me refiero a las persecuciones que he sufrido en mi borrascosa vida, a causa de la intervención de algunos médicos indignos, que en posesión de una profesión tan brillante por los conocimientos que atesora y los beneficios que pueden prodigar a sus semejantes, influidos por un ambiente social perverso, trocaron fácilmente el bien por el mal. Y no es el rencor contra los que tanto daño me hicieron el motivo que me induce a escribir estas líneas, sino el de mostrar al desnudo la sociedad actual con tantas ruindades como encierra, a fin de que los hombres bien equilibrados se esfuercen por sanear el medio social en que vivimos y se dé paso a una sociedad en la que no sean posibles tantas ignominias.

Condenado por la rencorosa casta militar española a ocho años de prisión, a causa de mi labor favorable al triunfo de la insurrección cubana, tuve que escapar de España y buscar refugio en tierra extranjera. En Francia e Inglaterra me pasé once años y en todo este tiempo continué con ardor mis estudios médicos, no olvidando al mismo tiempo la frase de Letamendi: "El médico que no sabe más que medicina, ten por cierto que ni medicina sabe". Mi sed de aprender era insaciable, y no había

tema de estudio que no atrajese mi atención, sobre todo de medicina y de ciencias naturales. A mi casa no iba más que a dormir, y las horas del día las distribuía, cuando no había algún curso de estudios a seguir o una conferencia que escuchar, entre el Museo Británico y el Museo de Historia Natural, ambos en Londres.

En el University College de Londres seguí algunos estudios de medicina y de química, teniendo por maestro al fisiólogo Starling y al anatomista Thame. Por las tardes me iba al laboratorio de química de dicha institución y allí, en la soledad, me dedicaba a estudios particulares de química. Todos los días me encontraba en aquel lugar al famoso químico William Ramsay y al profesor Soddy, que entonces investigaban la estructura íntima de la materia. Ramsay se acercaba a veces y miraba con curiosidad los trabajos que yo hacía, pero se alejaba pronto preocupado por sus estudios. El sabio químico vestía tan modesto que la primera vez que hablé con él lo tomé por un bedel del local, hasta que un estudiante que estaba a mi lado me hizo comprender el error en que incurría.

* * *

Aquí pronto tomé parte en las luchas del pueblo sevillano que por temperamento era revolucionario, pero de naturaleza poco firme y constante en el combate. Había temporadas que todos estaban en pie, activos, pero otras la abulia se apoderaba de ellos y caían en la completa inercia. De todas maneras pronto me di a conocer por mis actividades en la propaganda y fui considerado por los reaccionarios como un individuo peligroso que no debería consentirse en Sevilla.

Y se les ocurrió lo siguiente: “Si no le dejamos acabar su carrera —se dijeron—, pronto se aburrirá y tendrá que marcharse a otra parte, viéndonos libres de un agitador tan activo”. Y es que no contaban con mi energía personal y mi deseo ardiente de terminar mis estudios para ayudar a los enfermos menesterosos y hacerles saber las causas sociales de muchas dolencias, despertando en ellos el espíritu de rebeldía.

Para tal cosa trataron con los profesores de medicina, pero la mayoría se negó a participar en tan vil maniobra. Sólo algunos afiliados a la Compañía de Jesús se prestaron a tan bajo proceder, sin sospechar los peligros que encerraba.

Uno de los profesores, de patología general, Martínez de la Torre, que tonteaba con Letamendi y no enseñaba nada práctico, fue el primero que se ofreció para combatirme. Tan impaciente estaba por molestarme, que en una de sus lecciones se desató en insultos contra las ideas anarquistas. Le escribí refutando los insultos con extrema energía, y me contestó dándome toda clases de excusas; pero no fiándome de él, la noche anterior a mi examen, le escribí para que no faltara, porque quería demostrarle que no era fácil atropellarme y sobre todo que sabía de la asignatura tanto o más que él. Se conoce que el hombre no se atrevió a presentarse en la Escuela de Medicina, y se nombró otro profesor para que lo sustituyera, con total rechifla, pues gozaba de la antipatía general. El sustituto se portó con decencia y no hubo nada desagradable que lamentar.

Pero un yerno del citado profesor, el doctor Vilches, jesuita de levita, un botarate que había entrado a la Facultad por la puerta falsa, sin conocimiento para ello, se atrevió a reprobarme en la asignatura de ginecología, en la que tenía pocos conoci-

mientos. Fue tal la indignación que me produjo aquella mala acción, que me lancé sobre él para darle su merecido, pero atemorizado se arrojó rápidamente debajo de la mesa temblando de miedo. Intervinieron los profesores allí presentes y se apaciguó mi ánimo, pero todos censuraron la actitud de aquel estúpido.

Ante la justicia de mi causa, el parecer de la mayor parte de los profesores, la adhesión de los estudiantes y el estado de la opinión popular, que amenazaba intervenir estrepitosamente, retrocedieron los perseguidores. Se dio la orden de no molestarme más y darme toda clase de facilidades para terminar mis estudios.

Todavía quedaba un tráfugo, profesor de medicina legal, mujeriego y alcohólico, que continuó con sus amenazas. Por cierto que el día del examen ocurrió algo curioso que merece que se relate.

—¿Qué haría usted —me dijo—, en un caso de aborto provocado con intensa hemorragia, si fuera llamado a la cabecera de una enferma? —Le indiqué lo que podría hacerse para salvar a la enferma, pero él insistió y me dijo que se trataba de un caso de medicina legal, y nada más—. Desde el momento —le dije—, que me hizo usted la pregunta comprendí sus intenciones, pero mi conciencia no me permite ayudar a policías y jueces—. Aquel hombre hizo un gesto de asombro ante mi afirmación, pero los dos dignos profesores que además formaban el tribunal del examen, el doctor Roquero, de Terapéutica, y el doctor Mauricio Adame, de Anatomía Patológica, exclamaron uno tras otro: “Hemos tenido numerosos casos de abortos intencionados, pero siempre seguimos la conducta preconizada por el señor Vallina; asistimos a las enfermas y nos negamos a informar a las autoridades”. “Está bien —contestó el examinador—, y me someto a la votación de los tres contra mí”.

Un caso típico de cómo se llevaba la enseñanza en la Escuela de Medicina sevillana. Un día se presentó allí un joven estudiante que tenía trazas de campesino acomodado, pero intensamente sordo. Tenía una tía muy rica e influyente, y se dio una orden emanada de alta autoridad real o eclesiástica para que fuese aprobado en todos los exámenes que se presentara, aunque no supiera una palabra de la materia. Y esta orden fue obedecida ciegamente por todos los profesores envilecidos, y el sujeto se fue tan orondo con el título de médico, sin saber nada de medicina. Y el más digno de aquella caterva era, sin duda, el estudiante, porque avergonzado de la tramoya que se representaba, antes de cada examen se bebía un buen número de copas de aguardiente, lo que daba lugar a que hablase hasta por los codos, haciendo reír a los profesores como si estuvieran presenciando un sainete del género lírico.

El consultorio de Bustos Tavera

Ante la energía por mí desplegada, dispuesto a jugarle la libertad y la vida en defensa de mis derechos, además de las simpatías que gozaba entre los profesores, estudiantes y obreros, retrocedieron los elementos reaccionarios y pude obtener mi título de médico, como era de justicia.

Entre las muestras de adhesión que recibí en aquel momento, no puedo olvidar la del profesor de otorrinolaringología, Julio Cobos, que me llamó a su domicilio,

me hizo entrar en su despacho, abrió un cajón repleto de dinero, y me invitó a tomar cuanto necesitara. Le di las gracias y me negué a tomar un solo céntimo.

En el departamento bajo de una casa de la calle de Bustos Tavera, a pocos pasos de la popular Plaza de San Marcos, se abrió mi modesto consultorio, que pronto fue frecuentado por enfermos de aquel barrio y de otros lugares de la capital. La clase obrera me prestó la mayor ayuda, y de éstos, los trabajadores de la fábrica de vidrio, que desde el primer momento, el más difícil, organizaron una iguala que cotizó a mi favor, y que continuaron mientras fue necesaria. Visitaba en la calle toda la mañana, tenía una consulta de pago por la tarde, y otra gratis por la noche, que se prolongaba hasta la mañana. A veces, al amanecer, los clientes me introducían una taza de café con buñuelos comprados en la plaza cercana.

* * *

Aunque mi clientela era pobre, fue la gente que yo visitaba con más gusto; había casos raros en que se trataba de ricos, o gente de iglesia, o servidores del Estado, como jueces, militares, policías, etc.

Un día, la mandadera de un convento vecino, vino a buscarme con toda urgencia para que fuera a visitar a la madre abadesa que se encontraba enferma con gripe.

—Se ha equivocado usted —le dije—, y le ruego vuelva al convento y se entere bien, porque no soy el médico que busca.

Y en efecto, en la vecindad había un médico muy religioso, que visitaba a los beatos del barrio.

A poco volvió la mandadera y me dijo que no había equivocación alguna y que era a mí a quien buscaban.

Aunque no me gustaba visitar los lugares religiosos, no me parecía bien negarle mi asistencia a una mujer, aun siendo monja.

Cuando atravesé las puertas del convento y penetré en el espacioso patio de aquella residencia monjil, sonó una campana de alerta y las monjas se apresuraron a retirarse de mi paso, no fueran a contagiarse con mi aliento infernal.

Pero una monjita joven, de rostro muy agradable, me guió al aposento de la monja enferma.

Se trataba de una mujer que representaría tener 50 años de edad, escuálida y fatigosa, incorporada en el lecho y tosiendo con frecuencia. Traté de reconocerla cuidadosamente, pero siempre la monjita que estaba presente, volvía a cubrir el pecho de la enferma con la ropa que yo levantaba. Como esta maniobra se repetía, le di a la monjita una guantada en la mano, al mismo tiempo que le rogaba se estuviera quieta y me dejase reconocerla, pero gritó horrorizada al sentir el contacto de mi mano.

—No le haga usted caso a esta tonta —me dijo la abadesa—, y reconózcame bien, porque me encuentro muy molesta.

La enferma tenía una fiebre moderada. Le ausculté el pecho y encontré los signos de una bronquitis gripal, que había que atender cuidadosamente para evitar que se complicase con una bronconeumonía y pusiera en peligro su vida.

Receté las medicinas propias del caso y le di las instrucciones necesarias sobre la revulsión torácica, alimentación y reposo en cama.

Me retiré deseándole pronta mejoría, y la enferma me dio las gracias y me comunicó que tenía plena confianza en mí para alcanzar su curación.

A los pocos días recibí una carta de la madre abadesa del convento, comunicándome que se había curado por completo, y mandándome veinticinco pesetas como pago de mis honorarios, que yo no le había pedido. Por cierto, que se me había concedido unos cientos días de indulgencias, que no supe qué hacer con ellos.

* * *

Aquella mañana llevaba en mi lista de visitas en la calle una dirección del barrio aristocrático de la Catedral de Sevilla, que me produjo una impresión desagradable porque me disgustaba la clientela de los ricos. Y en efecto, al llegar a aquel lugar me encontré con una casa señorial de majestuoso aspecto.

Una joven sirvienta respondió a mi llamamiento y me introdujo en la habitación de la enferma, que al yo llegar se sentó en la cama. Era una bella mujer que representaba tener unos 30 años de edad, de rostro fino y de tez morena, negros los ojos y el cabello.

—La otra mañana —me dijo—, por complacer a esta familia estuve en una iglesia que al parecer fue fundada por don Juan de Mañara, y como el templo estaba muy frío cogí este catarro que me tiene postrada.

Yo creía que era muy religiosa por el Cristo grande que tenía colgado sobre la cabecera de la cama y la visita que había hecho a la iglesia de don Juan de Mañara, y pensaba para mis adentros que le estaba bien empleado el catarro que tenía, pero, por lo que me dijo a continuación me convencí de que estaba equivocado.

—Yo no acostumbro a visitar los templos por motivos religiosos porque no profeso religión alguna, pero esta vez lo hice por agradar a esta familia, así que me está bien empleado lo que me ocurre.

Y luego me contó que era natural de una de las repúblicas de la América Latina, cuyo nombre he olvidado, donde vivía, y que estaba de paso por Sevilla, y que paraba en aquella mansión tan lujosa.

Con un par de días de reposo en cama y una medicación ligera, quedó curada del catarro aquella mujer tan inteligente y simpática, y pudo continuar su viaje por España.

* * *

El año de 1918 se desarrolló en Sevilla una epidemia de gripe tan intensa que pocas personas quedaron sin padecerla. Hasta los médicos pagaron un pesado tributo a la muerte, uno de ellos, nuestro amigo el profesor Lecha Marzo, catedrático de medicina legal, que todavía no llegaba a los 30 años de edad, cuando era considerado una eminencia en la asignatura que impartía.

Lecha Marzo era un hombre en extremo robusto, pero todos los esfuerzos que hicieron los médicos sevillanos para salvarle la vida resultaron frustrados.

Precisamente eran las personas robustas en donde tomó la gripe una forma virulenta y mortal.

Conocí a un obrero vidriero, que no pasaba de los 20 años de edad, y llamaba la atención por lo robusto que era; en cambio, la madre parecía una pretuberculosa y el

hermanito un raquítico. Los tres tuvieron la gripe y fueron asistidos por mí; el más fuerte murió y los otros dos se salvaron.

Aquella epidemia de gripe fue muy grave, tanto por la mortalidad que alcanzó, como por el número de atacados que hubo, y puede decirse que pocos sevillanos no fueran contagiados, yo fui uno de ellos, a pesar de los abusos que cometía. Visitaba todo el día y la noche, y dormía poco y en el coche que me conducía, sin aparecer apenas por mi casa. No anotaba las visitas, sino que recorría, casa por casa, los lugares en que me encontraba, y en todos había enfermos que atender. La misma gente, cuando llegaba la hora, me hacía comer en su casa. Por otra parte, eran pocos los médicos que no la padecían, y mi trabajo iba en aumento. La epidemia fue disminuyendo cuando ya no tenía a quien atacar, pero a mí me quedó la satisfacción de haber hecho cuanto pude a favor de mis semejantes.

La rebelión de los inquilinos

Una de las formas de explotación más repugnante es, sin duda alguna, la de las viviendas. Aquí el abuso llega al colmo. No hay un animal, a excepción del hombre, el tonto de la creación, que la Naturaleza no le ofrezca una casa gratis, y el hombre mismo si se diera la molestia de construirla. Y si alguien lo dudara le recomendamos que lea la magnífica obra de H. D. Thoreau *Walden, o la vida en los bosques*.

El hombre primitivo no pagaba alquiler y vivía en las cavernas, unas naturales, formadas por la acción de las aguas en los terrenos calizos, y otras artificiales, talladas por sus manos. Después se pasó a otras construcciones más complicadas y cómodas, aprovechándose los elementos naturales como el barro, las piedras, los palos y las ramas. Sin embargo, para contemplar las viviendas abiertas en la roca, no hace falta retroceder a la época de las cavernas, sino dar un paseo por ciertas calles extremas de una capital española que tiene por nombre Cuenca.

Pero el hombre moderno, apresado en el engranaje de una falsa civilización, carece en su mayoría de vivienda, y si quiere encontrarla, después de correr tras ella con la lengua afuera, le cuesta un ojo de la cara obtenerla. Hoy el problema de la vivienda se agudiza extraordinariamente en todas partes, y los míseros mortales, para satisfacer la voracidad de los propietarios, tienen que vivir mal vestidos y peor comidos, porque el jornal mezquino que ganan no permite otra cosa.

De cómo una vez el pueblo generoso de Sevilla protestó contra esa iniquidad, voy a contároslo en este relato, y el que me lea, que saque las consecuencias, pues yo no he de detenerme a comentarlas por lo elocuentes que son.

* * *

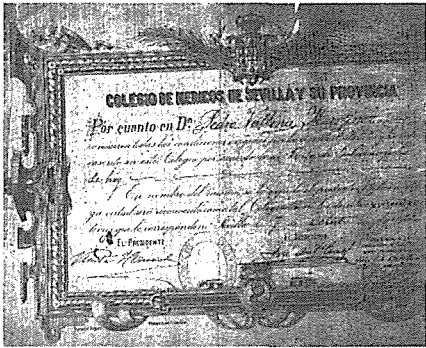
Por aquella época, en el año de 1919, el problema de la vivienda alcanzaba una fase agudísima en Sevilla. Los precios de los alquileres se habían remontado a las nubes y, además, las casas eran muy difíciles de obtener. Hacía falta un fiador, casi imposible de encontrar para los pobres, y, además, el pago de un mes adelantado y tres meses de fianza. Bastaba que el inquilino se retrasara un mes, por enfermedad o falta de trabajo,

para que fuera desahuciado y se encontrara con los muebles en la calle. Entonces se construían muchas casas de pisos de alquiler, por el negocio redondo que representaban. En un pequeño espacio, bueno para una habitación corriente, se construía un piso completo con dormitorio, comedor y sala de recibir, que para ambas cosas servía, y una pequeña cocina, incluyendo el retrete al lado del fogón donde se guisaba. El cuarto de baño sólo se encontraba en las casas de los ricos. He de advertir que la gente se lavaba poco el cuerpo. Los católicos son muy sucios por allí. Si alguno se veía obligado a bañar un enfermo de fiebre tifoidea, que en Sevilla era endémica, y dos veces por año epidémica, tenía que arrendar una bañera de metal, que por algunos céntimos al día podía encontrarse en las hojalaterías. Lo difícil era saber dónde colocar aquel armatoste en una habitación tan chica. Apenas si los moradores podían revolverse en aquellos tabucos y era un problema magno colocar los escasos muebles que tenían, si alguno era voluminoso. Recuerdo el piso de un matrimonio amigo, cuyo dormitorio era tan estrecho que la cama lo ocupaba todo, de pared a pared, y para acostarse tenían que hecerlo saltando por los pies del lecho. Y en el piso bajo de la casa, al lado de la puerta de entrada, se construía una especie de perrera estrecha y oscura para colocar un animal raro que llamaban el portero, cuya misión era ladrar y enseñar los dientes a los inquilinos rebeldes. Además, los porteros servían a las mil maravillas de soplonos para la policía.

En Sevilla se conservan todavía unas grandes viviendas de la Edad Media, donde moraban los grandes privilegiados de aquel tiempo, llamadas ahora “casonas”, convertidas en las más innobles casas de vecindad. Estos locales horrorosos constan de varios patios, los traseros húmedos y mal soleados, y cada uno tiene tres pisos de corredores divididos en numerosas habitaciones, en cada una de las cuales se aloja una familia pobre. Es fácil imaginarse los estragos que hacían las enfermedades contagiosas en aquellos antros. En una época que estudiaba el problema terrible de la tuberculosis en Sevilla, hice un plano de aquellas “casonas” (manchas negras de la ciudad), señalando en cada una el número de tuberculosos vivos y una cifra aproximada de los que habían muerto el año anterior. Los resultados fueron pavorosos. En uno de estos locales, cerca de donde yo vivía, pude anotar 80 tuberculosos entre vivos y muertos. La más conocida de aquellas “casonas” era la llamada “Corral del Conde”, que contaba con más de 1.000 vecinos, un verdadero pueblo. Como eran clientes míos, no olvido las escenas de dolor y miseria que presenciaba allí todos los días. Las habitaciones de los patios traseros eran oscuras, húmedas y malolientes. El patio cubierto de basuras y de lodo cuando llovía. En alguna que otra puerta se encontraba sentado un tuberculoso, tosiendo y arrojando los pulmones sobre el pavimento, a cuyo lado jugaban los inocentes niños, hambrientos y cubiertos de harapos. ¡Cuántas infamias cometieron aquellos propietarios católicos, apostólicos y romanos!

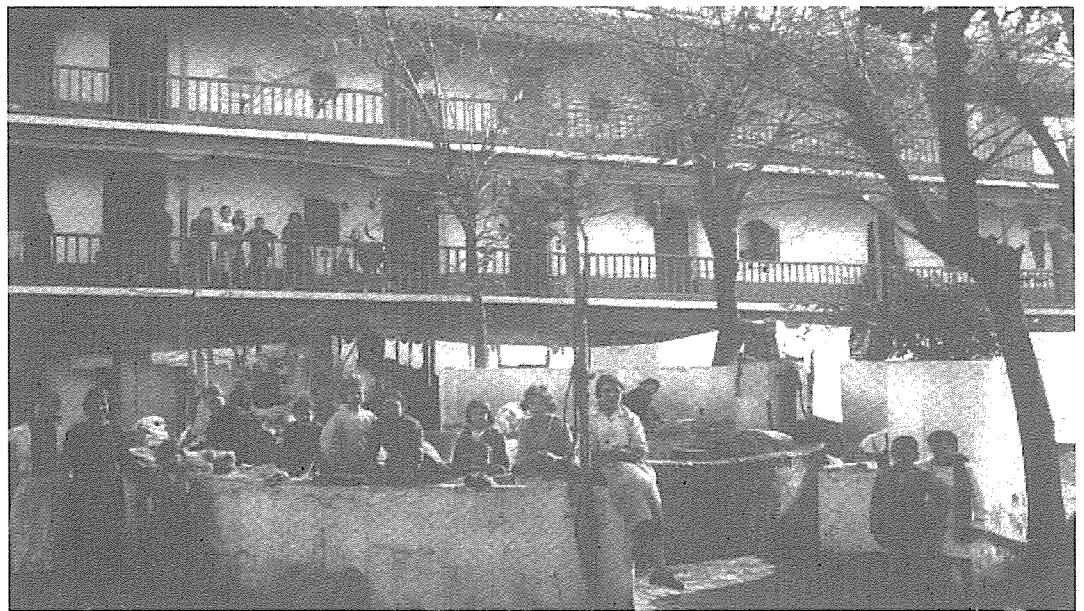
Pues bien, los dueños de aquellas cavernas inmundas, para no entenderse directamente con los que ellos llamaban la canalla de inquilinos, las arrendaban a unos intermediarios que exprimían el limón hasta el último jugo. Lo que a ellos les costaba el equivalente a uno, lo hacían pagar por ciento, así que a estos sujetos pronto se les veía rodar en coche y los dedos cubiertos de gruesos anillos. ¡Cómo odiaba el pueblo a aquellas hienas humanas!

Los abusos fueron de tal índole que pronto germinó una cólera sorda en todas las clases sociales pues hasta los empleados modestos, incluso sacerdotes pobres y



El Dr. Vallina, titulado y colegiado a su regreso del exilio europeo (▲), ejerció en los hospitales sevillanos (▼) y mediante iguales con los trabajadores de algunas empresas, como la fábrica de vidrio de La Trinidad (▲), en una foto actual.





El problema de la vivienda en Sevilla: hacinamiento y condiciones precaria de los corrales de vecinos (▲). Composición con periódicos de la época sobre la huelga de inquilinos (►).

LA UNION

DIARIO INDEPENDIENTE

OFICINAS: CUESTA DEL ROSARIO NÚM. 20 • TELÉFONO: 1.172

20 de 1919

5 CENCO años

POR LA VERDAD

SUSCRIPCIÓN: Un año en Sevilla... 12 pesetas

En el extranjero... 18 pesetas

Enviarse la tarjeta de crédito

El problema de las viviendas

Don José Santa Cruz, propietario de la casa Santa Rufina, número 3, ha rebajado el 50 por 100 a sus inquilinos, desahucióndoles al mismo tiempo la fianza que le tenían entregada.

Dicha rebaja ha sido conseguida por mediación de la casa María Navarro.

Los propietarios de las casas Lirio número 11 y García Pérez número 8 también han rebajado el 50 por 100.

En unas de las balcones de la casa conocida por el «Cuartel de los Migueletes», hechas visto un cartel comenzando haber sido concedida a dichos vecinos la ciudadela. Al pie del cartel se lee el siguiente letrero: «Paso a la conciencia. Muestran los zarzillos».

Como es de suponer en todas estas casas reina la mayor alegría.

EL CONFLICTO DE LA VIVIENDA DE LA VIVIENDA LOS PROPIETARIOS

El día 10 se celebró la reunión convocada por la Cámara oficial de la propiedad de Sevilla.

Presidió el señor Sánchez-Alcalá (donde se constituyeron numerosos propietarios).

El presidente empezó refiriéndose a la reunión celebrada anoche por la antigua Junta de Propietarios y la actual Cámara de Propiedad, en la que se acordó celebrar una reunión, señalando la carencia de los acuerdos adoptados en aquella.

Después de haberse leído el acta de la reunión celebrada anoche por la Junta de Propietarios, se pasó a la orden del día.

Se acordó que se celebrara una reunión de propietarios y de inquilinos, siempre a las 8 de la tarde, para que se acordara la fianza, en muchos casos de 100 pesetas, y se acordara el débito y el descubrimiento de la fianza.

Segundo. — Los propietarios se comprometieron a que se acordara la fianza, en muchos casos de 100 pesetas, y se acordara el débito y el descubrimiento de la fianza.

militares de baja graduación, se gastaban un tercio del sueldo en el alquiler de una mala vivienda. Hasta que un día saltó la chispa y prendió fuego al polvorín de odios que se habían ido acumulando.

* * *

En una calle que desemboca en la popular plaza de San Marcos, donde yo vivía, fue desahuciado un vecino, y sus muebles puestos en medio de la calle, y allí quedaron el matrimonio y varios niños pequeños sin saber qué partido tomar. La gente se fue amontonando y las protestas se dejaron oír, pero esta vez surgió la acción y señaló el camino. Un muchacho de unos doce años de edad, cogió un adoquín que estaba levantado en la calle y lo arrojó indignado contra la puerta de la casa donde había tenido lugar el desahucio. Aquella fue la señal, y los reunidos, imitando al muchacho, apedrearon la casa y rompieron puertas y ventanas, cundiendo la agitación por todo el barrio, que repercutió en toda la capital.

Entonces comprendí que se presentaba la ocasión de intervenir y dar la batida a los explotadores de la vivienda. Aquella noche se reunieron en mi casa varios compañeros de ideas que me eran conocidos por su decisión. Y sin consultar con nadie más que con nuestra conciencia, quedó constituido un “Comité Revolucionario de Defensa de los Inquilinos”, del que yo fui nombrado secretario y tesorero, no había presidente ni hacía falta. Al día siguiente lanzamos un manifiesto llamando al pueblo de Sevilla a la lucha y a rebelarse contra tanta infamia. La iniciativa que estaba en el ánimo de todos tuvo un éxito extraordinario, porque se comprendió que los anarquistas que iban a orientar el movimiento no retrocederían ante ningún obstáculo que se presentara y que harían todos los sacrificios necesarios para alcanzar el triunfo. Apenas si dos personas tenían tiempo para inscribir a tantos socios como se presentaban, llegándose con toda rapidez a alcanzar un número de 33.000 adherentes, no sólo de la clase pobre, sino también de la media. Se fijó la cuota de cada socio a diez céntimos para toda la campaña, ya que el dinero iba a servir de muy poco, puesto que íbamos a triunfar con los puños.

El Comité tomó como primera medida que cada uno se incautara de su vivienda y no pagara renta alguna hasta que no se hiciera una rebaja de un 50 % y se suprimieran a los intermediarios. Esta medida tuvo tan buena acogida que durante seis meses no hubo socio que pagara renta alguna.

La lucha se prolongó algunos meses y no faltaron los incidentes violentos y los escándalos frecuentes, siendo apaleados numerosos porteros y muertos algunos.

Hubo varios cabildeos en el Gobierno Civil que, como de costumbre, no sirvieron para nada. Recuerdo que en una de las reuniones con el Gobernador Civil, el señor Bermejo, un catedrático de la Universidad de Madrid metido a politiquillo, en un arranque impremeditado que tuvo, llegó a autorizarme para que hiciera desalojar todas las casas de vecinos que no reunieran condiciones higiénicas, lo cual yo acepté cogiéndole la palabra, pero el millonario barbudo Sánchez Dalp se levantó asustado de su asiento y gritó: “Gobernador, que éste lo hace y se agravaría el conflicto de una manera extraordinaria, proque no hay una sola casa de vecinos que reúna las condiciones de higiene más elementales, de lo cual todos somos culpables y hay que dar tiempo para remediar un mal tan antiguo”.

—¡Basta de perder el tiempo! —dijimos a la gente—, hay que solucionar esto por la fuerza, y por ahí deberíamos de haber empezado. Y en el acto se constituyó una columna de mil voluntarios que empuñaban toda clase de instrumentos de destrucción y que con una celeridad pasmosa iban de uno a otro lado, arremetiendo contra las viviendas de los propietarios recalcitrantes. Y a donde llegaba la columna, casa en ruinas. Una de las viviendas que señalé personalmente a la ira popular fue la de un tal Felipe Cuba, uno de los explotadores más repugnantes que en poco tiempo llegó a reunir una fortuna. Aquel tunante acababa de construir una casa de pisos, modelo en su género, pues cada uno parecía una jaulita. Cuando yo pasé por allí, visitando a mis enfermos, la casa estaba intacta, pero al volver poco después, cuando ya había pasado la columna de destrucción, me la encontré medio destruida. Yo mismo quedé sorprendido de la fuerza destructora de la muchedumbre, aguijoneada para combatir a la injusticia.

Pronto se formó una cola interminable de propietarios a la puerta de mi casa, pidiendo una hoja sellada y firmada por el Comité, en la que se hacía constar que se había aceptado nuestra demanda. La hoja se fijaba en la puerta de la casa, y la gente al leerla respetaba la vivienda y pasaba de largo. Los que se dieron más prisa en presentarse fueron los orondos intermediarios, que al firmar la renuncia de los contratos, nos mostraban sus dedos llenos de gruesos anillos de oro.

Por entonces había un gobierno liberal que no se atrevió a derramar la sangre del pueblo de Sevilla para proteger el egoísmo de la peor clase de propietarios. Esto nos favoreció sin duda y evitó que se quemara el último cartucho que teníamos en reserva, pues se había decidido, en caso extremo, que cada inquilino, y lo hubiera ejecutado la mayoría, prendiera fuego a su vivienda el mismo día y a la misma hora, y después irse a vivir al hermoso parque situado a orillas del Guadalquivir, que reúne condiciones excelentes de higiene. Aquello hubiera sido altamente beneficioso para la ciudad, porque además de haber destruido a millones y millones de microbios patógenos, hubieran surgido unos edificios modernos sobre las ruinas de las pocilgas incendiadas.

Así se ganó aquella huelga de inquilinos en Sevilla, y el triunfo se debió a la intervención de los anarquistas, por cuya acción conquistaron las mayores simpatías.

Lo primero es que haya anarquistas, aunque sean pocos, pero buenos, y luego que se pongan al frente de los movimientos populares para encauzarlos por el camino revolucionario.

Y lo segundo es que haya un pueblo viril que sepa vibrar por las causas justas, porque si el pueblo está degenerado y embrutecido por la ignorancia y los vicios, y además sigue ciegamente a sus malos pastores, entonces, no hay nada que hacer.

El primer destierro a la Siberia extremeña

Una madrugada del mes de marzo de 1919, encontrándome en Sevilla, entró la policía en mi casa, me detuvo y trasladó a la cárcel de la capital. A poco fueron llegando allí otros presos, hombres conocidos en el movimiento obrero. Una vez reunidos, los fueron deportando a diferentes lugares, y como tardaran en deportar-

me a mí, interrogué a un coronel de la guardia civil presente, y contestó que me buscaban el peor sitio para conducirme. “Me alegro —le dije—, porque así cambiaré lo malo en bueno, y llevaré la luz a las tinieblas”. Me miró sorprendido y se quedó pensativo, y si algún tiempo después, hubiera encontrado a ese hombre, le habría demostrado que cambié hasta a la guardia civil, lo más difícil de cambiar, pero no imposible, porque la dignidad del hombre es innata y no había muerto en ellos.

Llegó la hora de mi partida con tres compañeros. Me esposaron con Sánchez Rosa, y a Roque García con Chacón, y nos llevaron a un tren que esperaba en la estación de Córdoba y que partió a poco que llegamos. El convoy iba escoltado por policías y soldados, mandados por sus oficiales. No sabíamos adónde nos llevaban y cuál era la causa de nuestra detención. El tren atravesó parte de la provincia de Sevilla, entró en la de Badajoz y se detuvo en la estación de Mérida, donde hubo cambio de trenes. Al bajar al andén encontramos a varios socialistas significados que habían sido detenidos aquella madrugada en Badajoz y conducidos en tren a un lugar desconocido para ellos. Como iban sueltos, se indignaron mucho al contemplarnos esposados. La policía impidió que conversáramos y cada grupo se lo llevó un tren diferente.

En nuestra ruta llegamos a la estación de Badajoz y la encontramos ocupada por una multitud de hombres y mujeres que nos esperaban, gesticulando enardecidos y dando vivas a la revolución social. Su actitud era tan amenazadora que la guardia civil que nos custodiaba se vio forzada a quitarnos las esposas.

Cuando el pueblo de Badajoz despertó aquella mañana y supo el secuestro y la deportación de sus mejores hijos, montó en cólera justa y estalló en un motín tan violento que hizo que las autoridades declararan el estado de guerra y los soldados salieron a la calle con el capitán general a la cabeza.

Salimos de la estación y marchamos por la corta carretera que nos separaba de la capital, entre los amotinados y la guardia civil que nos custodiaba. Entonces interrogué a los más decididos para ver el partido que pudiéramos sacar de aquella situación, pero nos confesaron que carecían en lo absoluto de armamento. Uno tan sólo llevaba un revólver de poco valor. Era la historia ridícula de siempre. Cuando unos años después llegaron las hordas fascistas iban tan bien provistas de armamento que pronto se apoderaron de Badajoz y saciaron, como hienas, su sed de sangre humana. Un pueblo de hombres buenos, trabajadores e inteligentes, si se encuentra desarmado puede ser vencido y aniquilado si es atacado por otro pueblo de hombres malos, holgazanes, estúpidos, pero bien armados.

Cuando llegamos a la capital se nos presentó un cuadro grotesco al par que trágico. Era una plazoleta en la que desembocaban varias calles, el capitán general a caballo, rodeado de soldados, galopaba dando sablazos al aire y sin saber qué hacer, mientras que de las calles vecinas les caía una lluvia de piedras lanzadas por los amotinados.

La guardia civil que nos conducía calificó de imbécil al capitán general, y por su cuenta nos llevaron a la cárcel, donde estábamos más seguros, pues los proyectiles caían por todas partes y hubo varios heridos.

La noche en la ciudad fue tumultuosa, y hasta las celdas de la prisión llegaban los rumores de la calle. Por la mañana, los obreros declararon la huelga general. Cundió la alarma y numerosos guardias civiles nos sacaron a toda prisa de la prisión y nos llevaron

a la estación, de donde salimos en un tren dispuesto para tal fin. Por lo visto, las autoridades temían que el pueblo sublevado atacara la cárcel y nos pusieran en libertad.

El tren que nos conducía no se detuvo hasta llegar a la estación de Cabeza de Buey, de donde nos sacaron para encerrarnos en la cárcel de aquel pueblo. A la mañana siguiente llegó a la cárcel una pareja de la guardia civil y nos sacó esposados, llevándonos andando más de una hora por una llanura solitaria llamada "La Serena", donde se criaba numeroso ganado lanar y vacuno. Después, torciendo a la derecha, divisamos un terreno gris y quebrado, que eran los primeros peldaños de la llamada Siberia extremeña.

* * *

A la llegada a la Siberia extremeña estaban allí esperando un sargento y una pareja de la guardia civil, que hablaron un momento con los que nos llevaban, cambiaron unos papeles, y les hicieron entrega de nosotros.

La guardia civil que nos había llevado de Cabeza de Buey, se volvió a pie a la misma ciudad, y los que habían quedado nos pusieron unas esposas tan apretadas que nos hacían mucho daño y pronto se nos hincharon las manos.

Caminamos hacia el norte por un terreno solitario y agreste, sin más camino que una vereda de cabras. Ya cerca del anochecer, después de largas horas de penosa caminata, divisamos un monte muy alto, de forma piramidal, coronado por las torres de un castillo medieval en ruinas.

Era el castillo de la Puebla de Alcocer, que por su posición dominaba todo el territorio, y el pueblo extendido a sus pies conservaba casi todas sus construcciones antiguas. Las calles, por sus cuestas, eran muy penosas de subir, y más de bajar, sin rodar por la pendiente.

El sargento Romero hizo nuestra entrega al director de la cárcel, llamado don Juan Frías, y éste se mostró indignado de la forma cruel que nos habían conducido. A la llegada hubo que acostar a Roque García, que tenía una fiebre muy alta y las manos hinchadas por lo apretado de los grilletes, como todos nosotros. La noticia de lo ocurrido corrió por todo el territorio, y el sargento Romero quedó en mala situación ante la gente y sufrió un verdadero boicot moral. Sus antiguos amos, cuya casa frecuentaba, le cerraron las puertas, y hubo amigos que rompieron con él toda amistad.

Don Juan Frías tendría unos 40 años de edad, alto y delgado, extremadamente amable y de facciones finas. Nos dejó en libertad y nos permitió que paseáramos por el pueblo y que comprásemos las cosas que nos hacían falta. Durante años conservé la amistad con aquel buen hombre.

Otro que también se portó muy bien con nosotros fue un viejo barbero y practicante de medicina, a cuyo único hijo ayudé yo a terminar la carrera de maestro de escuela en Sevilla, y que fue fusilado al acabarse la guerra.

* * *

Desde la Puebla de Alcocer al pueblo de Talarrubia, habitado por algunos millonarios de la región, en casas que eran verdaderos palacios, había una llanura de dos kilóme-

tros de longitud, en la que los hacendados construyeron un cuartel de la guardia civil, una verdadera fortaleza en la que la mayor parte de los numerosos guardias civiles que allí había eran solteros. Era una fuerza militar que los adinerados utilizaban en un momento de peligro, hasta que llegaran refuerzos mayores.

Cuando estalló la revolución popular, en respuesta a la agresión fascista, los campesinos de aquella región pusieron sitio al cuartel, del que tenían muy malos recuerdos, pero la guardia civil tenía como rehenes a numerosas mujeres y niños cogidos en los alrededores, y los ponían en los puestos de más peligro, mientras ellos disparaban los fusiles. Entonces los sitiadores me pidieron en Almadén que enviara a un grupo de dinamiteros con coches blindados para volar el cuartel y la guardia civil dentro.

Mandé lo que se me pedía y una orden firmada por mí haciéndome responsable de lo que pudiera ocurrir. Volvieron aquellos hombres y me comunicaron el asunto de los rehenes, de lo que yo no estaba enterado, sin haber cumplido mi mandato. Ahora bien, los sitiados se comprometían a entregarse si yo en persona les garantizaba la vida. Me negué a intervenir en dichas condiciones, y fue a las fuerzas del gobierno a quienes se entregaron.

Al mismo tiempo, un hecho trágico ocurría en un pueblo de la provincia de Córdoba, creo que llamado Villanueva del Duque. Allí se quedaron en el cuartel los veinticuatro guardias civiles que había, e hicieron salir a sus familiares, muriendo todos en la lucha bajo la acción de la dinamita. Las familias de aquellos guardias civiles muertos me fueron enviadas a Almadén, las coloqué en el local de una escuela y procuré que nada les faltara.

Pero sigamos nuestro relato, que hemos interrumpido para recordar este episodio de la lucha.

* * *

Después de un día de reposo en la Puebla de Alcocer, una pareja de la guardia civil nos llevó sueltos y a pie al cercano pueblo de Talarrubia. Allí nos tuvieron detenidos una noche en el Ayuntamiento, y al día siguiente otra pareja de la guardia civil nos condujo sueltos y a pie al término de Herrera del Duque, y nos hizo entrega al sargento Domínguez Pachón, quien más tarde llegó a ser íntimo amigo mío, y bajo mi influencia se retiró del cuerpo de la guardia civil y abrazó la causa nuestra.

* * *

Un día de invierno de 1919, los habitantes de la Siberia extremeña contemplaron con curiosidad la llegada de cuatro hombres, esposados de dos en dos y encuadrados por guardias civiles, que los llevaban de cárcel en cárcel como a los peores criminales. Aquellos malhechores eran los sevillanos Sánchez Rosa, Roque García, Chacón y Pedro Vallina.

Después de varios días de marcha forzada por aquellas agrestes tierras, sin carreteras ni puentes, cerro arriba y cerro abajo, trompicando y cayendo, llegamos un triste anochecer al pueblucho de Herrera del Duque, cabeza judicial de aquel partido, conocido en toda la provincia como un modelo de inmoralidades. Era un pueblo destarta-

lado y feo, encuadrado entre pardos montes, mal empedrado y sucio, de casas de mísera apariencia, salvo algunas de labranzas grandes y desgarradas, y con una plaza muy espaciosa, en parte rodeada de portales, en cuyo centro había una hermosa fuente de piedra, de la que brotaba en abundancia agua limpia y rica, para apagar la sed de hombres y animales. En uno de los montes vecinos se destacaba la silueta sin gracia de un ruinoso castillo medieval. Las nieblas del cercano río Guadiana se cernían sobre la población, creando un ambiente de humedad y de tristeza. Cruzamos silenciosos aquellas calles, bajo la mirada de los curiosos, rendidos por la fatiga de tantos días de caminatas, y con las ropas sucias y arrugadas de dormir en el duro suelo.

Por lo visto aquél era el término de nuestro improvisado viaje, según rezaba la documentación que traían los guardias civiles. Allí se quedaría Sánchez Rosa, y los demás iríamos destinados a los pueblos vecinos. A mí me tocó Fuenlabrada de los Montes, el peor de todos, acostado sobre las vertientes de los montes de Toledo.

Pero el caso es que el sargento de la guardia civil de aquel pueblo, que había dirigido la expedición desde que pisamos el término municipal, era hombre muy amable y amigo de la broma, a quien le fui altamente simpático desde el primer momento. Así que al llegar comunicó a aquel Ayuntamiento, que yo era el destinado para quedarme en el pueblo, y que Sánchez Rosa pasaría al día siguiente a Fuenlabrada de los Montes. En consecuencia fui puesto en libertad, y mis compañeros quedaron en la cárcel hasta el día siguiente. Aquella noche cené en el cuartel, en la mesa del sargento, y allí recibí las visitas de algunas notabilidades del lugar, entre ellas el médico, quien se congratuló sinceramente de mi llegada, pues poco aficionado a su profesión, podía yo sustituirlo en su cargo, y él quedaría en libertad para visitar su hacienda.

Me acosté en buena hora en la modesta cama de una posada y por largo rato, mientras cogía el sueño, escuché las desentonadas voces de los mozos, que tiraban coces y cantaban en la plaza. Por cierto que me llamó la atención, y nunca más se borró de mi memoria, una copla entonada con voz recia y firme, que decía:

*Herrera la muy cochina
tiene una fuente en la plaza,
un cabrón en cada esquina.
Y una puta en cada casa.*

Y me quedé profundamente dormido.

Me desperté a poco de amanecer y me dieron una mala noticia. Se había descubierto que el sargento había urdido una artimaña para retenerme, y el secretario del Ayuntamiento no se atrevió a secundarle, así que después de un ligero desayuno, partí a pie a Fuenlabrada de los Montes, que estaba a una hora de camino. Me daban escolta una pareja de guardias civiles y el sargento.

Al llegar a Fuenlabrada pude observar que el sargento, que había estado allí de puesto en otra época, gozaba de la mayor simpatía, pues todos se acercaban con alegría a saludarlo. Al ser interrogado sobre mi persona, daba los mejores informes y siempre acababa diciendo: "Además de un buen médico es un hombre muy rico". "Usted se equivoca —le dije—, yo no tengo dinero ni lo ambiciono". "Ya lo sé, hombre —me contestó—, pero conviene que pase usted por rico para que estos imbéciles lo traten bien y le presten lo que pudiera necesitar en un caso de apuro".

En efecto, varios ricos del lugar se acercaron para ofrecerme préstamos, por cierto, que en una ocasión que necesité una pequeña cantidad, a causa de la tardanza de la correspondencia, no se la pedí a aquellos adinerados, sino al pobre sargento.

La gente de Herrera del Duque insistió en cambiarme por Sánchez Rosa, tal vez porque me creían más útil por mi profesión, y al efecto aquel Ayuntamiento se dirigió al Gobernador solicitando mi traslado, pero éste contestó poniéndole una multa.

Desde entonces fui llamado a aquel pueblo con mucha frecuencia para visitar a los enfermos graves, y las llamadas se sucedieron los años que permanecí en la comarca. Y no pocas veces fui por motivos judiciales. Así que llegué a conocer en lo más íntimo la historia y vida de aquel pueblo.

Sánchez Rosa no lo pasaba mal y se hizo de amistades con los más acomodados del pueblo. Allí había un bando de vagos que vivían del trabajo ajeno. Como se aburrían soberanamente y Sánchez Rosa era un buen conversador que les hablaba de lo humano y de lo divino, pasaban más distraídos su pobre existencia. Las cenas se sucedían y las comilonas en el campo, regadas con buenos tragos de vino. No hizo ningún adepto, pero sí disipó los errores que había sobre nuestros ideales.

En una ocasión fui invitado por aquel Ayuntamiento para dar una conferencia práctica sobre hipnotismo. Acepté la invitación y tuvo mucho éxito mi cometido. Escogí dos médiums excelentes, un tuerto y una tuerta, y durante mis experiencias, el pueblo desfiló en columna, encuadrado por los guardias municipales.

Herrera del Duque es un caso sorprendente de la acción nefasta de ciertas instituciones autoritarias sobre la vida moral de un pueblo. Como era cabeza judicial del distrito, allí menudeaban, como hongos venenosos, jueces, abogados y procuradores. Aquel juzgado municipal era un verdadero estercolero, donde tenían lugar los mayores escándalos. En otra época hubo un convento de frailes, del que quedaban las ruinas, y algunas esculturas de santos, tan mal hechas que hacían reír por las caras de tunantes que tenían. También hubo por mucho tiempo un cuartel de carabineros.

En la copla que hemos mencionado no hay asomo de exageración alguna. Se traficaba con las mujeres y se vendían a las hijas. En tiempo pasado hubo un crimen que apasionó a la comarca por las circunstancias que mediaron. Una pérfida mujer, para deshacerse de su marido, lo envenenó con un vaso de vino en el que había exprimido rabos de alacranes. Condenada a muerte, fue indultada cuando subía las gradas del patíbulo.

Toda aquella zona, que estaba dormida, despertó espléndidamente bajo la influencia de nuestros ideales. Y en un pueblo cercano a Herrera del Duque, llamado Castilblanco de los Montes, los campesinos dieron muerte a los guardias civiles, indignados por el atropello que se intentaba cometer con ellos. Por cierto que allí fue entonces el general Sanjurjo, director de la guardia civil, y al decirle en una reunión que yo era el culpable del estado de rebeldía de aquellos campesinos, contestó sin vacilar: “Es cierto, pero la influencia de ese hombre se debe a su conducta moral”.

Cuando todos aquellos pueblos bullían y se impacientaban por entrar en la lucha, Herrera del Duque dormía como las momias de una pirámide egipcia. En un momento crítico, cuando la rebelión de Asturias, tuvimos que descontar a Herrera del Duque como cosa perdida, no encontrándose allí más que a dos hombres dispuestos para el combate: el suboficial retirado de la guardia civil y un cobrador de contribuciones, hombre formal a pesar de su oficio.

En la negra noche de la vida de Herrera del Duque, víctima de las instituciones, hay una nota curiosa. Allí se escribió el conocido drama *El Nudo Gordiano*, estando Eugenio Sellés, su autor, de notario en aquel pueblo. Siempre que iba a Herrera del Duque, pasaba a visitar unos parientes suyos, donde se respiraba una atmósfera de cultura poco común en aquel pueblo.

La última vez que dormí en Herrera del Duque, me desvelé escuchando las coplas de los mozos, que tanto me interesaban, guardando en la memoria la que sigue:

*No quiero mujer de Herrera
aunque me la den de balde;
la que no es carabinera,
tiene que ver con un fraile.*

* * *

Profunda era la paz en que vivían allá en Fuenlabrada de los Montes, en las vertientes de los montes de Toledo, en la Siberia extremeña, una sagrada familia compuesta por el médico don Benigno, un hipopótamo; su esposa María Francisca, una pantera; y sus dos hijas, unas lagartijas, casada la una con el joven médico, don Natalio, hijo putativo de un rico señor y de su cocinera, y la otra con “el Abogado”, llamado así por el título que ostentaba, aunque no conocía más ley que la del embudo.

Don Natalio llegó pobre al pueblo, recién acabada la carrera, y dio un braguetazo, casándose con la hija del cacique, quien le cedió la clientela. Era un individuo de mala índole que trataba cruelmente a los pobres. En seguida se hizo propietario, comprando a bajo precio unos terrenos de un campesino arruinado. “El Abogado” era uno de los hombres más imbéciles que he conocido. Rechazó la luz eléctrica para su pueblo, como una innovación peligrosa, y creía que la imprenta había cumplido su misión y que no debería seguir imprimiendo más libros. Trataba con la punta del pie a su mujer, y cortejaba a su suegra, que todavía estaba apetitosa. Don Benigno era hombre como de 60 años de edad, alto, panzón, con rasgos de un hipopótamo, hasta por los colmillos. Desconocía por completo la ciencia médica e hizo agrandar el cementerio. Pero cada uno descuella en alguna cosa. Aquel monstruo tenía las mejores disposiciones para cacique y amo del lugar. En tiempo de elecciones no había otro que le ganara para hacer trampas, por lo que era muy estimado por la familia de Romanones, que le prestaba su ayuda incondicional. Reunía a sus partidarios de buena hora a la puerta de los colegios y los hacía votar; luego colocaba las manecillas del reloj del Ayuntamiento a las cinco horas de la tarde, siendo las nueve de la mañana, y no había Dios que votara. Si alguno se quejaba lo metía a la cárcel y le hacía dar una paliza por desobediente. Don Benigno se dio trazas, como todos los tunantes, de reunir un capital grande, en tierra y animales. Se apoderó de los terrenos comunales de una manera muy chistosa, como después veremos, y redujo al pueblo a la esclavitud más oprobiosa. Las pocas familias acomodadas no se atrevían a chistar, por temor al amo, aunque en el fondo lo detestaban. El que respingaba por su cuenta era el cura don Benito, uno de los berrendos que nos pintaba Nakens en *El Motín*. Su ama, la Bárbara, una mujer grandullona, y su hija, una potra apetitosa, dormían a pierna suelta con el santo varón.

Parece que don Benigno no era el peor de la familia, sino un hermano que tuvo, Sinforiano, peor que la piel del diablo y que reventó un día de un atracón de migas. Era comerciante y además alcalde, por lo que no había vendedor de telas que no fuera a la cárcel si se atrevía a penetrar en su feudo. No tuve la suerte de conocerle, y lo siento porque le hubiera dado un mal rato.

Cuando don Benigno se vio cargado de riquezas y de años abdicó en sus dos yernos, dos miserables que ni pintados para formar parte de aquella familia perversa.

¡Qué tranquilos y satisfechos vivían aquellos tunantes dominando a un pueblo de esclavos que apenas se atrevía a respirar! Pero un día recibieron de sopetón una noticia que les produjo la mayor consternación. Era como si un culebrón hubiera penetrado en un charco de ranas. El gobernador de la provincia les anunció mi llegada, desterrado por el gobierno, pero sin permitirme alejarme del lugar. Al mismo tiempo, los ponía en guardia contra los peligros que les amenazaban con la presencia de un anarquista tan peligroso, que hasta había atentado contra la vida de su rey y señor.

Se celebraron varios conciliábulos, presos del mayor pánico, hasta que por fin tomaron las medidas que voy a relatar.

En 1919 fuimos deportados de Sevilla un grupo de compañeros, medida contraproducente, que iba a llevar por esos pueblos la buena semilla anarquista.

Y en efecto, fui deportado a Fuenlabrada de los Montes, en el distrito de Herrera del Duque, que ponía los pelos de punta a los leguleyos de Badajoz por las inmoralidades que allí se cometían.

Después de un largo viaje a pie por aquellos andurriales de la Siberia extremeña, sin puentes ni caminos, de una cárcel a la otra, llegué una mañana del mes de marzo al lugar de mi destino.

La guardia civil que me conducía me hizo entrega a la de Fuenlabrada, a cuyas órdenes quedé. El cabo de la guardia civil de aquel pueblo era el precioso Ventura, que se perfumaba como una señorita, llevaba un bigotito rubio y se ajustaba el esbelto talle como en un corsé, me miró de reojo y me preguntó con voz atiplada adónde quería alojarme.

Le propuse que me señalara una posada, lugar encantador para mí, por las relaciones que establecería con todos los arrieros de la comarca, los mejores informadores que he conocido sobre cosas populares. Entonces hizo un gesto de disgusto y me dijo que no podía consentir que un hombre de mi categoría fuese a parar a una posada vulgar, y como no había hotel en el pueblo, me llevaron a la casa de la viuda doña Blasa, una dama distinguida de la población, cuñada de don Benigno, el amo del pueblo, que vivía con dos hijos solteros, además de los que tenía casados. Por más que insistí en ir a una posada, alegando que no reconocía categorías de ninguna clase, el cabo insistió a tal punto que comprendí que allí había gato encerrado.

Fuimos a ver a doña Blasa, y al principio se negó a admitirme como huésped, pero después de algunas muecas fingidas, invocando su categoría y su hacienda, acabó por aceptarme, a condición de que mientras estuviera en su casa me negara en absoluto a visitar a los enfermos que solicitaran mi asistencia.

Acepté encantado la propuesta, pues me encontraba muy cansado y deseaba pasarme una temporada tranquilo, leyendo bajo los árboles añosos de los bosques vecinos. Pero con mucha frecuencia doña Blasa me pedía que rompiera la consigna y

visitara a personas de su amistad, a lo que no podía negarme. Lo que me pareció extraño era que los enfermos vinieran a visitarme a eso de la media noche, como si fuera algo pecaminosa mi intervención.

Una noche pedí explicación a doña Blasa de aquel misterio, y en presencia de sus dos hijos solteros, que vivían a su lado, me hizo esta confesión.

—Mi cuñado es un infame que nos tiene a todos enredados en sus malas artes. Cuando anunciaron su llegada, se alarmó mucho, porque temía que usted despertara a la gente del pueblo y le pidieran cuentas de su conducta. Además temían su intervención como médico, que pondría de manifiesto su desconocimiento de la ciencia médica, la dureza con que trataba a los pobres y la explotación de que los hacía víctimas. Entonces decidieron que usted viniera a parar a mi casa, para que nosotros lo espiáramos e impidiéramos visitara a los enfermos. Por tal motivo los hago venir a altas horas de la noche, para evitarme reprimendas. Pero esta vez se ha equivocado, y los espiados van a ser ellos, procurando informarle a usted de sus aviesas intenciones.

Y luego me contó algunos episodios de la vida de aquel miserable.

—En esa mesa que usted estudia —me dijo la señora—, se han hecho las escrituras de todas las tierras de que ha despojado al pueblo. Dos de los mayores tunantes de Herrera del Duque, llamados “Los Monos”, firmaban los documentos falsos, vendiéndoles unas tierras que no eran suyas, sino de la comunidad.

Pronto doña Blasa y sus hijos me cogieron tanto cariño que me trataban como si fuera un miembro de su familia. Yo pagaba a doña Blasa cinco pesetas diarias por el alojamiento, comida aparte, pero no me hizo gastar nada en mi manutención, porque llovían los regalos de gallos, perdices y conejos. El pueblo en masa no sabía cómo manifestarme su cariño, al mismo tiempo que comenzaba a rebelarse contra los opresores.

El primer domingo de los que pasé en Fuenlabrada, vinieron a visitarme varios jornaleros pobremente vestidos, cabizbajos y tímidos, que me propusieron dar un paseo en el campo, para mostrarme los parajes más pintorescos de los alrededores.

Acepté gustoso y partimos al campo, pero a poca distancia del pueblo, en un lugar solitario, aquellos hombres se transformaron, como por encanto, desapareciendo su humildad, su mansedumbre y su timidez, y uno de ellos me dijo con voz firme, con la conformidad de los otros:

—El objeto de nuestro paseo no es otro que buscar un lugar donde nadie pueda vernos ni oírnos para manifestarnos como somos, no como aparentamos ser. Hemos recibido con satisfacción su llegada a este pueblo, porque creemos que usted es un hombre muy bueno que pudiera traernos la luz que nos hace falta.

—¿Y por qué creéis —les dije—, que yo soy un hombre bueno, si no me conocéis y hace pocos días que acabo de llegar?

—Porque hemos discurrido así: ¿Quiénes son los malos causantes de nuestras desgracias? Son los reyes, los obispos, los generales, los gobernantes, los terratenientes, los jueces, los caciques, que nos humillan y explotan; y si todos esos son muy malos, usted que levanta la bandera de la rebelión contra ellos, y que lo pone todo al servicio del pueblo, tiene que ser muy bueno, y no creemos equivocarnos, por lo que estamos a su lado incondicionalmente, cueste lo que cueste, aunque tuviéranos que perder la vida.

¡Así es el gran pueblo español, al que ningún otro supera! Aquellos campesinos no habían perdido la dignidad de hombre en su esclavitud. Los que la pierden están perdidos así como el país a que pertenecen.

* * *

Recuerdo que una noche en el Centro Ibero-Mexicano, años atrás el compañero Alfarache hablaba de su destierro a la Siberia extremeña, y decía:

—Allí lo pasábamos muy bien, porque estaba Pedro Vallina y a éste lo consideraban como a un Dios, alcanzando nosotros los beneficios de aquella veneración.

No había nada de Dios. Lo que llevaba conmigo era sencillamente el ideal y la moral anarquista, cuya luz iluminó el alma dormida de aquellos maltrechos esclavos, luz vislumbrada por ellos en las negruras de su vida.

No acabaré este relato sin deciros que aquellos hombres pelearon desde el día de mi llegada, todos reunidos y a mi lado, influidos por el ideal anarquista, hasta que la justicia se hizo, al estallar nuestra revolución, haciendo morder el polvo a todos sus opresores y recuperando las tierras que les habían robado. Después se volvieron contra los fascistas y los tuvieron a raya, impidiendo que pisaran aquella tierra libre.

* * *

Habían pasado tres meses desde que llegué a Fuenlabrada de los Montes, y a los que vinieron conmigo ya les habían levantado el destierro y estaban de vuelta en Sevilla.

Yo seguía en el mismo sitio, sin noticias de mi vuelta, pero la muerte de mi buena madre puso fin a aquella situación.

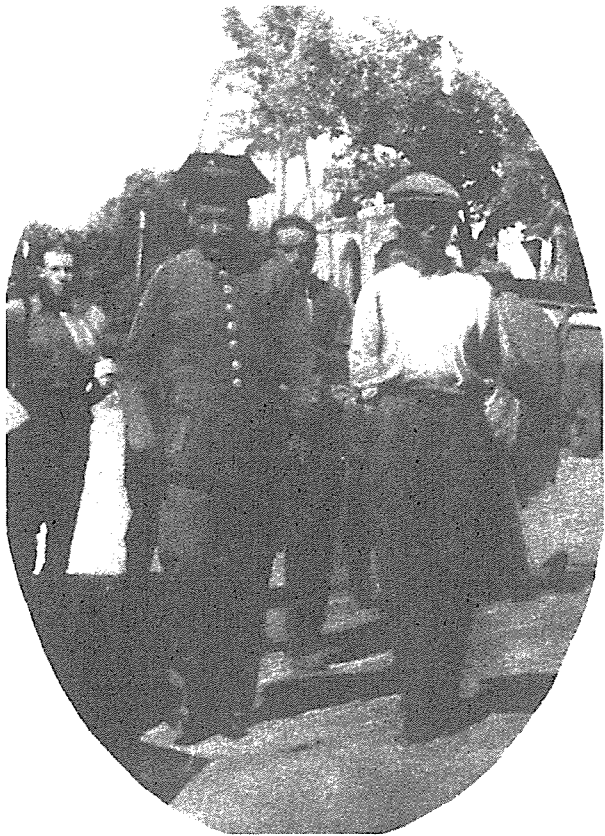
Mi madre enfermó de una bronconeumonía gripal, y desde el primer momento se reveló su gravedad. La gente indignada acudía en son de protesta al Gobernador, pero éste se disculpaba diciendo que me creía en Sevilla, porque al ocupar su puesto hizo venir a todos los desterrados que había, según una lista que le dieron, pero por lo visto no iba yo incluido.

Para acallar la justa protesta, el Gobernador gestionó que me llevaran de Fuenlabrada a Sevilla con toda urgencia y con los medios más rápidos que hubiera.

Pues bien, las autoridades de Fuenlabrada pusieron a mi disposición un asno tan escuálido que no podía conmigo, y para acompañarme a un tonto del pueblo.

Un día al amanecer salimos de Fuenlabrada, y ya bien entrada la noche cogí el tren en Cabeza de Buey que me llevara a Sevilla. Casi todo el camino lo hice a pie, por la incapacidad de la cabalgadura, y en el paso de algunos arroyos me mojé hasta la cintura. El resultado fue que cuando tomé el tren tenía una fiebre muy alta con delirio, al parecer palúdica.

Cuando llegué a Sevilla, mi madre estaba muerta y enterrada, pero tuve esta satisfacción: al entierro acudió una inmensa multitud compuesta de todos los desdichados, que sin decir una palabra, arrebataron de la lujosa carroza el ataúd en que iba mi madre y en hombros la llevaron hasta su tumba, que cubrieron con flores.



Paisaje de la Siberia extremeña (▼), por cuyos campos era habitual la imagen de la guardia civil conduciendo a presos y deportados (◄). Peñalsordo en la actualidad (▲).





Manifestaciones obreras (▲) y dispositivos represivos (▼) muy frecuentes en el periodo de las grandes huelgas revolucionarias (1917-1923).



Sevilla: la huelga general

En el año 1920, a mi vuelta del destierro de la Siberia extremeña, tomé una casa de arriendo en la popular plaza de San Marcos, próxima a la Macarena, donde abrí mi consultorio médico-quirúrgico.

Aquel local era una casona medieval que perteneció a una de las queridas del rey don Pedro el Cruel. Aunque retocada, todavía se conservaban partes casi intactas de la antigua construcción. En el zaguán, antes de pasar la cancela, había una cuadra disimulada por una compuerta, donde el señor guardaba su caballo de paseo. Al cruzar la cancela y subir la ancha escalera de ladrillos, desgastados por el tiempo, a los pocos peldaños, había una alacena, pero al abrir sus puertas se encontraba una escalerilla por la que se bajaba a un salón subterráneo. Los compañeros que conocían el secreto pasaban disimulados por el patio, donde se sentaban los enfermos, se embutían en la alacena y bajaban al sótano, alumbrado por una bombilla eléctrica, donde había una mesa con objetos de escritorio y varias sillas y bancos. Se le llamaba en broma el “Cuarto de las Conspiraciones”, y uno de los concurrentes más asiduos era el viejo Alfarache, el mejor de los hombres, de oficio corcho-taponero, extremadamente modesto, muy delicado de salud, y de ojos dulces y tristes, iluminado por la llama de una idea a la que se había entregado en cuerpo y alma. En una habitación del piso alto había un tabique movable que servía para ocultar un hueco secreto.

Al recordar aquella casa no podemos olvidar al guardián de la fortaleza, el popular anarquista de Cantillana, Pepe el “Tate”, por otro nombre “Ocho Arrobas”, por su peso y volumen físico. Pepe el “Tate” era en su lugar querido por todos, imponiéndose por sus virtudes. Hasta el general de la guardia civil, Poleón Zulueta, que con frecuencia visitaba la población, se honraba con la amistad del viejo anarquista. Su torpe compañera lo abandonó por otro, pero si alguna vez la recordaba, y era con frecuencia, decía con dulzura: “Mi pobrecita mujer me dejó solo”. Luego se casó el único hijo que tenía, y éste se dio a la bebida. Y él, solo, vivía en una destartallada bodega donde fabricaba el más exquisito de los vinillos con los frutos de una viña que poseía. Y un día cerró su bodega con mucho pesar, por los numerosos ratones que alimentaba, y se vino a mi casa, donde pasó los últimos años de su vida. “No comas mucho de noche, Pepe”, le decían las mujeres. Pero Pepe reía a carcajadas, seguía tragando y decía: “Si me muero este año, me ahorro una enfermedad para el año que viene”.

Otra persona que estaba entonces en mi casa, como si fuera mi hijo, era un muchacho de Paradas, llamado Bartolomé Torralva, de veinte años de edad, que se había quedado huérfano, y que careciendo de recursos, fue a Sevilla a pedirle una ocupación al ex anarquista Antonio Ojeda, en cuya casa estaba colocada Teresa Claramunt. Comprendiendo ésta que no quería ayudarle en su triste situación, lo llevó a mi casa, y allí se quedó. Bartolomé Torralva era de aspecto fino y elegante, y como había estudiado el bachillerato, le proporcioné los medios para que estudiara la carrera de medicina.

* * *

En la plaza de San Marcos tenía por vecindad una taberna de las más concurridas del barrio. El público de trabajadores llenaba el local y parte de la plaza, cubierta por numerosas mesillas. Varios dependientes trabajaban de día y de noche, a veces hasta el amanecer. Apenas si tenían tiempo para verter el veneno y recoger el dinero de los infelices obreros, ganado con tanto dolor y privando a sus hijos de lo más necesario para su sustento. El dueño de la taberna era un montañés barrigudo, como de 40 años de edad, de tipo apoplético y nariz morada por el alcohol. Con frecuencia se le veía inclinado sobre el mostrador, enseñando sus dedos cubiertos de gruesos anillos de oro y diamantes, contemplando a sus víctimas. Siempre replicaba a mis censuras, como envenenador público, con estas palabras dichas en tono de broma: “La profesión de usted no es la mía, porque no es lo mismo ser médico que tabernero. Usted está obligado por su misión a ser un santo, y yo a ser un bandido. Y a veces hago obra humana sin querer, porque cuando a las altas horas de la noche llegan los borrachos enloquecidos, es cuando beben el vino aguado por mí, que les perjudica menos que el vino puro”.

* * *

En una de las mesitas que mi vecino el tabernero ponía delante de su puerta para que se sentasen sus clientes a beber, se encontraba todos los días un hombre como de 35 años de edad, bastante bien vestido, que cuando salía o entraba a mi casa me saludaba desde su asiento y me preguntaba en qué podía servirme.

Un hombre que estaba allí a todas horas, que hacía gastos y no trabajaba, y que tanto se interesaba por mis salidas y entradas, no podía ser más que un tipo de la policía secreta puesto allí para vigilarme.

Pues no señor, no era de la policía secreta, era algo mucho peor, como sabrá quien siga leyendo.

Una noche, al entrar en mi domicilio, poco después del anochecer, el sujeto en cuestión se me acercó rogándome que le acompañara a su casa, en la cercana calle Enladrillada, donde tenía una hija gravemente enferma. Partimos juntos y por el camino me dijo que su hija iba de noche a las ventas con los señoritos, y la última vez había comido tantos pajaritos fritos y bebido tanta manzanilla, que la cena le había hecho daño y estaba muy enferma con un cólico. “Usted ya sabe, doctor, lo malo que son los cólicos de los pajaritos y, ella, es el tercero que tiene”. Mientras hablaba una sospecha invadió mi espíritu y la sangre comenzó a batir mis sienes y a contraerse mis puños. Pronto llegamos a una casita muy mona con un patio cubierto de flores. Entramos en una habitación baja, y en una cama de matrimonio se encontraba un angelito rubio, que no pasaba de los 15 años de edad, con una carita preciosa que contraía a cada momento presa por los más fuertes dolores intestinales. Aquel pobre pajarito prostituido por sus padres, crimen que les permitía vivir sin trabajar, se había dado un atracón de verdaderos pajaritos fritos, tan inocentes como ella, sacrificados en aras del vicio de los señoritos. Le dispuse las medicinas más adecuadas a la pobrecita, mientras que las lágrimas empañaban mis ojos.

Salí sombrío de la sala, seguido del sujeto, pero una fuerza extraña y poderosa se posesionó de mi persona, me volví de improviso, empuñé al hombre por ambos bordes de la chaqueta, le sacudí como a un pelele y le grité: “Te creía un policía, pero

eres algo peor”, y, por último, lo arrojé de espaldas, cayendo sobre los macetones en fila, que se fueron empujando uno a otros hasta rodar todos por el suelo. Y dos viejas solteronas, que vivían en el piso alto, bajaron dando gritos de dolor, no por la caída del hombre, sino por el derrumbamiento de sus flores. ¡Y aquí fue Troya! Acudieron los vecinos, que me felicitaron por mi conducta, y algunos de ellos me acompañaron a mi domicilio, donde me hicieron beber una taza de tila. ¡Cuántas inquietudes y molestias me han ocasionado mis nervios por encrespase con tanta vehemencia ante los crímenes sociales!

Pero lo cierto es que el sujeto de referencia no se volvió a ver más por la taberna, perdiendo el tabernero uno de sus mejores clientes.

* * *

El anarquista Villegas era un hombre como de 30 años de edad, bien parecido y buen hablador. Era zapatero y en su oficio nadie le ganaba a hacer un par de botas más bonitas. Pero había estado una temporada en Lisboa, en tiempos de conspiraciones y revueltas, contagiándose en aquella atmósfera pesada. Cuando llegó a Sevilla, con alguna práctica en las armas de lucha, según él decía, quiso aplicar allí sus escasos conocimientos. A mí me pidió unas sustancias químicas que necesitaba para hacer un poderoso explosivo y como además manejaba unos tubos, lo puse en la calle y le negué la entrada, temiendo que hiciera algún disparate, como al fin lo hizo. Pero se valió de un practicante poco escrupulosos que se había introducido allí. Cogieron papel timbrado que yo usaba, me falsificaron la firma y obtuvieron lo que deseaba Villegas en una casa de venta de productos químicos.

Pasó el tiempo. Un día, mientras andaba de visita en la calle, me salió al encuentro Bartolomé Torralva y me dijo que unos jóvenes habían llevado mal herido a Villegas, de una explosión, y lo habían dejado en el departamento quirúrgico y luego desaparecieron.

Cuando volví a casa, Villegas estaba acostado en la mesa de operaciones, la cancela del patio abierta y la gente ocupando el zaguán y comentando lo ocurrido. “¿Qué te ocurre Villegas?”, le pregunté. “Es un percance del oficio”, me respondió. No había lugar de ocultarlo allí, con la gente enterada del suceso. Muy mal herido estaría, cuando lo mandé al hospital y murió a poco de llegar allí.

Por lo visto había ido al campo con unos jóvenes para que contemplasen los efectos de la bomba, pero al arrojarla le explotó en la mano, matándose él y resultando levemente heridos algunos de los acompañantes.

* * *

Por aquel tiempo empezaron a constituirse los Sindicatos de Ramos e Industrias en Sevilla y se nombraron presidentes a hombres serios que dieron más solidez a la organización. Lo que pasó fue que por entonces llegaron a Sevilla unos representantes del Comité Nacional de la C.N.T., de Cataluña, para establecer la nueva estructura sindical y organizar así a los sindicatos. A tal fin, se celebraron reuniones y se publicó un manifiesto en donde se defendían tales ideas, lo que sentó como un tiro a la burguesía sevillana, que de acuerdo con el gobernador esquizofrénico conde de Salvatierra orde-

nó la detención de todos los presidentes. Entonces unos jovencitos “picaron” en el anzuelo, es decir, se reunieron en el campo y acordaron la huelga general, y se pasaron las órdenes para hacerla efectiva. Las vísperas en la noche fueron por mi casa y me llevaron la noticia para que estuviera prevenido. Numerosos policías llegaron a detenerme, pero decidí no abrir la puerta hasta la mañana siguiente.

Toda la noche agentes de seguridad trataron de forzar aquel portalón tan resistente, mientras que las gentes, desde las calles vecinas, les arrojaban toda clase de proyectiles. Al fin, por la mañana se abrió la puerta y la policía nos llevó a todos los hombres, escoltados por una nube de agentes, fusil en mano. Sólo Pepe “el Tate” quedó en la casa y desde la puerta vociferaba indignado, agitando su tremendo garrote, rojo de ira, porque se negaron a que siguiera nuestra suerte.

La huelga general se prolongó una semana, y no hubo oficio por modesto que fuera que no cesara en el trabajo. Pero luego los patronos y las autoridades tomaron el desquite. Los sindicatos fueron disueltos, y unos obreros encarcelados y otros deportados a lugares lejanos. Éste es el fin de toda huelga general, si no va seguida de una insurrección victoriosa.

La revista anarquista *Páginas Libres* que se estaba publicando en Sevilla, interrumpió su salida por el destierro de sus redactores.

Carreteras, guardias civiles y cárceles

Los habitantes del populoso barrio de Triana, en Sevilla, a poco de amanecer, un día frío de diciembre de 1920, contemplaban con inquietud e indignación desfilas a lo largo de la calle de Castilla un pelotón de guardias civiles a pie y a caballo, dando escolta a cuatro hombres esposados de dos en dos, como peligrosos malhechores. Se trataba de cuatro terribles anarquistas, el peor de todos un servidor de ustedes. Los esbirros habían venido, todavía de noche, a buscarnos a la pringosa cárcel de Sevilla, donde dormíamos intranquilos sobre el duro suelo, escoltados por un verdadero ejército de chinches.

Mientras tanto los trianeros se quedaron haciendo comentarios poco lisonjeros para los del tricornio, enterados ya de quiénes éramos; los presos y sus guardianes salieron de Triana y se perdieron a lo largo de la carretera que conduce hasta el pueblecito de Camas.

Una vez en Camas, en el lugar llamado La Pañoleta, hicimos un alto y los guardias civiles entraron en una taberna a beber unas copas de aguardiente, como remedio contra el frío de la mañana, teniendo la galantería de hacernos pasar y convidarnos.

Los de a pie se volvieron a Sevilla, y cuatro de a caballo se quedaron para custodiarlos, enfilándonos por la carretera que conduce a Santiponce.

* * *

La mañana estaba en extremo fría y un viento helado del norte azotaba nuestros rostros. Caminábamos en silencio unos y otros a través de aquella meseta desolada. A

veces unas nubes plomizas cubrían el sol y una fina llovizna se desprendía del cielo, humedeciendo nuestras ropas que se pegaban a las carnes. De pronto llamó la atención de todos un viejecito escuálido y andrajoso, encorvado sobre el suelo, en el borde izquierdo de la carretera, limpiando las yerbas malas de un sembrado de trigo. Con frecuencia, el anciano detenía su trabajo, se frotaba las manos ateridas por el frío y se limpiaba la nariz acatarrada. Era un cuadro que entristecía el alma, el de aquel anciano mísero, trabajando en un día tan crudo, sin que nadie le amparase.

De repente, el sargento que mandaba las fuerzas, un joven rubio de aspecto simpático y finos modales, picó su caballo que, caracoleando, se puso delante de nosotros e interrumpió la marcha. El sargento se dirigió a mí y se entabló este diálogo:

—Quisiera decirle a usted alguna cosa, sin ánimo de ofenderle y si me autoriza para ello.

—Diga lo que quiera, que no se quedará por mi parte sin una contestación adecuada.

—¿Por qué anda usted en estos trances tan dolorosos y llenos de peligros, cuando podría gozar de una posición envidiable y estar rodeado de toda clase de comodidades?

—Es para defender a tu padre que lo has abandonado, y que a estas horas, anciano y miserable, trabaja para el señor que lo explota y esclaviza, como ese pobre viejo que contemplamos con dolor al borde del camino.

Creí que aquel sujeto iba a decir que no tenía padre o que si lo tenía gozaba de todas las comodidades, pero se ve que di en el blanco, porque quedó inmóvil como una estatua, bajó la cabeza como apesadumbrado, volvió atrás con el caballo y seguimos nuestra marcha sin despegar los labios.

Una hora después llegamos al pueblecito de Santiponce, construido sobre las famosas ruinas de Itálica, donde pasé algunas temporadas de mi niñez, al lado de un hermano, apasionado por los estudios arqueológicos. Los guardias civiles que nos conducían, después de hojear unos papeles y cambiar unas palabras que no llegaron hasta nuestros oídos, nos entregaron a la guardia civil de Santiponce, que en las afueras del pueblo nos esperaban y entonces ocurrió una cosa rara que mi malogrado amigo Blas Infante atribuía, en un librito que publicó, a un verdadero “milagro”, que él interpretaba a su manera.

Cuando tendí mi mano para estrechar la del sargento que se despedía, éste apretó la mía fuertemente entre las suyas y rompió a llorar como un niño, y llorando se fue acompañado por los suyos, que lo siguieron cabizbajos.

* * *

En Santiponce nos encerraron en la zahúrda que hacía de cárcel, donde permanecemos un par de horas mientras la guardia civil ponía en orden la documentación. Como los hombres estaban en las labores del campo, acudieron las mujeres a visitarnos, llevándonos la comida, café y tabaco.

Escoltados por un sargento y un guardia civil partimos carretera adelante en dirección del próximo pueblo de Guillena. Ni que decir tiene que íbamos bien esposados para evitar que nos escapáramos o acometiéramos a la pareja. El sargento era tuerto y

tonto. Por el camino trató de demostrarme que los anarquistas estábamos equivocados y queríamos un imposible, diciendo para el caso las mayores tonterías que jamás he oído. “¿Y usted qué piensa de lo que dice este hombre?”, le pregunté al guardia civil, que tenía aspecto de buena persona. Pero antes de que respondiera, se encaró con él el sargento, y le dijo: “Tú no puedes pensar nada, porque eres un simple guardia civil, y no un sargento como yo”. Más adelante, en una ocasión que se separó el sargento, el guardia civil me dijo: “Las ideas que usted expone son muy nobles y justas, lo que dice el sargento, son verdaderos rebuznos, y tengo que hacer un esfuerzo para no romperle el fusil en la cabeza, pues no pierde ocasión para molestarme”.

* * *

Al anochecer llegamos a Guillena, y un arroyo de cenagosas aguas a la entrada del pueblo detuvo nuestra marcha. No sabíamos qué partido tomar, porque era ancho y hondo. Pero de improviso se presentó un campesino y se ofreció a pasarnos sobre sus hombros, cosa que hizo llegándole el agua hasta la mitad del muslo. Me dejó a mí el último y entonces me preguntó quiénes éramos. Y al informarle, me dijo que se lo había figurado y que por eso había hecho el sacrificio de cargar a cuesta a los cabrones de la guardia civil. “Yo trabajaba en lo alto de aquel cerro, y al veros venir por la carretera, custodiados por la guardia civil, pensé que érais compañeros de la organización y que tenía el deber de ayudaros”.

Una vez en Guillena, fuimos llevados al Ayuntamiento y luego a la cárcel, una estrecha mazmorra de muros de piedra en extremo sucia e incómoda. Informado el pueblo de nuestra llegada por el campesino que nos prestó ayuda, cundió pronto la agitación y la protesta de sus habitantes, alarmándose en extremo las autoridades, que pidieron auxilio al Gobernador.

Aunque la noche era negra y fría, el campesino partió para Sevilla, siguiendo las trochas más cortas, y llegó a tiempo para informar de nuestro paradero a los compañeros del Comité Regional de la C.N.T. y a nuestros familiares. Cumplida su misión volvió por el mismo camino a Guillena, llegando al amanecer, y una vez allí acordaron los campesinos impedir nuestra salida.

A la mañana siguiente estaban todos los hombres en huelga y patrullando por las calles. El médico del pueblo, un hombre entrado ya en años, nos llevó a la cárcel un espléndido almuerzo, entre otras cosas, unas ricas truchas que había mandado pescar para nosotros.

Casualmente aquel día se reunieron en Guillena los maestros de escuela del distrito, para asuntos de organización. Como hombres sensatos que eran, mediaron para evitar un día de luto en el pueblo, pues se estaba concentrando la guardia civil y se esperaba la llegada de los soldados.

Después de una acalorada discusión, se aprobaron entre ambos bandos, autoridades locales y campesinos, las siguientes bases, ante la presencia de una comisión de los maestros de escuela, que oficiaban como árbitros:

- 1º Los detenidos saldrán del pueblo sueltos, es decir, no se les pondrán las esposas.
- 2º No irán a pie, sino montados en caballerías.
- 3º Llevarán buena comida y bebida para el día.

4º Dos campesinos de Guillena los acompañarán en el viaje, hasta el pueblo próximo, donde harán gestiones para que sean bien tratados.

A las once de la mañana salimos de Guillena cada uno en un borrico, con las alforjas bien repletas de comida, además de unas botellas de buen vino.

Se disiparon las sombras que se cernían sobre el pueblo, salió el padre sol para alumbrar nuestro camino y no faltaron los vivos a la C.N.T.

La verdad es que da gusto ser revolucionario y perseguido cuando se cuenta con un pueblo tan bravo y noble como el de los campesinos, que con su intervención invierten las cosas de tal manera que los perseguidos son los triunfadores y sus perseguidores los vencidos.

* * *

A poco de salir de Guillena penetramos en un terreno escabroso donde nos sorprendió una lluvia intensa y buscamos refugio en una venta del camino. Los posaderos nos conocían y nos prepararon a todos una comida succulenta. Allí llegaron buscándome el conocido socialista extremeño don Juan Vázquez y otro compañero que ya no se separaron de nosotros y siguieron nuestros pasos.

De allí fuimos a Fuente de Cantos y pasamos un día y una noche en la cárcel. Por la noche, el director de la misma nos llevó a su oficina por donde desfilaron centenares de personas que estrecharon nuestras manos.

Luego nos condujeron a los Santos de Maimona donde quedamos en el Ayuntamiento y fuimos bien tratados. Los campesinos socialistas eran allí muy numerosos.

Una mañana llegamos esposados al pueblo de Santa Marta donde nos encerraron en una especie de cueva cerrada por una verja de hierro que había dentro de un calabozo. En aquel lugar no podíamos acostarnos, teníamos que estar de pie. Ya avanzada la noche encerraron en el calabozo a un gitano que se lamentaba de nuestra compañía, según él, porque éramos unos bolcheviques peligrosos. A una llamada que yo le hice, se acercó al hueco en que estábamos encerrados y habló con nosotros enterándose de quiénes éramos. Al gitano le introdujeron por una ventana una botella de aguardiente que compartimos. El carcelero que teníamos no podía ser más malo, incluso se negó a llamar al médico para que asistiera a un enfermo nuestro. Nos contestó que en el pueblo había un buen cementerio donde enterrarnos por si alguno moría. Por lo visto en aquel lugar había un solo socialista que fue detenido al anunciarse nuestra llegada. A pesar de todo, una mujer del pueblo, llamada Caridad, intervino y consiguió pasarnos un pollo preparado para nuestra comida.

De aquel pueblo infernal pasamos a la cárcel de La Albuera. Allí se celebraban unas elecciones parciales, donde el diputado que se presentaba era un marqués extremeño, acompañado de un político de Badajoz. Por la noche me sacaron a mí solo de la prisión para que asistiera a una cena que celebraban los políticos triunfantes, en el que estaba presente el sargento de la guardia civil. Al final de la comida llegó al pueblo un delegado del gobernador, y a toda prisa volvieron a encerrarme en la prisión para que aquél no se diera cuenta de mi salida.

Por fin llegamos a Badajoz, en cuya cárcel nos encerraron. Como era día de nochebuena, los socialistas de Badajoz nos prepararon una buena cena acompañada

de una botella de buen vino. El empleado de la prisión que estaba de guardia rechazó el vino y sólo nos introdujo la comida. Como la cantidad de vino era muy limitada armamos un escándalo grande. Subió el empleado y nos llamó al orden, pero no se atrevió a entrar al calabozo donde hubiera quedado mal parado. Al día siguiente, el director de la prisión dispuso que se nos sacara del calabozo que estábamos encerrados y quedáramos sueltos en la prisión. Después supimos que aquel individuo que había rechazado el vino para nuestra cena era un sujeto que había recibido el nombramiento de verdugo, que no pudo aceptar por la oposición de su madre y su esposa.

De Badajoz nos llevaron en tren a Cabeza de Buey, en cuya cárcel quedamos encerrados.

En la prisión de Cabeza de Buey pasé varios días y recibí las visitas de algunas personas de la localidad de ideas izquierdistas. La noche antes de mi salida aquellos amigos me comunicaron que en la mañana del día siguiente estaban convocados a la puerta de la prisión todos los pastores de la región, para hacer acto de presencia como un homenaje silencioso a las ideas revolucionarias que yo representaba.

En efecto, la mañana que salimos de la prisión cuatro anarquistas sevillanos, esposados de dos en dos y custodiados por la guardia civil, tuvimos una sorpresa grande, aunque ya nos lo habían advertido, al contemplar una inmensa muchedumbre de pastores, cayado en mano, en una explanada cercana, que nos esperaban en manifestación silenciosa, posiblemente para evitar un choque sangriento con la guardia civil concentrada en aquellos alrededores. Al llegar nosotros, se replegaron aquellos hombres y dejaron un espacio libre para que pasáramos, al mismo tiempo que todos a una se quitaron los sombreros e inclinaron la cabeza a nuestro paso. El espectáculo era impresionante y el silencio completo.

Pero en el momento de cruzar el corredor que dejaron abierto los pastores, en una calle próxima, en cuesta algo empinada, descendía un sacerdote, al que yo llamé la atención levantando, al par con mi compañero, el brazo encadenado, y le grité con voz potente estas palabras:

—¡Padre cura! ¡Padre cura! ¡Así llevaron a Cristo!

El cura detuvo su paso, inclinó la cabeza como los pastores y extendió sus brazos hacia nosotros, inmóvil y silencioso, y así permaneció un largo rato, hasta que conducidos por la guardia civil, fusil en mano, desaparecimos, para perdernos en las llanuras de la Serena, para cruzarlas y penetrar en la Siberia extremeña.

Una vez en la Siberia fuimos conducidos a los pueblos de la Zarza, Puebla de Alcocer, Talarrubia, Herrera del Duque y por último Fuenlabrada de los Montes, donde iba desterrado. Los tres compañeros que me acompañaban fueron repartidos por los pueblos vecinos.

Segundo destierro en Fuenlabrada de los Montes

Por el mes de diciembre de 1921 fui desterrado por segunda vez en Fuenlabrada de los Montes. Estaría allí dos meses. El recibimiento en masa que me hizo el pueblo acabó por disgustar a los caciques y se prepararon para arrojarme del lugar.

Por aquellos días cayó gravemente enfermo un yerno del cacique, llamado “el Abogado”, que salvó la vida gracias a mi intervención. La noche que le di de alta me enseñó agradecido una carta del Marqués de Villabrágima, de la familia de Romanones, y me dijo que si necesitaba algún favor de aquel señor él lo podía lograr. Yo no le pedí nada, pero él sí le pidió que me desterrasen de aquel pueblo por mi presencia peligrosa.

En efecto, recibí una noche el aviso de la guardia civil para que me preparara a partir de Fuenlabrada, con rumbo desconocido. Aquello era una galantería del “Bene-mérito Instituto”, pues por lo general me llevaba de un lado a otro sin previo aviso, como mercancía de poco valor.

Y en efecto, al amanecer se presentó una pareja de la guardia civil a buscarme y nos encaminamos rumbo al sur. A la salida del pueblo se unió a la caravana un viejo campesino que se mostraba muy agradecido por la asistencia médica que le había prestado a la única hija que tenía, consuelo de su vejez. Lugo, que así se llamaba el buen hombre, montaba un borriquillo muy endeble y llevaba como único equipaje un jamón para obsequiarme.

La mañana estaba muy fría, la tierra cubierta de escarcha, el cielo entoldado de nubes plomizas. Seguimos a pie una vereda pedregosa, sembrada a trechos por encinas corpulentas.

Atravesábamos una meseta que nos mostraba amplios horizontes, recortada por altas montañas, cuando, en un recodo del camino, nos topamos con un grupo numeroso de aldeanos de ambos sexos y de todas las edades. Un hombre se adelantó a nosotros y nos dijo con voz firme, mientras nos saludaba sombrero en mano:

—Yo soy el sacristán del pueblo vecino de Larvayuela y estas buenas gentes son enfermos que desearían que el doctor los visitara antes de dejar, contra su voluntad, estos lugares, donde tanto lo queremos... La guardia civil no puso reparo a la petición de aquellos infelices, y al pie de una encina secular, encuadrada por la pareja fusil en mano, establecí mi clínica improvisada, la mejor que nunca he tenido y que no fue la última en su género.

Uno a uno pasé revista a los humildes, aquejados por toda suerte de dolencias, la peor de todas, la ignorancia y la miseria. Bandadas de cuervos cruzaban el espacio graznando sin cesar, y las urracas, burlando, saltaban de rama en rama. De vez en cuando, el sacristán, interrumpía la consulta, empuñaba una descomunal bota con buen vino negro de la Mancha, cortaba un trozo de jamón y nos obligaba a aceptar su obsequio, que acabó por enternecer a los hoscas guardias civiles.

Concluido el reconocimiento de los allí presentes, el sacristán, que era un hombre como de 60 años de edad, alto de cuerpo, ancho de espalda, panzudo, de cara grande y de barba descuidada, de boca desdentada, se adelantó y me dijo con voz angustiosa: “Ahora, me toca a mí, el más enfermo de todos”, y se golpeó con el puño su dilatado estómago a manera de tambor, mientras hacía muecas de intenso dolor, y en efecto, el santo varón, fiel discípulo del dios Baco, padecía una fuerte hipercloridia, agravada por el vinillo manchego y la carne de puerco, al mismo tiempo que una cirrosis alcohólica le ocasionaba los mayores sufrimientos.

Y como la hora avanzaba y el sol, que se mostraba como avergonzado, se acercaba a poniente, nos despedimos de los aldeanos después de apurar el último trago, y seguimos nuestro calvario silenciosos y cabizbajos. De pronto, en el silencio del anochecer, oímos la voz recia del sacristán, volvimos la cabeza y con sorpresa vimos que agitaba

los brazos en actitud de bendecir, pronunciando a gritos estas palabras: “¡Yo os bendigo, doctor, en nombre de un dios misericordioso, para que triunféis de los malos y viváis muchos años sembrando el bien entre los desgraciados!”

Y su rebaño caía de rodillas y lanzaban con acento dolorido estas palabras: “¡Amén! ¡Amén!”

La noche cerró por completo, las estrellas alumbraban débilmente y como sombras, nos deslizamos entre la arboleda con rumbo desconocido, pero mi brújula señalaba el polo del dolor.

Aquella noche llegamos al pueblo de Siruela y la guardia civil me condujo a su cuartelillo. Allí me dejaron suelto para que durmiera en un hotel y pudiese visitar a los enfermos que lo solicitaran.

Al día siguiente me condujeron al pueblo de Peñalsordo donde iba destinado. La noche que quedé en Siruela atendí a una enferma paralítica que llevaba mucho tiempo en la cama. Se trataba de una histérica y me fue fácil dejarla levantada.

Mi destierro en Peñalsordo

Los que deseaban visitar la Siberia extremeña, o sea, el extremo norte de la provincia de Badajoz, bajaban del tren en la estación de Cabeza de Buey, subían en una caballería, atravesaban una parte de la Serena, terreno llano, y después de una hora de trotar por una vereda de cabras, llegaban al pueblo de la Zarza, donde comenzaba un terreno escabroso. A media hora de camino, siempre a caballo, se encontraba el pueblo de Peñalsordo, de cuyos hombres vamos a ocuparnos en este relato.

Peñalsordo era un pueblo de tres mil habitantes, relativamente moderno, pues no tendría más de tres siglos de existencia. Estaba enclavado en un terreno desnivelado, no habiendo una calle derecha, subiendo unas y bajando otras y en el alto de la más empinada, se encontraba una pequeña iglesia ruinoso, terror de curas y sacristanes, por lo penoso de la subida. El ilustre fundador de la villa, según las crónicas del lugar, fue un pastor de cabras, sordo como una tapia, llamado Peña, de donde tomó el nombre de Peñalsordo. Si Roma está construida sobre siete colinas, Peñalsordo lo está sobre setenta peñas, y me quedo corto. El pastor Peña fundó su villa en lo que era un lugar de delicias para sus cabras, por los saltos que daban. Luego siguieron saltando los hombres, pero de mala gana.

Los espíritus curiosos, aficionados a antigüedades, tenían poco o nada que aprender en el lugar que nos ocupa, pero si marchaban unos 30 minutos hacia el oriente, por un camino pedregoso, llegaban al villorrio medieval de Capilla, donde podían encontrar cosas sustanciosas. En el pueblo había una antigua iglesia católica, que antes fue sinagoga, en la que reposaban los restos mortales de algunos parásitos notables de su época. Al pie del pueblo, en una colina, se encontraba en ruinas lo que fue un bonito castillo, casi un juguete, donde habitaron las condes de Capilla, señores de aquel territorio.

Entre Peñalsordo y Capilla hay un peñón gigantesco, en lo alto de un cerro, llamado, por su forma, el Peñón del Pez. Los romanos lo cortaron a pico para dar paso a sus legiones. En algunos trechos, sobre las más altas crestas, se descubren los rastros de un

camino, en varios sitios protegido por grandes bloques de piedra. Sin duda era una vía abierta por los romanos, desde Mérida a las minas de Almandén, ya que se trabajaban en aquella época. Para luchar con ventajas contra las tribus bravías que defendían su suelo, los invasores, como las águilas, viajaban por las alturas.

Peñalsordo era un pueblo excepcional, como no he visto otro. Allí no había ricos ni pobres, sino labradores acomodados que cultivaban sus campos. Los hombres eran héroes y sus mulos de trabajo grandes elefantes. En tiempos de la recolección, aquellos hombres trabajaban de día y de noche, y algunos me aseguraron que dormían mientras marchaban agarrados a la cola de los caballos. Nunca estaban satisfechos de las tierras que tenían y aprovechaban las ocasiones que se presentaban para hacer nuevas adquisiciones ventajosas y con facilidades de pago. Y cuando ambicionaban una hacienda, que no estaba en venta, se valían de una treta muy graciosa para obtenerla. Llamaban al cura párroco, don Ángel Medel, ya fallecido, y le daban instrucciones sobre el particular.

El cura de Peñalsordo iba a Madrid y se presentaba en el palacio del propietario de la hacienda, un duque de abolengo, donde lo recibían con todo respeto, como hombre santo que era. Comía y bebía opíparamente en la mesa del señor, y después se entablaba el siguiente diálogo:

El cura (con voz suplicante): “Vengo en nombre de los pobrecitos campesinos de Peñalsordo, quienes sabedores de las intenciones que tiene su señoría de vender la finca que posee en aquel término, desean comprársela para salir de la apurada situación en que se encuentran”.

El duque (con voz viva): “Es un error, señor cura, pues nunca he pensado tal cosa y más tratándose de una finca heredada de mis abuelos que conservo como un recuerdo de mucha estima”.

El cura (con voz suavemente imperativa): “Es necesario que su señoría se desprenda de aquellos terrenos, pues los habitantes de aquel lugar viven en la mayor miseria, sin un palmo de tierra que cultivar, y si tal hiciera, Dios se lo pagaría en el cielo. Además, es la única manera de taparle la boca al doctor Vallina que anda por aquella región llamando a los campesinos a la revuelta y aconsejando el degüello de los señores, que según él se enriquecieron robando las tierras que poseen. Crea su señoría que no nos llega la camisa al cuerpo, porque los pobres extraviados lo siguen como a un nuevo apóstol y si hoy no ceden los terratenientes una parte, es posible que mañana lo pierdan todo, incluso la vida”.

Entonces, el duque llamaba a su administrador y con voz temblorosa por la emoción le ordenaba hiciera las gestiones necesarias para vender las tierras en cuestión a los campesinos de Peñalsordo.

Don Miguel Medel tenía mucho de hombre y poco de cura. Vivía maritalmente con la hermana Faustina, que allá en su juventud conquistó en el pueblecito de Capiella. Como fruto de sus amores tenía una hija que era el retrato de su padre, en lo físico y en lo moral. Era hombre desprendido y rechazó todas las ventajas ofrecidas por sus feligreses, a cambio de los servicios prestados y prefirió vivir pobremente. El cura de Peñalsordo fue muy buen amigo mío y me quería como a un hermano. Admiraba el ideal anarquista y con frecuencia me decía:

—Temo que estos tunantes lo crucifiquen a usted, porque son de la misma categoría de los que crucificaron a Cristo.

Hecha esta breve semblanza de Peñalsordo y sus hombres, podría contaros muchas cosas interesantes que allí ocurrieron, pero sólo os hablaré de una que caracteriza la fortaleza de aquella raza de hombres verdaderos.

Corría el año de 1921 y yo había sido trasladado desde Fuenlabrada a Peñalsordo, hacía pocos días. Por entonces nos llevaban de un pueblo a otro, sin saber dónde dejarnos, atemorizados por el cariño que nos demostraba la gente. Hacía tiempo que por allí se esperaba algo nuevo, sin saber lo que era, que iluminaría el camino tenebroso y sin esperanza que se seguía. Mi llegada fue para ellos una revelación por la doctrina que enseñaba y por la manera de conducirme. Por fin, veían claro las causas de sus dolores y cómo ponerles remedio.

Una noche fui llamado al cuartel de la guardia civil, para visitar a un niño gravemente enfermo, y a la salida entré en la habitación del comandante del puesto, el cabo X, un hombre joven, de aspecto simpático, de ademanes correctos y de pocas palabras. Lo encontré cabizbajo y dando muestras de un dolor intenso. “¿Le duelen a usted las muelas?”, le pregunté al contemplarlo en tan lamentable estado. “Algo peor que eso”, me respondió al mismo tiempo que me alargaba una orden de sus superiores, escrita en un cuadrado azul, a manera de telegrama, en la que se le mandaba conducirme a pie a las Hurdes de Cáceres y dejarme allí en el peor sitio. A fin de borrar la pesadumbre de aquel buen hombre, le dije con muestras de alegría: “Después de todo es una suerte visitar a una región tan curiosa y desconocida, haciendo el viaje a pie, que es como mejor se conocen las cosas. Yo he viajado a pie a través de Bélgica y Holanda, y estoy acostumbrado a largas caminatas, así que no hay que apurarse por tan poca cosas”.

El cabo alzó la cabeza con un ademán resuelto, me miró fijamente, golpeó con su mano derecha la manga izquierda de su chaqueta y dijo con voz firme: “Primero arranco estos galones que prestarme a tal villanía”. En este momento se presentó un guardia municipal llamándonos al Ayuntamiento, donde nos esperaban los allí reunidos.

Llegamos al Ayuntamiento y en la sala del juzgado estaban presentes como una docena de hombres, entre ellos el alcalde, el juez, el médico municipal, el cura párroco y varios labradores significados. Todos eran hombres maduros entre los 40 y 60 años, de aspecto saludable. Nos hicieron señas para que nos acercáramos y continuaron hablando. El cura estaba en el uso de la palabra y decía que mi labor médica en la región era altamente benéfica y mi conducta moral irreprochable. En cambio, los políticos que me perseguían eran ladrones y sinvergüenzas. Así como suena. Había, pues, que oponerse por todos los medios a que me llevaran del pueblo, no obedeciendo otro mandato que el de la conciencia. Los que siguieron en el uso de la palabra abundaron en las mismas razones. Por último, se levantó un hombre corpulento, como un gigante, con la cabeza blanca por el peso de los años, y pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa, gritó con voz tan alta que hizo estremecer a los concurrentes: “Nosotros, los campesinos de Peñalsordo, somos los dignos descendientes de aquel alcalde de Zalamea que desobedeció al rey y ahorcó al delincuente. En esta ocasión desobedeceremos al rey y a sus autoridades injustas y retendremos y protegeremos aquí al hombre que nos anuncia la llegada de una sociedad más perfecta”. Y al decir esto, señalaba con el brazo extendido hacia un lugar lejano, donde en los días de atmósfera transparente se divisaba en una altura, como un muñequito, el castillo de Zalamea. Hubo un momento de silencio y luego se levantó a hablar un

hombre alto y encorvado, con un bigotillo rubio, que con voz apagada dijo: “La noche está muy fría y húmeda y don Pedro debería recogerse pronto, por lo mucho que padece de reumatismo”. El que había hablado era el médico municipal don José Serrano. Ya iba a decirle que estaba equivocado y que no padecía de reumatismo, no conociendo la doble intención de sus palabras y su manera astuta de resolver los problemas, cuando se levantó el juez y dijo: “don José ha dado la solución más prudente y menos comprometida para todos. No permitiremos que se lleven a don Pedro hasta que se cure del reumatismo, y el pueblo, que es el que manda, le dé de alta”. Hubo una risotada general y se dio por terminada la reunión, marchando cada uno a su casa y yo a la posada donde me alojaba.

Por tres veces vino un capitán de la guardia civil a buscarme para trasladarme a las Hurdes, pero apenas asomaba las narices por la región, cuando los pastores nos informaban del camino que seguía, así cuando llegaba a la posada, ya estaba metido en cama y quejándome de los dolores. Llegaba a poco el médico del pueblo y se negaba a autorizar la salida.

Mientras tanto, los enfermos se escondían en patios y cuadras, esperando que nos quedáramos solos para continuar la consulta.

La última vez que vino el capitán se dirigió al médico y le hizo esta pregunta con voz desabrida:

—¿Cuánto podrá durar la enfermedad del señor Vallina?

—No seré yo quien se lo diga —le contestó el doctor con voz tranquila y mirada penetrante—, sino el pueblo de Peñalsordo que lo ha acogido con el entrañable cariño que se merece y que no permitiría que se lo llevaran, sin llevarse al pueblo en masa, porque además de la historia del alcalde de Zalamea saben también la de Fuenteovejuna, “todos a una”.

—Está bien —contestó el capitán—, puede el pueblo guardarlo todo el tiempo que quiera, pero yo no volveré más a hacer un papel tan ridículo.

Y cuando el capitán subía la calle acompañado de su ayudante, la gente salía a las puertas de las casas y lo despedía con una sonrisa burlona.

Así son los campesinos de Peñalsordo. Así son los campesinos de muchos pueblos de España. ¡Ay de Franco y sus secuaces, el día cercano que levanten los puños!

* * *

El cura párroco de Peñalsordo tenía un coadjutor vasco, un cura de unos 50 años de edad, extremadamente miope. Con él vivía una mujercita como ama del sacerdote. Era en extremo reservado y de las conversaciones que tuve con él saqué la impresión más favorable. En cambio, el cura párroco hablaba mal de él y lo acusaba de ser carlista disfrazado.

Un día llegaron al pueblo cuatro obreros deportados de paso para otros lugares. Las autoridades los acogieron muy bien, así como la gente del pueblo. Los obsequiaron y los pusieron en libertad. El día que se marcharon vinieron a despedirse de mí en la posada en que me encontraba. Pasaron por la calle en que vivía el cura vasco, que salió a su puerta a saludarlos. Cuando luego subía yo la calle, me estaba esperando en la puerta y me hizo entrar en su casa y me dijo: “Cuando pasaron por aquí los deportados tuve intenciones de unirme a ellos, de tirar la sotana y gritarles: «Yo soy de los vuestros», pero no lo hice en

consideración a mi inutilidad física y a mi pobreza. Además tengo a mi cargo una pobre mujer que sin mí quedaría abandonada”.

Durante algunos meses tuve correspondencia con él sobre asuntos sociales. Entonces vivía en el país vasco.

* * *

Un día llegó a Peñalsordo una señora muy enferma, de paso para Madrid. Iba a operarse de una pleuresía purulenta. Era sobrina del cura de Peñalsordo y venía del pueblo cercano de Siruela. No tendría aún 30 años de edad, y la acompañaba su marido y un hijo pequeño. Al llegar a Peñalsordo se agravó tanto que se dispuso no seguir el viaje a Madrid. Entonces yo, sirviéndome del médico del pueblo como auxiliar, y del cura párroco como anestesista, operé a la enferma. Los resultados fueron excelentes y al poco tiempo estaba curada.

Se organizó una expedición a Siruela, en la que fui incluido. Allí fuimos recibidos con entusiasmo por todas las clases sociales y me propusieron residiera en dicho lugar en vez de en Peñalsordo, por ser un sitio céntrico y más concurrido. Siruela era considerada como la “capital de la Siberia extremeña”.

Destierro en Siruela

Puestas de acuerdo las autoridades, pasé desterrado a Siruela, que era lo que la gente deseaba. Este destierro duró unos dos años. Allí mi compañera Josefina me acompañaba con dos hijos que teníamos, uno nacido en París y la niña de pocos días nacida en Peñalsordo. Allí fui muy bien acogido por toda la población, excepto por los médicos, que convinieron en ponerme todos los obstáculos posibles. Aquellos doctores se habían casado con las mujeres más ricas del pueblo y habían olvidado lo poco que aprendieron. Así que eran enemigos poco temibles y pronto quedaron eliminados.

A poco de llegar allí, cayó gravemente enferma la niña de uno de los más ricos del pueblo, médico también pero ya no ejercía su profesión y vivía del capital de su esposa. La niña era en extremo querida por su abuela, viuda de un antiguo cacique que poseía una fortuna considerable. Reunidos todos los médicos le diagnosticaron “una pulmonía central” y se puso al borde de la muerte. La abuela llamó a todos los médicos y declararon que no tenía remedio y que viviría muy poco. Entonces decidió llamarme a mí. Esto extrañó un tanto en el pueblo por tratarse de una señora extremadamente religiosa que incluso tenía una capilla en su casa. Yo acepté la invitación y cuando fui a ver a la niña que tendría unos cinco años, me la encontré en una habitación herméticamente cerrada y presa de una fiebre de más de 40° y envuelta entre algodones. Le diagnosticué una fiebre tifoidea y prometí curarla siempre que se hiciera lo que yo ordenara. La abuela quedó conforme y me prometió que se cumpliría lo que yo creyera más conveniente. Despidió a todos los médicos de la casa y además prohibió al mismo padre de la niña que interviniera. Abrí puertas y ventanas y dispuse el método de balneación

indicado. Puse un practicante de confianza que me acompañaba para que vigilara el tratamiento de la niña, puesto que la balneación encontraba mucha oposición. La lucha fue empeñada y la población estaba pendiente del resultado. Por fin la niña recobró la salud y la familia llevó una reliquia a la Virgen de Alta Gracia y se me consideró como el salvador.

De estos casos se dieron varios, todos con el mismo éxito. Hasta que llegué al pueblo nunca antes se había bañado a un enfermo. No sólo la población fue asistida por mí, sino que llegaron muchos clientes de los pueblos de los alrededores.

¿Qué motivos tuve para marcharme de una población donde fui tan bien acogido?

Fue debido a la presencia del carbunco, una enfermedad muy extendida que causaba numerosas víctimas y que ponía en peligro a mi misma familia.

* * *

El carbunco es una enfermedad infecciosa aguda causada por el *Bacillus anthracis*, que suele contraerse por contacto con los animales infectados o con productos de los mismos.

Es esencialmente una enfermedad del ganado, que en algunos países ataca con intensidad, como ocurría antes en la Siberia rusa, donde se conocía con la denominación de plaga y peste siberiana. También en Francia se desarrolló entre las ovejas en cierta ocasión una epidemia de carbunco de tal intensidad, que llegó a temerse por la extinción de esta clase de ganado en aquel país, motivo de los trabajos científicos de Davaine y Pasteur.

Después de la muerte de los animales, las bacterias pasan por una fase de resistencia, los esporos, que cuando las condiciones son favorables dan origen a nuevas bacterias, aun transcurridos varios años. De los cadáveres enterrados de los animales carbuncosos se desprenden esos esporos, que los gusanos sacan a la superficie de la tierra, contaminando los pastos que después comen los animales. Esos campos contaminados son los llamados “campos malditos”.

El agente patógeno penetra generalmente por las vías digestivas, respiratoria y por la piel. El hombre se inocula por una lesión cutánea, la que se encuentra con más frecuencia en los carniceros, veterinarios, curtidores, etc.

El carbunco presenta dos manifestaciones; la pústula maligna, local, en la cara, cuello y otras partes descubiertas, y la infección general, que mata con suma frecuencia, si no se acude a tiempo. Hay formas que de preferencia se localizan en el aparato digestivo, en el respiratorio y en el nervioso, constituyendo la más grave modalidad de la enfermedad.

Hecha esta breve exposición para facilitar la comprensión del tema que voy a tratar, entro en materia.

Por el año de 1919 fui deportado por primera vez al extremo norte de la provincia de Badajoz, región llamada, por los comerciantes viajeros, la Siberia extremeña, por el estado de aislamiento en que se encontraba, pues carecía de todo medio de comunicación, incluso de carreteras y puentes. La agricultura era pobre, pero la ganadería, en oveja lanar, era muy próspera para algunos privilegiados.

Una de las cosas que más llamaron mi atención al llegar a aquel extraño país fue las grandes cicatrices que en la cara y cuello llevaban muchos de sus habitantes. Éstos

habían padecido el carbunco, que se les había cauterizado bárbaramente con hierros candentes de la fragua o con potasa cáustica. Después, un médico extremeño, cuyo nombre sentimos no recordar, había introducido en el tratamiento la cauterización con unas gotas de una solución concentrada de sublimado corrosivo, procedimiento eficaz y menos cruel. Precisamente los atacados no eran sólo los ganaderos, carniceros y curtidores, que por su trabajo estaban más expuestos a la infección, sino que se encontraban individuos de todas las edades, sexo y condición social.

Con el mayor interés me puse a estudiar el problema, que pronto se me planteó con toda claridad. Los cadáveres de los animales carbuncoso eran muy numerosos, pero allí no se enterraban y, por lo tanto, los gusanos no podían sacar sus esporos a la superficie de la tierra. Los animales muertos eran comidos en forma de tasajo, la carne seca salada, o bien fresca a poco de morir, por las familias pobres y las acomodadas, éstas, víctimas de otra enfermedad incurable: la avaricia. Aquellos seres eran necrófagos o sea comedores de animales muertos, no sólo del ganado lanar, sino también de los cerdos y aves de corral, muertos por otras enfermedades. Y el mal estaba tan extendido que en los primeros días de mi llegada conté en el mercado del pueblo de Siruela dieciséis mesitas con carne de animales muertos puestos a la venta pública.

Desde el primer momento me puse a combatir el mal con la mayor tenacidad, convirtiéndome en una obsesión a medida que se me revelaban sus alcances insospechados. Raro era el día que no se presentaba uno o más casos de enfermedad.

El comienzo consiste en una pequeña mancha análoga a la picadura de una pulga o por una pápula pluriginosa. Algunas horas después se forma una vesícula, llena de una cerosidad amarilla rojiza, que se rompe bien pronto dejando en su lugar una escara negra. Ésta reposa sobre una base endurecida, rodeada de un rodete edematoso, en el que se sobreponen unas pequeñas vesículas en forma de aureola. La inflamación adquiere caracteres monstruosos y se extiende en párpados y cuello. A los cuatro o cinco días se presentan los fenómenos generales: fiebre de 40°, vómitos, constipación o diarreas fétidas, sudores, ansiedad, pulso débil y rápido. Los enfermos mueren rápidamente por un síncope, o bien la agonía se prolonga con la pérdida del conocimiento. La forma gastrointestinal en la que predominan los vómitos, diarreas sanguinolentas y dolores abdominales, así como la forma pulmonar, en la que aparecen todos los grados de las lesiones broncopulmonares, como la bronquitis, bronconeumonía, congestión pulmonar, edema del pulmón y pleuresía, no son tan frecuentes, pero se observan alguna que otra vez. La forma que se localiza en los centros nerviosos determina contracturas, convulsiones y un estado tifoideo con trastornos de la inteligencia, o bien un síndrome meningítico o una parálisis ascendente aguda.

¡Cuántos infelices murieron en mis brazos! Hombres en plena juventud, desgraciadas mujeres y niños de corta edad. Como la lesión es indolora y a lo más produce un ligero picor, pocos eran los que acudían en los primeros momentos. Los más prevenidos se salvaban en su mayoría, excepto las formas digestivas, respiratorias y nerviosas, que a veces revestían una gravedad excepcional. Cauterizaba la lesión, previa anestesia local con la punta del termocauterio y empleaba, alternando, el suero anticarbuncoso y el neosalvarsan. Entonces se desconocían las sulfas, de cuyos ensayos carezco de experiencia, aunque algunos las han preconizado como eficaces.

Había casos que se explicaban por una lesión local, por la ingestión de carnes muertas o por la respiración de los esporos, pero muchas veces había que sospechar

que las moscas servían de vehículo, como era la creencia popular, a mi entender no equivocada.

Mi obsesión contra el mal llegó a tal extremo, que mis gritos ensordecían todos los oídos. A las autoridades las acusaba de complicidad, a los ricos de avaros y a los pobres de cobardes, porque en vez de comerse las carnes sanas a las que tenían derecho, sólo se alimentaban de las carnes putrefactas que les arrojaban sus amos, al mismo tiempo que a los perros. La venta, en consecuencia, fue prohibida y las carnes muertas retiradas del mercado público. Pero pronto burlaron mis buenas intenciones valiéndose del mercado público. Se colocaba una mesita en las puertas de las casas y esa era la señal de que la mercancía estaba adentro. Pronto me convencí que no era sólo la miseria y la avaricia las que empujaban a las gentes a devorar aquellos despojos, sino que había una perversión en el gusto, que las arrastraba a comer de aquellas carnes que llevaban los gérmenes de la muerte. En una ocasión tiraron de una vaca muerta del carbunco al pozo de una mina, cercana al pueblo de Garbayuela, pero unos mozos bajaron al abismo, sacaron la vaca y la devoraron como chacales, sirviéndose más tarde de la piel para hacer unos tambores en el carnaval. Tres jóvenes resultaron contaminados, muriendo dos y salvándose uno que vino a buscar tratamiento a tiempo.

Encontrándome impotente para remediar el mal y no queriendo exponer por más tiempo a mis familiares a la terrible enfermedad, y sabiendo cómo allí era estimado, les puse como ultimátum que me marcharía del pueblo en el momento que se presentara un nuevo caso de carbunco. Al poco tiempo, en un sólo día, se me presentaron siete casos de la enfermedad, y el niño que había vendido la carne carbuncosa, hijo de un Labrador acomodado, presentaba el sitio de inoculación dentro de la cavidad nasal, donde, sin duda alguna se había introducido un dedo impregnado en el jugo de la carne. Al día siguiente me marché a Sevilla, aunque no tardó mucho el gobierno en volverme a mandar al mismo sitio.

Aquel vicio tenía raíces tan hondas que me costó un trabajo de Hércules el poderlo desterrar. Me fue más fácil sacudirlos de la modorra en que vivían y convertirlos en su mayoría en anarquistas y ateos, que arrancarles la maldita costumbre de comer los animales muertos.

Durante la dictadura de Primo de Rivera se construyó un buen matadero con todos los adelantos modernos, en el pueblo de Siruela, pero se valieron de todas las artimañas para que no funcionara y no se construyeran otros análogos en las poblaciones vecinas.

En la época de la República, en que mi influencia en la región era definitiva, redoblé con tal intensidad mis esfuerzos, que creí por fin había alcanzado la meta.

El último caso que se me presentó es digno de relatarse por lo pintoresco.

Una mujer avara hizo comer a su marido la carne carbuncosa, siendo precisamente una familia acomodada. Cuando el infeliz se sintió muy enfermo me hizo llamar de Almadén, donde entonces me encontraba. Cuando llegué a la cabecera de su lecho, el paciente estaba agonizando y murió a los pocos momentos. Era un Labrador de mediana edad, alto y fornido. Su muerte me produjo la más penosa impresión y convoqué a todo el pueblo a que asistiera al entierro, a fin de hacer un acto de propaganda, valiéndome de lo trágico del momento. Cuando el pueblo estaba reunido en la calle del difunto, con disgusto de todos, apareció la gente de la iglesia. Entonces los jóvenes me preguntaron:

—¿Los arrojamós de aquí?

—No me parece bien —contesté—, pues se trata de una familia católica, cuyas creencias hay que respetar, además que el cura es un anciano, el padre Antonio, hijo de unos campesinos pobres, que viven entre los jornaleros y que están más cerca de nosotros que de la iglesia.

Creyeron mis apreciaciones justas y juntos partimos todos. A la cabeza de la manifestación iban la cruz parroquial y la bandera roja de la Revolución Popular.

Al llegar a la puerta del Ayuntamiento, hice detener a los que componían el cortejo fúnebre y pregunté al cura:

—¿Predica usted o predico yo, padre Antonio?

—Predique usted —contestó—, que lo hará mejor y lo escucharemos con la mayor atención.

Y prediqué. Y mis voces de dolor llenaron el espacio, voces de acusación para el Ayuntamiento, puesto por el pueblo, por su negligencia en aquel asunto, y voces de acusación para todos los reunidos por no haber puesto de su parte las energías que reclamaba un mal tan grande.

—Todos somos culpables —les dije, señalando el ataúd—, de la muerte de ese hombre.

Y me escucharon con la cabeza descubierta e inclinada, dando muestras de un verdadero pesar.

Una vez en el cementerio, el padre Antonio bendijo la tumba del infortunado y dijo unos latines que ni él entendió. Y yo cerré el acto al grito de “viva la revolución social” que todos entendieron y contestaron con ardor. Hasta el mismo sacristán.

Además del terrible azote del carbunco se unía otro no menos terrible y con caracteres endémicos: la triquinosis.

* * *

Es una enfermedad parasitaria que se caracteriza por la presencia en el seno de las fibras musculares estriadas de la larva de un pequeño nematodo intestinal, la *Trichinella spiralis* o triquina.

Las larvas se ingieren al comer el cerdo u otras carnes mal hervidas y emigran a diversas partes del organismo, especialmente a los músculos, donde se enquistan después de adquirir el estado adulto.

La triquina es un nematodo de pequeña talla: el macho mide 1,5 mm de longitud y la hembra 2 ó 3 mm. Es sumamente fácil reconocerlo al microscopio, sirviéndose de una pequeña partícula de músculo estriado, de hombre o de cerdo. La culebrilla, enroscada dentro del quiste, es inconfundible con otros parásitos.

Los huéspedes normales de la triquina son la rata y el cerdo. Éste se infesta comiendo ratas triquinosas, y el hombre comiendo cerdo con triquina. El perro y el gato pueden igualmente infestarse. La extensión de la triquinosis no está en relación con la distribución geográfica de las ratas y cerdos triquinados.

En los Estados Unidos se encuentra poco la triquinosis humana, a pesar de que el 27 por 100, están triquinados, y en Alemania la enfermedad es frecuente, donde sólo el 2 por 100 de los cerdos tienen triquina. Y es que influye en definitivo el cocido de las carnes. En Alemania del norte, en donde existe la costumbre de comer cruda la

carne de cerdo, los casos de triquina son muy frecuentes. De 1860 a 1900 se registraron en aquella zona 10 mil atacados con 700 muertos. Esto dio motivo a que se creara un cuerpo de inspectores destinados al examen de las carnes.

Sin embargo, en los Estados Unidos la enfermedad está más extendida de lo que se dice, y no se han tomado en cuenta algunas formas más esporádicas. H. U. William hizo un detenido estudio de los músculos de 505 cadáveres muertos por otras causas, encontrando 27 casos de triquina o sea un 5,3 por 100. Riley y Schleifley encontraron 20 casos de triquinososis a 117 cadáveres, o sea un 17 por 100. Y es que la carne salada y ahumada, como observa Osler, no es siempre inofensiva, y puede infestar a los seres que la comen. Observación parecida a la que hice yo con extrema frecuencia en la parte norte de la provincia de Badajoz, donde trabé una porfiada lucha contra la enfermedad.

He aquí un cuadro abreviado de la enfermedad que me ocupa:

A los tres o cuatro días después de la ingestión de la carne triquinosa, se presentan vómitos abundantes, diarrea coleriforme, escalofríos, fiebres, edema facial considerable y algunos dolores en los miembros. A los ocho o nueve días se declaran vivos dolores musculares con rigidez y contracturas, dificultándose los movimientos. Si el diafragma es atacado, la asfixia es intensa y si lo son los músculos del ojo, se inmoviliza la mirada y simula la ceguera total. La excitación alterna con la postración, el delirio es activo y suelen presentarse algunos signos de congestión y edema pulmonar. Por último, un edema e inflamación fría invade los miembros inferiores, suben al vientre y a veces hasta los brazos, las facciones se desfiguran, los ojos se enrojecen y se cubren de lágrimas, la voz se apaga, el enfermo se muere.

Los casos ligeros se curan en algunas semanas, los graves pueden durar de dos a cinco meses, para terminar con la muerte. Se han observado casos en que el enfermo ha muerto a los diecinueve días, pero yo he tenido noticias de algunos que han sucumbido antes.

* * *

Después del carbunco, la triquinososis era la enfermedad que causaba mayor daño en la llamada Siberia extremeña. En aquella región, cubierta en su mayor extensión por grandes encinares, la cría del cerdo era una de las mayores fuentes de riqueza. Además, su carne era la alimentación principal de sus moradores. Pronto registré numerosos casos de triquinososis, inadvertidos hasta entonces por los médicos de aquellos pueblos, quienes durante el ejercicio de su profesión se casaron con labradoras ricas, abandonando los estudios y dedicándose a explotar un capital mal adquirido.

Los enfermos de triquinososis, visitados por aquellos médicos, tenían un diagnóstico equivocado, y eran considerados como enfermos de fiebre tofoidea, de reumatismo agudo y de diarrea infecciosa.

En seguida lancé el grito de alarma y convencí a los campesinos del peligro que corrían y lo fácil que era evitarlo. Se hizo una fuerte presión sobre las autoridades y se dispuso que la carne de cerdo fuera formalmente reconocida por el veterinario antes de ser consumida. Pero se presentó una grave contrariedad y eran los perjuicios que se ocasionaban a los pobres que se les quemaba el cerdo contaminado que iba a constituir el principal alimento para todo el año. Esta dificultad se resolvió

fácilmente, depositándose una pequeña cuota por cada cerdo reconocido, y el total sirvió para comprar un cerdo sano al que lo perdía enfermo.

Los casos que asistí fueron numerosos y conocí la enfermedad en todas sus fases, desde las formas más graves hasta las más leves, estas últimas simulando un reumatismo muscular.

El tratamiento de la triquinosis no es muy satisfactorio, y el que yo empleaba, en líneas generales, era muy parecido al de la fiebre tifoidea. En el comienzo de la enfermedad, cuando el parásito no había pasado al intestino, trataba de eliminarlo con purgantes repetidos, y por analogía con el tratamiento de otros parásitos, me servía del timol y del emético, así como del neosalvarsan, este último con resultado negativo. Al mismo tiempo luchaba contra el dolor y la fiebre, procurando sostener las fuerzas del enfermo hasta que la triquina alcanzara su período de enquistamiento. Puede afirmarse que no hay medicinas eficaces contra los embriones en su emigración a través de los músculos.

Sin embargo, el tratamiento de conjunto que empleaba y el amor a mis semejantes, me dieron los mejores resultados.

Por cierto que una vez se me presentó la ocasión de salvar la vida a uno de los peores tipos del pueblo de Siruela. Se trataba de un seminarista, próximo a acabar la carrera de cura, miembro de una familia cavernícola de la peor índole. Encontrándose gravemente enfermo el referido sujeto, cayó en cama el médico que le asistía, un hombre que tenía una cualidad pasmosa en equivocarse con sus enfermos, preocupada su escasa inteligencia con los campos y ganado que su esposa poseía. Entonces me pidió por favor que visitara en su lugar al seminarista enfermo. No pude negarme a un acto contrario a la generosidad de mis ideales. Por cierto, el médico había equivocado el diagnóstico y lo curaba como un enfermo de nefritis aguda, a causa de tener un edema en los párpados. Rectifiqué el diagnóstico, que se confirmó en seguida por el análisis de una carne de cerdo que había comido, y con mucha devoción en mi asistencia, salvé la vida al seminarista, estando convencido que si mi vida hubiera estado en sus manos, no habría vacilado en arrebátarmela. Pero entre el anarquista y el cura hay tanta diferencia como entre el día y la noche. Cuando volví a darle cuenta al médico de cabecera del resultado de mi examen, lo primero que hice al llegar a su casa, fue coger un tratado de patología médica de su minúscula biblioteca, buscar el capítulo referente a la triquinosis y ponérselo delante de sus narices. Se incorporó en el lecho, leyó el capítulo con avidez y exclamó: “Me he equivocado; el enfermo padece triquina”.

Un caso digno de relatar, referente a esta enfermedad, ocurrió en el pueblo de Chillón, en la vecina ciudad de Almadén. Un día se me llamó al citado pueblo, donde se había declarado una epidemia sospechosa. En efecto, encontré varios atacados de triquinosis, y ya se habían registrado varias defunciones. Pude encontrar la carne de cerdo infestada, y como el veterinario la había reconocido y afirmaba la no existencia de triquina fue en el acto encarcelado por la autoridad local. Entonces un enfermo que se encontraba muy grave, y cuya mujer acababa de fallecer, me llamó a su lado e hizo esta confesión: “Yo no tomé en serio las prédicas de usted, y no creía en la triquina, así que el día de la matanza, en vez de mandar un trozo de la lengua de mi cerdo al veterinario, lo hice con uno del cerdo de un vecino a quien el facultativo había dado el visto bueno. Y entonces, bromeando, llegamos hasta comer con avidez la carne de

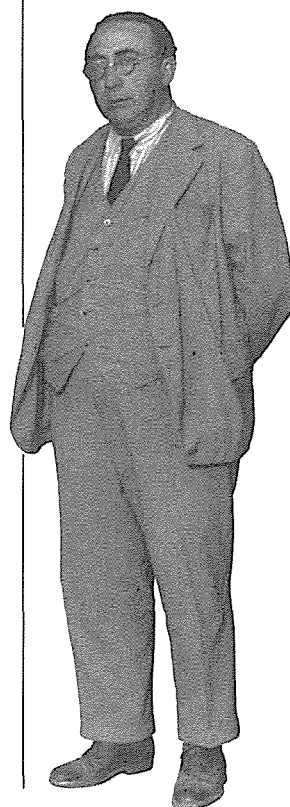
cerdo cruda, salpicada con sendos tragos de vino manchego. El mal ya no tiene remedio, pero yo le ruego intervenga hasta que pongan en libertad al veterinario que es inocente, y sea yo sólo el que pague, aunque ya he pagado bastante por la ignorancia, ocasionando hasta la muerte de mi propia mujer”.

* * *

El veterinario fue puesto en libertad y yo convoqué al pueblo a un mitin en la plaza pública, acudiendo muchísimas personas. Desde la tribuna terminé mi discurso haciendo esta pregunta: “¿Creéis ahora que existe la triquina?” “Sí —me contestaron todos—, y estamos dispuestos a quemar la carne de cerdo que se encuentra en el pueblo, casa por casa”. Y como la medida era ruinosa para los pobres, aconsejé que se reconocieran todas las carnes a fin de aprovechar las buenas y destruir las que pudieran ocasionar la desgracia de los hombres, Y así se hizo con toda escrupulosidad.

Chillón es un pueblo antiguo de la provincia de Ciudad Real, a dos kilómetros de Almadén. Sus obreros reparten el tiempo en las labores del campo y en los trabajos de las minas de mercurio. Es un personal excelente, como conozco pocos, abiertos a nuestros ideales y en los momentos críticos de la lucha antifascista, siempre acudieron como un solo hombre a mis llamamientos, dispuestos a todos los sacrificios.

- Cantillana
- Sevilla: campaña contra la tuberculosis
- Traslado del Comité Nacional de la CNT a Sevilla
- Añagaza de político
- Preso por la dictadura
- En Tánger
- Casablanca
- Portugal
- Mi segundo destierro en Siruela
- Mi destierro en Estella
- Vuelta de Estella a mi destierro de Siruela
- La justicia del pueblo
- La tragedia de Castilblanco de los Montes
- Mi entrevista con Alcalá Zamora
- Viajes a Andalucía y Cataluña
- Mujer valiente de un guardia civil



Cantillana

Dos meses antes de mi partida de Siruela, el gobierno me había levantado el destierro, pero continué en aquel pueblo debido a que estaba muy bien tratado por la población y hacía obras muy útiles.

Una vez en Sevilla, los propietarios de casas no querían arrendarme una; no habían olvidado que me había puesto a la cabeza de la huelga de los inquilinos.

Por lo pronto me refugié en Cantillana, y allí llevé a mi familia. Por ser mi madre del lugar conservaba numerosa parentela.

Aquel pueblo no era de mi agrado, por su afición a las corridas de toros y a las fiestas religiosas, pero cuando continué allí algún tiempo llegué a tomarle cariño.

A poco de mi llegada murió de repente el boticario, y en el velatorio me encontré con el anciano cura párroco del pueblo, más tarde le acompañé hasta su casa y en el camino se mostró hostil a los ricos por su crueldad. Y al despedirnos ofreció mandarme los bancos de la doctrina de la iglesia para que tuviese asiento mi numerosa clientela.

La casa en la que vivía era de mi tía Amparo, y allí se encontraba el joven sacerdote Antonio Daza, primo hermano mío.

De los pueblos de los alrededores acudían muchos enfermos y a mí no me faltaba ocupación.

Entre los enfermos se encontraba una señorita llamada Carmelita, un caso intenso de morfinomanía. Su enfermedad empezó por trastornos nerviosos, motivados por la oposición de su padre al novio que tenía. La llevaron a Sevilla y el médico que la visitaba equivocó su diagnóstico, se le presentaron unos vómitos incoercibles, que el doctor confundió con una lesión orgánica del estómago; y como no llegaba a cortar los vómitos empleó la morfina. Abusó tanto de ella que llegó a inyectarse una cantidad enorme. Siendo la mujer más bella del pueblo se convirtió en una piltrafa humana. Yo acepté su tratamiento a condición de tenerla confinada en una habitación y con la llave en el bolsillo. La enferma quedó completamente curada y volvió a ser tan hermosa como antes. Cada vez que iba a aquel pueblo venía a visitarme y me convidaba a comer.

Cuando mi prestigio era mayor y no bastaba en visitar tantos enfermos recibí la noticia de que ya se había encontrado en Sevilla un local a propósito para mí. Estando ya en Sevilla, con frecuencia me llamaban siempre que había un enfermo grave.

En mi visita por los alrededores del pueblo encontré un lugar conveniente para fundar allí el Sanatorio Antituberculoso que proyectaba.

Sevilla: campaña contra la tuberculosis

Por fin pude encontrar una hermosa casa perteneciente a la familia del torero Varelito, que había muerto a consecuencia de una herida causada en la plaza de toros de Sevilla. Éste era un torero de fama y reunió dinero para construir una hermosa casa que tomé en arriendo.

Pronto abrí una clínica en Sevilla, ayudado por dos practicantes: José Torralvo y Antonio Muñoz, ambos de ideales anarquistas.

Entonces me propuse iniciar una campaña sobre la tuberculosis, que hacía allí grandes estragos.

El problema de la tuberculosis se presentaba en Sevilla con los caracteres más horribles que nadie puede imaginarse. Mi consultorio se abría a las dos de la tarde, y sin un momento de reposo, hasta media noche, desfilaban por allí, uno tras otro, numerosos enfermos tuberculosos, de todas las edades, en su mayoría jóvenes, y de todas las categorías sociales. Los dolientes de otras enfermedades me llamaban a sus casas, porque huían de la mía, temerosos de enfrentarse con aquellos cuadros de dolor y desesperanza.

En los antiguos palacios de los ricos, convertidos en casas de vecinos para los pobres, cada uno de los cuales disponía de una mísera habitación y de un hueco enfrente como cocina, se encontraban numerosos tuberculosos, que llevaban el contagio a sus vecinos. Una de estas casonas era la llamada el “Corral del Conde”, que visitaba a diario, y contaba con 200 moradores, distribuidos en sus numerosos patios, los más posteriores, húmedos y oscuros. Con frecuencia se veían tuberculosos sentados en las puertas de sus cuevas tosiendo y escupiendo en el suelo, mientras que un enjambre de chiquillos de aspecto enfermizo jugaban y alborotaban a su alrededor. Yo hice un mapa negro de estos lugares terribles, y en uno de ellos había anotado ochenta defunciones por tuberculosis pulmonar.

Había fábricas de tejidos en las que trabajaban dos turnos de muchachas de quince a veinte años de edad, uno de día y otro de noche, y estas últimas se daban al vicio del aguardiente, para hacer menos pesada la noche, y dormían de día en habitaciones cerradas que carecían de ventilación. Todo esto, unido a las pelusas de las telas que respiraban en el trabajo, daba un contingente grande de enfermitas de tuberculosis pulmonar. Cuando contemplaba aquellas muchachas escuálidas y selladas por la muerte, una angustia grande invadía mi espíritu y miraba con horror todo lo que me rodeaba.

Todos los obreros tuberculosos trabajaban enfermos mientras podían y luego se quedaban en sus casas esperando la muerte y contagiando a sus esposas e hijitos. Entre otros, recuerdo a un infortunado albañil que, devorado por la fiebre y atormentado por la tos, trabajaba en lo alto de un andamio los días de fuego del verano sevillano. Después de acabar la labor del día, pasaba la noche por mi clínica, completamente extenuado y sin fuerzas para llegar a su casa. Cuando a algunos de estos enfermos les proponía con timidez la buena alimentación y el cese de su trabajo como obrero o

empleado, me miraban con espanto y me decían lo difícil que era para sus familias vivir sin sus jornales diarios, además que la ocupación que tenían la habían logrado después de muchas dificultades y humillaciones.

En una ocasión atendía a una jovencita rubia y muy bonita, enferma de tuberculosis pulmonar, hija de un obrero de la Maestranza de Artillería, hombre de una constitución hercúlea, como he visto pocos. “Tan fornido es usted —le decía—, que parece haber nacido para fabricar cañones”. Había enviudado y sólo tenía un cariño: su hija enferma, flor delicada que amenazaba troncharse y desprenderse del rosal en que había nacido. Con los cuidados de él, y la atención que yo le dispensaba iba mejorando, aunque lentamente despertándose en nosotros la esperanza más alentadora. Pero un día, con un pretexto cualquiera, fui preso y deportado a lejanas tierras. Después de muchos meses de deportación pude volver otra vez a Sevilla. Llegué agotado por tan penoso viaje, a trechos seguido a pie, y me acosté a mi llegada, ya bien entrada la noche. Hacia las 11 llegaron a buscarme dos obreros de la Maestranza y me dijeron que un enfermo moribundo, al conocer la noticia de mi llegada, me llamaba con toda urgencia. “Venga usted ahora mismo, porque el enfermo no pasa un día sin recordarlo y teme morir esta noche sin verlo”. Me vestí a toda prisa y acompañé a mis visitantes a casa del enfermo que me reclamaba con tanta urgencia. Cuando llegué a la habitación del enfermo, me encontré en cama a un hombre moribundo que a duras penas pudo incorporarse en el lecho y extenderme sus brazos suplicantes, mientras rompía a llorar. Con voz trémula, entrecortada por los sollozos, me dijo el desdichado: “Yo soy aquel obrero corpulento de la Maestranza de Artillería, que todos envidiaban mi salud, que tenía una hija enferma de tuberculosis pulmonar, que usted atendía con tanto cariño, y que después de a mí, a quien más quería era a usted. Cuando los malvados se lo llevaron deportado, mi hija se negó a comer, empeoró rápidamente, y poco a poco se fue extinguendo en mis brazos como una lucecita. Además del sufrimiento que tuve por la pérdida de mi hija, me contagié de ella y ahora me encuentro en los últimos momentos de mi vida. Pero he tenido el consuelo de volver a ver a usted y de abrazarle antes de morir”, y rompió a llorar arrojándose a mis brazos. Ante aquel cuadro sombrío, retiréme profundamente conmovido, y aquella noche, a pesar de lo cansado que estaba, no pude conseguir el sueño. El caso de referencia, que encierra un dolor profundo, demuestra palpablemente los peligros del contagio de la tuberculosis pulmonar, no respetando ni a los más fuertes.

Cuando todas las mañanas visitaba el Hospital General de Sevilla, daba una vuelta por la sala de Santa Catalina, cuyas camas estaban ocupadas por mujeres tuberculosas. Era uno de los cuadros más tristes que he visto en mi vida y que no se me borra de la memoria. Las pobres mujercitas que tanto sufrían iban muriendo una tras otra. No faltando un contingente de desgraciadas que ocupasen las camas vacías. En aquella sala de los horrores se respiraba una atmósfera cargada de muerte. Aquel lugar inspiraba temor a médicos, estudiantes, enfermeras y monjas, no sólo por el peligro que se corría, sino también por los cuadros que se contemplaban.

* * *

“¿Qué medida tomar —me preguntaba— para atenuar tantos dolores y evitar que los enfermos sin cura posible pudieran contagiar a los que estaban sanos?” Y un día de

Carnaval, con otros compañeros, lanzamos un inspirado llamamiento que tuvo un eco en todos los corazones e hizo derramar lágrimas a los que lo leían. Había que levantarse contra tanto mal, buscar las causas que lo producían, señalar a los culpables y proteger a las víctimas. Y así surgió la idea de una campaña popular contra la tuberculosis, muy diferente a la que estaban haciendo las damas católicas de la aristocracia, capitaneadas por la adinerada marquesa de Lebrija, rodeada de aduladores, médicos algunos, que aplaudían una obra inútil y de escarnio para las infortunadas víctimas de la enfermedad.

Pronto nos hicimos, a 25 kilómetros de Sevilla, con buena carretera, en el término de Cantillana, de una hermosa finca que reunía las mejores condiciones para los propósitos que nos animaban. Eran unas colinas de mediana altura, cubiertas de olivos y de naranjos, y con agua abundante y rica. Un entusiasta de nuestra obra nos cedió la finca, mediante pagos anuales de su valor. Don José Laguillo, director que era entonces de *El Liberal*, abrió una suscripción popular para sostener aquella obra. El señor Laguillo deseaba llevar a la práctica una serie de iniciativas favorables al pueblo, sin la intervención nefasta del Estado.

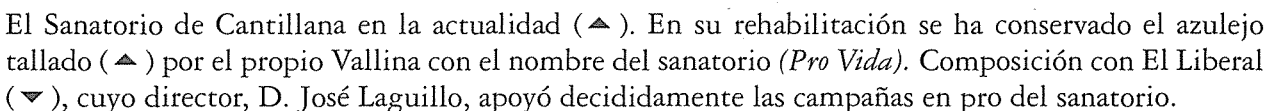
El primero que contribuyó a la suscripción con 1.500 pesetas y el ofrecimiento de dar todo lo que faltase, fue uno de los más ricos de la capital sevillana y de ideas opuestas a las mías, pero que había perdido a su joven esposa, víctima de la tuberculosis, y sentía el dolor de todos. Se había casado en segundas nupcias con una hermana de la que fue su primera mujer, también viuda de un hombre muerto de la misma enfermedad. Pero nunca tuvimos que pedirle nada, porque la mayoría de los sevillanos contribuían con su óbolo a la obra. Los sevillanos, en masa, sin distinción de ideas políticas y religiosas, prestaron su ayuda a la obra emprendida por un grupo de anarquistas, porque era buena, justa y verdadera.

En el pabellón de material que se construyó, y en casas rústicas de follaje que se levantaron, fueron colocándose los numerosos tuberculosos que llegaban. Pronto recobraban el apetito, desaparecía la fiebre y renacía la esperanza que habían perdido. El aroma de los naranjos, el cielo cuajado de estrellas, la luz dulce de la luna, los resplandores de Sevilla y de Carmona a lo lejos, donde tantos amigos teníamos, despertaban en aquellos enfermos un nuevo hálito de vida. Allí todo era amor y desinterés y los enfermos formaban una sola familia, ayudándose mutuamente como hermanos. Ninguno pagaba nada, ni nada cobraban los que intervenían en su ayuda, aunque un enfermo y un estudiante murieron de contagio. El desinterés era tan grande, que los carniceros de Cantillana me decían: “No se preocupen de la cuenta y manden por toda la carne que necesiten para que no les falte a esos enfermos”.

En los comienzos de la obra, salvo el reposo, la buena alimentación, el aire puro, requisitos de los que aún hoy no puede prescindirse, fueron los elementos que disponíamos y los más valiosos, y más tarde hubiéramos dispuesto de otros medios de curación y de intervenciones quirúrgicas, pero la obra fue destruida en su comienzo.

Pero al mismo tiempo exponíamos las causas sociales que originaban la enfermedad y la necesidad de combatirlas, despertando el espíritu de rebeldía en la gente. Las viviendas antihigiénicas donde vivían los pobres hacinados, sin luz y sin aire, era una de las causas principales, sin olvidar la mala alimentación y los vicios, éstos originados por una pésima organización social.

Desde el primer momento se despertaron muchas hostilidades contra nuestra propaganda, sobre todo al descubrir las causas sociales de la tuberculosis y señalar a los



culpables. Una parte, era de los médicos; otra, de los falsos antituberculosos, y otra, de las autoridades, que nos temían. Durante algún tiempo la campaña fue sorda, porque no se atrevían a enfrentarse contra la opinión pública, pero cuando se declaró la dictadura de Primo de Rivera, levantaron la cabeza y se dispusieron a terminar de una vez con una obra tan beneficiosa. Se prohibieron las suscripciones voluntarias, las reuniones, las funciones de teatro, etc., para recaudar fondos a favor del Sanatorio y se anunció al público a bombo y platillo, que iba a hacerse un registro en él en busca de las armas allí depositadas, para cuya compra servían las suscripciones, acusación que nadie tomó en serio. Hicieron el registro sin encontrar ninguna arma, pero se negaron a confirmarlo como yo les pedía, para que no quedara la duda en algunos incautos. A poco fui de nuevo encarcelado, y el Sanatorio, que tantas lágrimas había secado y tantas esperanzas despertado, dejó de funcionar para los infortunados tuberculosos.

Al tener lugar el levantamiento fascista, los reaccionarios incendiaron el Sanatorio y destruyeron lo que no ardía. El compañero Antonio Rosado, que se ocupaba de aquél, salvó la vida huyendo a través de los campos, hasta llegar a Almadén, y un hijo que lo acompañaba, enloqueció en el camino. Los médicos de Sevilla no intervinieron para evitar las persecuciones a las víctimas, y la destrucción del Sanatorio. Como excepción, citaré al doctor Pueyes, ya fallecido, y a su hijo, asesinado por los fascistas, que en alguna ocasión que me encontraba detenido me sustituyeron en las visitas a aquellos enfermos.

Traslado del Comité Nacional de la CNT a Sevilla¹

A causa de las persecuciones que sufrían los militantes en Barcelona, por cuya razón no podía actuar normalmente la organización, el Comité Nacional decidió consultar al Comité Regional de Andalucía y Extremadura si aceptaría que éste se trasladara a Sevilla, teniendo en cuenta que existía una organización potente con muy buenos militantes. La respuesta fue afirmativa y se procedió a trasladar la documentación, y con ella un asesor del Comité Nacional, que pusiera al corriente de las relaciones con las demás regionales y del estado de la organización, al nuevo Comité.

El Comité Regional de Andalucía decidió consultar al compañero Paulino Díez, que residía en Málaga, si aceptaba el cargo de Secretario General del nuevo Comité Nacional. Este compañero se trasladó a Sevilla para hacerse cargo de su nombramiento, a fines del mes de julio de 1923, y se procedió a nombrar a los demás miembros del Comité que recayeron sobre los siguientes compañeros: Ramón Mazón, secretario de actas, Manuel Pérez, contador, y yo fui nombrado tesorero, un compañero del Sindicato de Vidrieros, otro del Transporte, de quienes no recuerdo los nombres, y Pedro Calderón del Sindicato de la Madera.

Apenas habíamos comenzado la labor de relación entre las Regionales cuando se produjo la dictadura del general Primo de Rivera, lo que nos obligó a tomar precauciones y prevenir a la organización contra una posible acometida de la dictadura,

¹ Por indicación del doctor Vallina, este capítulo fue redactado por el compañero Paulino Díez.

pues aunque ésta se dedicó a perseguir y destruir a los partidos políticos que habían votado en el Parlamento las sanciones contra el rey Alfonso XIII, por las responsabilidades del desastre militar de Annual en el año 1921, no descartábamos que, una vez eliminados los adversarios políticos, atacaría a las organizaciones obreras, en particular a la C.N.T.

A poco de un mes del pronunciamiento militar, se acercaron a nosotros unos representantes de los republicanos valencianos, de los vascos y de la fracción de Maciá, de Cataluña, para concertar una acción revolucionaria que pusiera término a la naciente dictadura.

Como no podíamos decidir, sin antes consultar a la organización, si aceptábamos o no la proposición de los comisionados y tampoco conocíamos en detalle con qué medios se contaría para lanzarnos a tal empresa, decidimos consultar a la organización y ésta acordó celebrar un Pleno de Regionales, que tuvo lugar en Zaragoza, en el local del antiguo Casino, que fue propiedad del cardenal Soldevila, cerrado en aquella época, en el mes de octubre de 1923. El Pleno delegó en el compañero Paulino Díez, por el Comité Nacional, y en Antonio Parra, en representación del Comité Nacional de Grupos, para asistir a la reunión que debía celebrarse en Perpiñán, donde residía el señor Maciá. Ésta se celebró en Font Romeu, en la que un individuo, en representación de los comunistas bilbaínos, intentó estar presente en la reunión. Nuestra delegación anunció que se retiraría en el acto si se admitía al representante comunista. Y éste, que representaba a los cuatro comunistas que había en aquella fecha en Bilbao, se retiró y la reunión se llevó a cabo.

A nuestro regreso a Sevilla determinamos interesar a los compañeros de Portugal a reunirse con nosotros para establecer una acción común contra la dictadura de Salazar, si se llevaba a cabo el movimiento que se proyectaba contra la dictadura de Primo de Rivera. Como delegados para concertar el acuerdo vinieron a Sevilla, confundidos con los miembros de un equipo de fútbol, los compañeros Quintal y Sousa, este último, padre del que fue secretario de la Federación Anarquista Ibérica, durante la guerra en España.

Una noche que estaba reunido el Comité Nacional en el local de la calle Trajano, se presentó un individuo proponiéndonos revelar las intenciones de la patronal sevillana para constituir sindicatos libres. Le dijimos que no creíamos en cuentos de brujas ni nos asustaba lo que pretendiera hacer la patronal. Se marchó y tras él salió un compañero quien lo vio conversando a la puerta del Teatro del Duque, con un agente de policía, apellidado Martín, que hacía poco había regresado de Canarias. Seguimos reunidos y al rato de haber regresado el compañero e informados, por tanto, de quién se trataba, se presentaron, esta vez eran dos, en el local nuevamente. Se situaron en el umbral de la puerta donde celebrábamos la reunión y con las pistolas nos intimidaban. No cabe duda que la primera visita no tenía otro objeto que conocer, para el desarrollo de su estrategia, las condiciones del local. Volvieron al ofrecimiento y lo volvimos a rechazar, y en el ínterin apareció un compañero, que se percató de lo que sucedía y aprovechó la ventaja de que su presencia no había sido advertida, para encañonarles, y nosotros aprovechamos el momento para abalanzarnos sobre ellos, desarmarlos y propinarles una buena paliza.

A la mañana siguiente nos citaron a la comisaría para acusarnos de haber proporcionado una paliza, con magullamientos, a dos individuos allí presentes. Le diji-

mos al Comisario que siguiera adelante con la denuncia y que el juez determinaría lo que habría de responsabilidad en el caso. Pero a nuestra salida de la jefatura de policía fuimos a ver al gobernador, general Perales, para decirle que la organización no se haría responsable si las provocaciones de esos tipos continuaban y mucho menos si la patronal intentaba crear los sindicatos libres, de triste recordación en Cataluña. Le dijimos que los dos pistoleros eran protegidos por el agente Martín. Prometió meterles en la cárcel, lo que cumplió, y trasladó al padrino a otro lugar. Descubrimos que los sujetos eran los hermanos Simón, que participaron en el asesinato de Seguí y Paronas el 10 de marzo de 1923.

En ocasión de haberse cometido un crimen y un asalto al tren expreso Madrid-Sevilla, y no encontrando a los autores de él, a las autoridades policíacas se les ocurrió la idea luminosa de que el asalto se había cometido por elementos de la C.N.T., y nosotros, como Comité Nacional, fuimos a dar con nuestros huesos a la cárcel, a la que se llamaba “El Pópulo”. En la redada cayeron los compañeros Quintal y Sousa.

Del atraco se nos exoneró, pero permanecemos en la cárcel seis meses para salir camino al destierro. El atraco fue cometido por un señorito, de casa bien, invertido, y un empleado de correos.

Como continuábamos en la cárcel y previa consulta a las regionales, éstas determinaron trasladar el Comité a Zaragoza.

Añagaza de político

Corría el año de gracia de 1923 y casualmente me encontraba por entonces libre en Sevilla, y digo esto porque, por lo general, estaba en la cárcel o deportado en algún villorrio extremeño, que con mi presencia, o mejor dicho con la influencia de las ideas anarquistas, se convertía en una urbe luminosa. Pongamos por ejemplo a Siruela, pueblo desconocido antes de mi llegada, y después conocidísimo por toda la comarca extremeña por guardias civiles y de asalto, que no hubo uno que no lo visitara, obediendo a órdenes superiores.

Pues bien, en la fecha a que me refiero, se sentía cierta inquietud en Sevilla y toda clase de rumores corrían de boca en boca, sin saber uno a qué carta quedarse.

Fue entonces cuando apareció Alejandro Lerroux y habló a la ciudad desde el gran teatro de San Fernando. Su oración iba también dirigida a la clase media del pueblo, del que ya se sentía divorciado. Atacó a la monarquía, pero su discurso no mostraba claros sus designios, como si hubiera una incógnita detrás de sus palabras. Como no se me había borrado todavía el mal sabor de nuestra entrevista en Londres, no me preocupé de su presencia en Sevilla, aunque presentía que algo iba a ocurrir para lo que el pueblo no estaba preparado, como de costumbre.

Algunos compañeros hablaron con Lerroux, deseosos de conocer sus intenciones, que éste se reservó, pero manifestó deseos de tener una entrevista conmigo. Vacilé antes de aceptarla, pero al fin decidí acudir a la cita, única manera de aclarar las cosas.

Me recibió en un gran hotel de la plaza de la Magdalena, y el amigo Martínez Barrio me sirvió de introductor, aunque él no estuvo presente en la entrevista.

—Lo encuentro a usted muy viejo —le dije— y temo que se muera bajo el peso de los años sin haber hecho nada de provecho en sentido revolucionario.

Estas palabras fueron dichas con encono, por no decirle otra cosa más fuerte, pero al parecer no se dio cuenta de la hiel que encerraban.

—A eso vamos, querido amigo, a intentar algo de provecho en esta ocasión, aunque la solución está todavía dudosa, y lo mismo puede ser favorable que adversa a nuestra causa.

Y entonces me contó de lo que se trataba: en las guarniciones se estaba llevando a cabo una votación secreta para pronunciarse por la república o una dictadura militar dentro de la monarquía. El pleito estaba todavía dudoso y él recorría las capitales tomando el pulso de los jefes militares, e influyendo en su determinación.

—En el caso de que la votación nos sea favorable, en unión de tus amigos, debéis sublevar al pueblo andaluz y atacar a los gobernadores y demás autoridades monárquicas, que así se verán obligadas a llamar en su ayuda a los militares, los cuales se negarán a intervenir, y entonces podréis obrar por vuestra cuenta. En todo caso, si no queréis intervenir en el movimiento que se prepara, cuando menos no manifestaros en contra, porque si fracasara podría acontecer otra cosa peor para todos.

Después de consultar con los compañeros que más confianza me merecían para la acción, acepté lo propuesto por Lerroux, advirtiéndole que se sublevarían hasta las piedras, para una lucha definitiva del pueblo contra sus opresores, que también tenían derecho a votar en la calle, como los militares en los cuarteles, para fijar su destino.

Nos pusimos a trabajar con ardor y a prepararnos para la lucha sin perder de vista la calidad de los comprometidos, que más de una vez nos habían dejado en la estacada. De vez en cuando recibía noticias de la marcha de los acontecimientos, que se presentaban cada vez más borrosos.

Por fin, un día me comunicó Lerroux, desde la Coruña, por medio de un emisario, que la causa de la República estaba perdida por el momento, pronunciándose la mayoría de las guarniciones por una dictadura militar dentro de la monarquía.

Alfonso XIII y Primo de Rivera aparecieron en el horizonte.

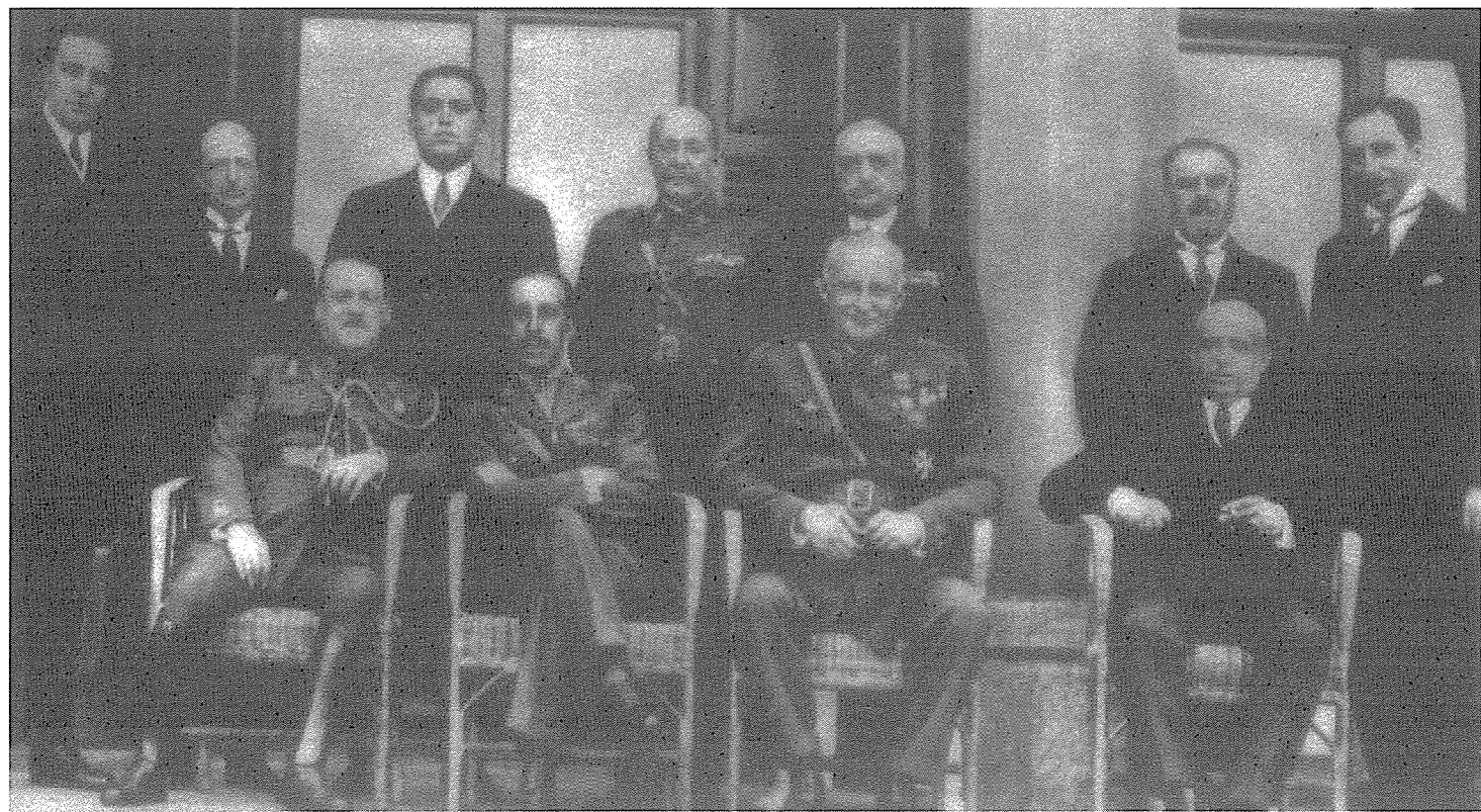
Preso por la dictadura

El 13 de septiembre de 1923 tuvo lugar un golpe de Estado de Alfonso XIII y la proclamación de una dictadura militar presidida por el general Primo de Rivera.

Esta dictadura duró hasta el 28 de enero de 1930. Primo de Rivera remitió los poderes al rey y emigró a París donde murió en un hotel, sucediéndole el general Berenguer, que restableció las garantías constitucionales.

Desde el primer momento de la proclamación de la dictadura comprendí lo que me esperaba. Aunque muy vigilado seguí en libertad. Pero la tarde de nochebuena de aquel año mi casa fue asaltada por la policía y detenidos todos los que estábamos dentro, incluso los enfermos que se encontraban en aquel momento esperando la consulta.

En una larga fila fuimos todos conducidos a la jefatura de policía.



Durante la dictadura de Primo de Rivera (▲) se recrudeció la represión contra el movimiento obrero. Esperando la salida de presos a las puerta de la cárcel del Pópulo de Sevilla (▼).



El jefe, llamado Agüero, de origen cubano, me llamó a su oficina y me dijo que estaba dispuesto a poner en libertad a todos los detenidos que no estuvieran complicados en nuestros asuntos revolucionarios. Le hice una larga lista de los recién apresados que fueron en el acto puestos en libertad.

En la conversación que sostuve con el jefe de la policía, se mostraba hostil a la proclamación de la dictadura y que esperaba pronto ser sustituido de su cargo, ya que había detenido a un amigo del mismo rey, en un lugar escandaloso, y haberse negado a ponerlo en libertad. Aquella noche nos llevaron un pavo preparado para que cenáramos la nochebuena. Terminada la cena pasamos a la Cárcel Modelo un grupo de detenidos que habíamos quedado en la jefatura.

Una vez en la Cárcel Modelo nos llevaron a un lugar llamado la “Pajarera”, donde se encontraban algunos miembros de la C.N.T.

A la mañana siguiente se presentó un juez militar, el coronel Márquez, quien nos tomó declaración. Cuando leímos los periódicos de aquel día nos quedamos asombrados del embuste que se había fraguado para detenernos. Se trataba de un complot revolucionario para derribar los gobiernos de España y Portugal. Entre los detenidos había dos portugueses pertenecientes a la organización obrera que se habían quedado en Sevilla invitados a nuestra cena de Navidad. Las autoridades de Portugal hicieron una declaración afirmando que los dos portugueses detenidos en Sevilla no eran conspiradores, sino pacíficos obreros.

El lugar de la prisión que nosotros llamábamos la “Pajarera”, era un salón hasta cierto punto independiente de los patios de la cárcel.

Al pasar la cancela de la prisión había a la izquierda una corta escalera que conducía a un salón grande que era donde se encontraban los presos de la C.N.T. y que fueron arreglando para hacerlo más habitable y que estaba independiente de los patios de la cárcel. Alguna vez, los mismos empleados de la prisión nos pedían permiso para que dejáramos entrar un preso y no se mezclara con los restantes de la cárcel. Aquel lugar pasaba de unos a otros y contaba con una buena biblioteca que utilizaban los detenidos.

A nuestra entrada no pasábamos de veinte individuos, pero pronto se llenó aquel local. Todas las personas relacionadas conmigo eran detenidas, hasta el cobrador de la suscripción del Sanatorio fue encarcelado. Allí seguían los dos portugueses y además dos alemanes que habían venido de turistas a Sevilla y que traían la dirección de mi casa.

Lejos de tener temor a las autoridades militares, nos servían de burla. El general Perales era un hombre de poca inteligencia y no hacía más que tonterías. Una vez se corrió la noticia de que había presentado la dimisión de su cargo, y Manuel Pérez, uno de los presos, le escribió una carta irónica lamentando su actitud, pero el general Perales tomó en serio la carta, y una vez encerrado en el calabozo, contestó con mucha modestia.

A los dos meses de prisión pusieron en libertad a los dos portugueses, y a los cuatro meses a los alemanes, conduciéndoles a la frontera.

Aunque estábamos encerrados, nunca dejamos de entendernos con los amigos del exterior. Allí publicábamos un periodiquito a pluma titulado *El Pájaro*, y con una máquina de escribir que poseía uno de los detenidos, hacíamos hojas clandestinas que eran repartidas en el exterior.

Como nuestra prisión iba prolongándose, mandamos a Madrid a dos compañeros que estaban en libertad, Barneto y Pepe Díaz, con el objeto de obtener allí un local

ignorado por la policía, para ir, en caso de necesidad, y atacar de cerca a los dictadores, pero fueron poco hábiles en su cometido y a poco de llegar a Madrid fueron detenidos.

Por entonces llegó a Sevilla el verdugo don Casimiro, y nos dio el espectáculo de ahorcar a Rabazo, un epiléptico irresponsable que había matado a una pobre mujer y a sus dos niños.

El coronel Márquez, juez de nuestra causa, nos puso en seguida en libertad, pero continuábamos detenidos por las autoridades militares y a mí me comunicaron que mientras siguiera la dictadura continuaría preso.

Pero un día tuve la sorpresa de que llegó un policía y me puso en libertad, y me anunció que me conducía a un lugar de destierro.

En Tánger

Primo de Rivera, de acuerdo con Alfonso XIII, escaló el Poder para perseguir a los políticos venales, según a voces pregonaba, pero los que pagábamos los vidrios rotos fuimos, como siempre, los anarquistas.

Ya pasaba de medio año mi detención en la sucia cárcel de Sevilla, en unión de otros compañeros, cuando una mañana recibí una visita de un agente de policía que vino a comunicarme, con mucha reserva, la orden que traía de trasladarme a un lugar de destierro.

Salí de la cárcel, y dos policías me condujeron a mi domicilio, donde tomé ropa, libros, instrumental médico, despidiéndome de mi familia, ya acostumbrada a casos semejantes.

Me dirigieron a la estación de Cádiz, donde tomamos el tren. Un leal compañero, Fernando Fournon, enterado de lo que ocurría, se vino detrás y tomó el mismo tren, inquieto por mi suerte. Fernando Fournon, tan conocido y apreciado por los sevillanos, era un compañero francés que tenía, con otros hermanos, una tonelería en Dos Hermanas.

Una vez en Cádiz fui entregado a la policía de la ciudad, quien me dio la orden de marchar a Casablanca, donde residiría como desterrado, hasta nuevo aviso. Y que tuviera buen cuidado de no pisar la zona española, donde correría peligro. “Una vez fuera de España —me dije—, haré lo que tenga por conveniente”.

A la mañana siguiente me dirigí al embarcadero, pero el barco no salía para Casablanca más que una vez por semana. Me volví contrariado a la ciudad, cuando fui llamado al despacho del jefe de policía, quien me dijo en voz alta:

—¿Por qué no se fue usted esta mañana?

—Porque no salió ningún barco para Casablanca —le contesté.

El policía dio algunos pasos nerviosos por la estancia, sacó un papel de su carpeta y me lo dio a leer. Lo firmaba Martínez Anido, y comprendí que era una orden suya para que me asesinaran en Cádiz.

—Como usted ve caballero —me dijo el policía—, y a nadie ha de comunicar esta conversación, le aconsejo salga mañana de la ciudad, como quiera que sea. Esta noche vigilaré su hotel y respondo de su vida, pero mañana entrará en función la guardia civil, que no vacilará en complacer al señor Martínez Anido.

Di las gracias a aquel hombre, ignorando a qué influencias obedecía su conducta, y acompañado por un policía visité aquella tarde la tumba de Salvochea a orillas del mar que tanto amaba.

Me acosté temprano y al amanecer tomé un barco rumbo a Tánger.

* * *

Después de una travesía accidentada en la que las agitadas aguas del Estrecho de Gibraltar amenazaban tragarse la frágil embarcación que me conducía, llegué a la bahía de Tánger. Como la ciudad estaba internacionalizada, en poder de los cónsules, cada uno de ellos lo hacía lo peor que podía, y el puerto más rudimentario estaba por construir.

Una gasolinera se acercó a nuestro barco y unos moros forzudos nos fueron sacando uno a uno como costales de patatas, depositándonos con el mayor cuidado en su embarcación. Al tocar tierra, se sube una empinada escalera y de improviso se encuentra uno en un mundo nuevo. Una gran explanada se presenta ante nuestra vista, cubierta por una abigarrada muchedumbre de moros que se movían en todas direcciones. Un morito joven y bien puesto se acercó y me ofreció sus servicios como intérprete y guía. Acepté con agrado, pues no sabía dónde dirigirme. Cargó mi maleta un pobre moro, y los tres nos internamos en la ciudad, dirigiéndome a uno de sus hoteles, creo llamado "El Comercio".

Cuando el hotelero me pidió mi nombre, tuvo un momento de sorpresa y me dijo que desde la mañana se esperaba mi llegada, y, en efecto, a los pocos minutos se presentó un arrogante tipo, altamente simpático, quien me dijo que era natural de Fernando Poo y que tenía la misión de ponerse en contacto conmigo en nombre de ciertos elementos progresivos de la capital. Le di las gracias, pero no le interrogué sobre el misterio que encerraba su presencia.

* * *

Por entonces residían en Tánger unos quince mil españoles, en su mayoría obreros sevillanos, que no ocultaban su júbilo por mi llegada. Vinieron a visitarme en grupos y me comunicaron sus deseos de que me quedara en Tánger, trabajando como médico. Hasta buscaron un domicilio adecuado para el caso. ¡Qué tiempos aquellos en que el espíritu de los hombres rebosaba cariño y solidaridad!

Acepté con alegría la propuesta, pues la ciudad me parecía encantadora, además que al pisar la tierra africana había sentido un bienestar extraordinario, como si me encontrara allí entre mis antepasados, los moros andaluces.

Pero mi gozo en un pozo. Cuando todo parecía arreglado en mi favor, se me presentó el hombre de Fernando Poo y me condujo a la casa del doctor X, un judío que gozaba del mayor prestigio entre el mundo progresivo de Marruecos. El doctor X me estrechó con efusión entre sus brazos, y me dijo con voz triste:

—¡Cuánto me alegraría que usted se quedara en Tánger, donde haría falta un hombre de sus condiciones como ciudadano y como médico! ¡Y con qué alegría le concedería a usted mi numerosa clientela que ya no puedo llevar con el peso de los años! Pero aquí se hace una política miserable, y los extranjeros están a merced del capricho de sus cónsules, unos malvados, que pueden hacerle expulsar con la mayor

facilidad. Para que usted pudiera seguir en Tánger y ejercer su profesión tendría que hacer unas gestiones que seguramente le repugnarían a su conciencia.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—De presentarse en el convento de frailes españoles y ponerse a las órdenes del padre prior, antiguo ex confesor de la reina Cristina, que es quien manda políticamente en la colonia española.

—Deseo marcharme lo más pronto que pueda, aunque sea a los infiernos con tal de no ver a ese reptil.

—Es lo mejor. ¿Y cómo desea hacer el viaje hasta Casablanca? Por mar sería lo más seguro.

—Deseo ir por tierra aunque corra los mayores peligros. Trataré de evitar esos peligros y le comunicaré el día de salida.

Los elementos españoles discutieron entre ellos y con mucho pesar convinieron que el doctor X tenía razón, y que lo mejor sería que continuara el viaje hasta Casablanca.

* * *

Una noche, al acostarme, llegó el hombre de Fernando Poo y me dijo que me preparara para marchar al amanecer del día siguiente en un coche de turismo que partía para Casablanca. Por la mañana tomé el auto en compañía de tres viajeros que se dirigían a la misma ciudad.

Al llegar al primer pueblo de la zona española, llamado Arcilla, el auto paró en la plaza, en la que se encontraba un pequeño grupo de moros que hablaban en voz baja. Del grupo se destacó un hombre, llegó al auto y preguntó por mí. Bajé a una señal suya y me incorporé al grupo. Nos apartamos un poco, entramos en un bar, me invitaron a un refresco y me dijeron:

—Siga usted tranquilo su ruta, que el camino está vigilado, tanto en la zona española como en la francesa.

En efecto, por todas las ciudades que pasé, hasta media noche que llegué a Casablanca, encontré grupos de moros que me dieron la bienvenida y estrecharon mi mano con ardor.

Moros y judíos me fueron fieles hasta el último momento que permanecí en Marruecos; pero en cambio, los cristianos, españoles y franceses, además de ser unos sinvergüenzas, cometieron el crimen de expulsarme de un país del cual se habían apoderado valiéndose del crimen y del robo.

Casablanca

Llegué a Casablanca a las doce de la noche y tomé una habitación en la parte antigua de la ciudad, en un pequeño hotel perteneciente a unos árabes argelinos. A la mañana siguiente, acompañado de un policía de aduanas, fui a retirar el escaso equipaje que traía. Los empleados de la Aduana arreglaron el asunto para que no tuviera que abonar nada, cosa que sorprendió mucho al agente que me acompañaba. Por lo visto

ya tenían noticias allí de mi llegada. En aquel hotel pasé unos días hasta que llegó mi familia de Sevilla y buscamos casa aparte.

Un día me comunicaron los dueños del hotel que habían llegado varios agentes de la policía secreta y que habían hecho un registro minucioso en la habitación que ocupaba, encontrándome ausente. Como yo esperaba su visita, tuve cuidado en no dejar nada sospechoso. Según la policía yo era un revolucionario muy peligroso y tenían la orden de no perderme de vista ni un solo momento. Aunque la policía les prohibió me comunicaran su visita, ellos me informaron para que estuviera alerta. Mucho les agradecí la advertencia de aquella buena gente que se decían descendientes de árabes españoles.

En efecto, no sólo me vigilaban en la capital, sino que me seguían los pasos a donde quiera que fuera. Una vez que fui a Mazagán, ciudad del sur de Marruecos, la policía destacó a una amazona israelita, agente de la policía secreta, para que me siguiera e investigara mi gestión. Por otra parte, renuncié por el momento a hacer una visita a Fez, donde unos amigos gestionaban una entrevista mía con Abd-el-Krim, que entonces campeaba en el Riff.

* * *

Cuando llegué huido a Casablanca, sin trabajo y poco dinero, el encargado de una farmacia me propuso que fuera todos los días a pasar visita como médico, cosa que acepté con gusto. Después supe que el dueño de la botica era un farmacéutico francés, tan entregado al abuso del alcohol, que no podía hacer trabajo alguno, y había delegado sus funciones en un joven español, práctico en la materia.

El primer enfermo que llegó fue un indígena de treinta años de edad que ejercía el penoso oficio de cargador en el muelle o donde encontraba trabajo. Su aspecto era el de un hombre enfermo.

A su llegada me llamó aparte el español encargado de la farmacia y me recomendó que aquella clase de gente, es decir, indígenas trabajadores pobres, los atendiera con la mayor rapidez posible.

No le hice caso e invertí en aquel desdichado, que padecía una tuberculosis pulmonar, todo el tiempo requerido tratándole con la mayor atención y cariño, tanto que salió tan bien impresionado de la consulta, que desde el primer momento se interesó en divulgar mi conducta y recomendarme numerosos enfermos, pobres como él.

Por lo visto, los médicos europeos lo habían tratado con la punta del pie, después de haberle hecho gastar el poco dinero que tenía y no mejorar en su enfermedad. Pero hubo quien lo trató con humanidad y lo mejoró de sus dolencias y por eso me quedé tan agradecido.

* * *

En Casablanca fui muy bien recibido por el elemento allí residente, tanto indígena como extranjero. En una de las calles principales abrí un consultorio médico-quirúrgico, cuyo local me fue arrendado por un propietario judío. Como la renta era muy alta, el propietario me permitió que yo fijara el precio que podía pagar. Así que cuando oigo hablar del interés desplegado por los judíos en negocios, me acuerdo de aquel hombre generoso.

Pronto fui considerado como uno de los mejores médicos de la población, siendo muy consultado por musulmanes y judíos. Pero vayamos al tema que nos ocupa, pues sería muy largo de contar mis impresiones.

Había por aquel entonces en Casablanca una numerosa colonia española que contaba con unos veinte mil habitantes, por lo general gente industriosa que vivía bien, y que en relación a mi profesión de médico se agrupaba a mi alrededor, en seguida que llegué, huyendo de los abusos del comandante Vidal.

Todos me hablaron con amargura de dicho personaje, médico agregado al Consulado español, un redomado tunante que los trataba con la mayor dureza y los explotaba a mansalva. Las hazañas de aquel malvado, que tenía todos los vicios y ninguna virtud, serían largas de contar, y no caben en este lugar. Vidal era el representante de la dictadura de Primo de Rivera en Casablanca, siendo el cónsul español un juguete en sus manos. Vidal era el hombre odiado y despreciado por todos, tal como se merecía, y la colonia española a mi llegada se apartó de su lado, reprochándole duramente su conducta.

Cuando todo parecía marchar tranquilamente y la estima hacia mi persona y mis ideas iban en aumento, fui un día llamado con urgencia al Consulado español, y el cónsul, un jovenzuelo de tipo afeminado, me dijo estas palabras: “Es necesario que usted no visite enfermos en Casablanca, y a cambio se le dará el dinero que necesite para vivir con su familia y se harán gestiones para que vuelva a España”.

La contestación que di a aquel mamarracho fue de tal índole, mientras apretaba mis puños y avanzaba hacia él, que estuvo a punto de desmayarse, y pidió una bebida cordial para reponerse del susto.

Comuniqué a los amigos más íntimos lo que ocurría y todos vieron en aquel incidente la mano de Vidal, que quería deshacerse de mí para seguir oprimiendo a los residentes españoles.

En efecto, pocos días después recibí la visita de dos agentes de la policía francesa, quienes me comunicaron por escrito la orden de expulsión de Marruecos, dándome un corto plazo para marchar del país. Una comunicación igual era leída a mi compañera Josefina Colbach, con la que estaba unido libremente, expulsándola también del país, y para disimular aquella monstruosidad se me comunicaba que podía residir en Francia, en la ciudad de Marsella, disposición que no acepté por parecerme una celada, ya que me encontraba expulsado de Francia, no por nada pecaminoso, sino por defender el contenido de la gran Revolución Francesa. A continuación, el jefe de la policía me llamó a su despacho y me dijo que aquella medida se debía a una reclamación del gobierno español, pues lo que tocaba a mi conducta en Casablanca, había sido correcta y humanitaria.

La noticia de mi expulsión de Marruecos corrió por Casablanca como un reguero de pólvora, y la indignación fue grande, señalando todos a Vidal como el culpable de aquella felonía. El elemento musulmán quiso manifestarse en la calle, pero los prudentes aconsejaron la calma, creyendo que mi asunto sería solucionado favorablemente. El mismo gobernador se opuso a aquella medida, así como la Liga de los Derechos del Hombre y las logias masónicas. Una comisión de hombres de prestigio de la ciudad fue a Rabat, solicitando se evitara mi expulsión; pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. El general Lyautey, la más alta autoridad francesa en Marruecos, acababa de llegar con la orden de expulsión en el bolsillo, y se mostró inflexible

a todas las reclamaciones que se le hicieron en nombre de la justicia, por la que tan heroicamente había luchado siempre el pueblo francés. Entonces recibí una carta de Sabastián Faure, condenando mi expulsión y comunicándome que se separaba de ciertos elementos de izquierda francesa, con los que había convivido mucho tiempo, por no haber cumplido con su deber.

Aquel comandante Vidal, execrado por la población de Casablanca y uno de los miserables que tanto daño hizo a la colonia española allí residente y que por propio egoísmo fue causante de mi expulsión con sus acusaciones calumniosas, lo encontré en Albacete pocos años después, ascendido a coronel y jefe de sanidad militar de aquella zona, a cuyas órdenes me pusieron los gobernantes de la República española.

* * *

Encontrándome inactivo en Valencia por el año de 1937, después de haber actuado en las milicias de la C.N.T. en varios frentes de guerra, solicité el ingreso en el ejército republicano, siendo admitido con el grado de teniente de sanidad y destinado a Albacete. Lo primero que hice al llegar a aquella capital fue visitar al jefe de sanidad militar, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme al mismo comandante Vidal, de Casablanca, que había motivado mi expulsión de aquella ciudad, convertido en el coronel Vidal, jefe de sanidad al servicio de la República española.

Como hospital militar se habían utilizado dos espaciosas viviendas, situadas en un lugar céntrico de la ciudad, y allí fui destinado como médico, en unión de otros doctores militarizados. Como militares profesionales había en sanidad el coronel Vidal, un teniente coronel y un capitán. Los tres eran enemigos de nuestra causa, como pude observar con facilidad.

Como había muchos heridos y enfermos, mi trabajo era grande. Por otra parte, casi todos los días era requerido para formar parte de los tribunales militares que entendían en el reconocimiento de los enfermos y en el examen de los recién llegados. Además, recorría con frecuencia los pueblos de la provincia para visitar a los soldados enfermos que se encontraban con licencia en sus casas. Al fin, pude ponerme en contacto con la gente de los pueblos y conocer sus aspiraciones, que eran muy alentadoras.

El 5 de abril de 1937 recibí esta comunicación, firmada por el coronel Vidal: “Complementando lo dispuesto en la orden de la plaza de hoy, y a partir del día de mañana queda usted encargado del servicio facultativo de las fuerzas de esta guarnición que al dorso se relacionan, cesando en los servicios que tenía encomendados en el hospital base de esta plaza”. Los servicios que tenía que atender eran los siguientes:

1. Grupo de transmisiones.
2. Parque de artillería.
3. Obras de fortificación.
4. Generales, jefes, oficiales y sus familiares, transeúntes y residentes de esta plaza que pertenezcan a cuerpos que no tengan asignado médico.

Sospeché que el coronel Vidal deseaba alejarme de su lado en el hospital base para estar más a sus anchas, cargándome con un trabajo que no me dejaba un minuto

libre. Sin embargo, con tanto trabajo, estaba en mi elemento, corriendo de un lado para otro y propagando siempre mis ideas con el ejemplo de mi conducta. En el parque de artillería, ayudado por un joven sargento, se hizo la mejor propaganda, llenándose los muros de aquel local de cartelones con máximas de moral libertaria que eran muy leídas y comentadas. Las actividades que exigían mis cargos me pusieron en contacto con todos los jefes y oficiales de aquella guarnición, casi todos adictos a la revolución social, salvo un corto número que eran contrarios, como ellos mismos lo confesaban, pero cumplían fielmente con sus deberes.

Un día fui llamado con urgencia a la comandancia militar y me encontré a un recién llegado, con aspecto de hombre de importancia, que me dijo: “He venido a hablar con usted referente al coronel Vidal, para que me diga lo que sabe y opina de ese hombre. Como su declaración será definitiva para resolver un asunto de mucha importancia, le doy a usted veinticuatro horas para que me dicte bien lo que va a decirme”.

Al día siguiente tuve una larga entrevista con aquel hombre, explicándole lo que yo sabía y opinaba de Vidal, que además la di por escrito. Al final de la entrevista me estrechó con fuerza la mano y me dijo:

—Gracias por su información, porque me pone en claro ciertas cosas graves que han ocurrido.

He de advertir que hasta aquel momento no había hablado con nadie sobre el coronel Vidal. Lo cierto es que tanto él como el teniente coronel y el capitán, todos médicos militares de profesión, fueron dados de baja en la plaza de Albacete, trasladados a otro lugar. Los motivos que hubo para eso, los ignoro, aunque ya he dicho que eran enemigos de nuestra causa.

Después supe que Vidal había sido enviado a Tarragona, donde permaneció algún tiempo, y que al final de la guerra, se hizo justicia disparándose un tiro en la cabeza.

Tal es la historia del comandante Vidal, hombre de confianza de la dictadura de Primo de Rivera, en Casablanca, convertido en coronel Vidal en Albacete, hombre de confianza de la República española en Albacete, bajo cuyas órdenes me pusieron.

* * *

En Casablanca no pude permanecer más que tres meses, y me agradaba en extremo aquella ciudad y la gente que la poblaba, musulmanes y judíos, tolerándose recíprocamente y dando muestras de cariño hacia mí y a la España libre que yo representaba.

Me había establecido en una de las calles más céntricas y en un hermoso piso principal, dándome el propietario judío todas las facilidades de pago apetecidas.

Había hecho ingresar a mi hijo Harmodio, de unos diez años de edad, en el mejor colegio francés que había, donde podía aprender el francés y el árabe en sus estudios.

Había hecho un trato con un librero judío para comprarle todos los libros de su tienda a plazos semanales, donde se encontraban los más raros ejemplares de la España musulmana, escritos en diferentes lenguas.

También podía extender mi propaganda, que había ya comenzado, entre árabes y judíos, para interesarlos en el triunfo de la España revolucionaria y volverlos de nuevo a su antigua cuna...

Pero todos mis planes fracasaron y me vi de nuevo camino del destierro, con mi compañera y dos niños pequeños, además de un obrero anciano y de su niña pequeña recogidos en mi hogar, ambos de Madrid. A la vez, había llegado el día antes de mi destierro mi practicante Antonio Muñoz, natural de un pueblo gaditano. Pero no había que retroceder, sino seguir adelante mientras alentara un soplo de vida.

Portugal

Estábamos en el año de 1924 y con mis familiares había sido expulsado de Marruecos por las autoridades francesas que mandaban allí.

De Casablanca a Lisboa hicimos el viaje en un pequeño buque mercante, cuyo principal cargamento eran elefantes. En la travesía, que no recuerdo lo que duró, sufrimos mucho de mareos.

A nuestra llegada a Lisboa nos estaba esperando en el puerto el español Mogrovejo y un joven compañero italiano. Más tarde apareció Manuel Pérez y los portugueses Sousa y Silva, que tuvimos por compañeros en la prisión de Sevilla. Éstos hicieron gestiones, en nombre de la organización obrera, acerca de mi estancia en Portugal, donde había llegado desterrado de España y Marruecos. Aquel día se reunía un consejo de ministros del gobierno portugués y se trató mi asunto. El gobierno acordó darme por bien recibido y concederme un permiso para que pudiera ejercer la profesión en el país. Precisamente uno de los ministros reunidos recordó a los otros lo bien que lo atendí en Sevilla, una vez que fue perseguido en Portugal y tuvo que refugiarse en la capital andaluza.

Los compañeros portugueses extremaron las medidas de solidaridad conmigo y se esforzaron en ayudarme. Me proporcionaron el local de una clínica en el centro de la capital y me relacionaron con los hombres más notables del país, entre otros con Magalhaes Lima, a quien visitaba con frecuencia y conversábamos sobre el movimiento obrero de ambos países.

También traté a un hijo del poeta Jean de Deus, que regenteaba una escuela modelo, que él fundó en el corto tiempo que estuvo de ministro, con ese objeto.

Con frecuencia venía a Oporto Eliseo de Carvalho, me invitaba a comer y me leía algunos trozos de buena literatura, porque era un lector admirable como nunca había conocido otro.

* * *

Encontrándome preso en la cárcel de Sevilla, pasaron por la estación de Cádiz dos conocidos españoles desterrados por Primo de Rivera: Miguel de Unamuno y Rodrigo Soriano. La ciudad estaba atemorizada y nadie se atrevía a ir a saludarlos. Sólo estuvieron allí dos anarquistas extranjeros: mi compañera Josefina Colbach y uno de los hermanos Fournon, francés residente en Dos Hermanas.

A poco tuve noticias, encontrándome en Lisboa, que ambos habían escapado de la isla en que estaban confinados y se acercaban en un barco a la capital lusitana.

Si no recuerdo mal, en la costa de Marruecos se armó un falucho para sacarlos de la isla de Fuerteventura, hasta que el buque francés que iba en su busca los recogió en alta mar.

Se buscó una lancha gasolinera y, acompañado por un grupo de sindicalistas portugueses, le dimos alcance en la desembocadura del Tajo y subimos al buque que los llevaba a Francia. Ambos nos acogieron con alegría. Unamuno se mostró sereno y grande, como nunca le había visto, ante aquel mar inquieto y en defensa de la causa de la libertad que hacía intensamente suya. Su silueta espiritual de una inteligencia privilegiada, llamó mi atención en aquel momento y recordé otra parecida, que muchos años antes, siendo yo un niño, había visto en las ruinas de Itálica: era la de Rodríguez Marín.

Nuestra entrevista fue corta, y al separarnos, Unamuno nos entregó por escrito un saludo para los obreros portugueses y un relato sobre su destierro, firmado por él y Rodrigo Soriano, que publicamos en el órgano de la Confederación Portuguesa.

Comparemos estos dos cuadros: Unamuno frente al mar, al servicio de la libertad y rodeado por hombres del pueblo, españoles y portugueses; y Unamuno en la Universidad de Salamanca, rodeado de fascistas con las manos ensangrentadas, y el más repugnante de todos, Millán Astray, que le aullaba a los oídos: “¡Muera la inteligencia!”

* * *

Desde niño sentía una atracción grande por la tierra portuguesa, avivada por mis lecturas. Aquel país tuvo sus grandes marineros y descubridores, como Vasco de Gama, que logró llegar a Calcuta en 1497, como Fernando de Magallanes, que dio por primera vez la vuelta al mundo. La literatura portuguesa siempre me ha parecido muy bella, y leía los autores clásicos, entre otros Gil Vicente, Camoens y Herculano, y los modernos como Eça de Queiroz, Antonio de Quental, Guerra Junqueiro, que aspiraba al triunfo de la verdad y la justicia social.

Al mismo tiempo seguía atento la noble aspiración de los hombres que luchaban por la federación de ambos pueblos bajo un régimen republicano, campaña que en España hacía *Las Dominicales*, periódico de grata memoria, y en Portugal un hombre de extraordinario mérito, Magalhaes Lima, el autor del libro *El Socialismo en Europa*. La lucha heroica contra la monarquía portuguesa, hasta la ejecución en la vía pública del rey Carlos y del príncipe heredero, hizo desbordar mi entusiasmo revolucionario; y el día que tuve la noticia en Londres de la proclamación de la República en Portugal, cuenta como uno de los grandes días de mi vida.

Una vez en Portugal, tuve la alegría de vivir entre un pueblo, entre “Os Simples”, cantados por Guerra Junqueiro; de leer en su lengua nativa a sus grandes escritores; de conocer a sus hombres de mérito; sus bellezas artísticas y campestres, entre estas últimas Sintra, uno de los lugares más bellos del mundo.

Pero, ¡ay!, cuando llegué a Lisboa las raíces de la reacción, que no se habían arrancado, empezaban ya a minar los cimientos del edificio de la República, sin que los hombres libres advirtieran el peligro.

* * *

Entonces, el compañero Manuel Pérez me ayudaba como secretario en mis consultas, escribiendo la historia clínica de los enfermos y el plan de tratamiento que les dictaba.

Pero un día me faltó su ayuda y supe que lo habían reducido a prisión. Un agente de la policía secreta llegó a mi casa y me dijo que si me personaba a la jefatura de policía acompañado del director del Asilo de Mendicidad, un comunista notorio, y respondíamos de la conducta del prisionero, en seguida se le pondría en libertad.

Lo que hice fue dirigirme al local de la organización obrera y contarles lo sucedido. Entonces me dijeron que iban a informarse de lo que ocurría, no fuera una maniobra de la policía para detenernos también a los dos. En efecto, aquellos compañeros se informaron que lo que intentaba la policía era atraernos al local de la jefatura para de allí pasarnos a la cárcel, en unión de Pérez. Lo más natural es que nos hubieran detenido sin rodeo alguno, pero así son las cosas en Portugal.

Recuerdo que Salvochea se reía mucho de las cosas de los portugueses. Me contaba lo siguiente: llegado él a Lisboa, sin motivo alguno fue detenido por la policía y llevado al gobierno civil, escoltado por numerosos soldados. Entonces el gobernador se quejó amargamente de que llevaran a Salvochea entre tan pocos guardianes, tratándose de un hombre tan peligroso. Por lo visto el gobernador hubiera movilizado a toda la guarnición de Lisboa para conducirlo a su presencia.

Los compañeros de la organización me dijeron que no permitirían mi detención en Lisboa y me llevaron en tren a un pueblo de la provincia, donde me ocultaron en la casa de un republicano de confianza que estaba ausente entonces con su familia, no quedando más que una señora anciana, madre de la esposa del dueño de la finca.

Me pasaba el día leyendo, y a la caída de la tarde me iba a trabajar en el jardín que había cuidando las flores. La anciana señora bajaba al jardín conmigo y le gustaba conversar en español. Como un día le llamase la atención hacia lo correcto de su lenguaje, siendo portuguesa, me dijo sonriendo: "No soy portuguesa, como usted cree, sino española, y además refugiada en Portugal". Entonces me contó que: "Años atrás, el general Prim, que había fracasado en uno de sus intentos revolucionarios, se había refugiado en Portugal con los restos de los sublevados, entre los que íbamos mi padre y yo, una niña. Los años pasaron, me hice mujer y tuve una hija que se casó con un portugués dueño de la finca en que estamos. Mi padre era primo de Prim".

* * *

Entre los enfermos que acudieron a mi consultorio, se puede citar el caso siguiente: un día entró un joven como de unos veinticinco años de edad, enjuto de carnes, de mirada penetrante y ademán resuelto. Se quejaba de ciertos trastornos cardíacos y deseaba conocer mi opinión sobre el particular. No encontré lesión manifiesta en el corazón, y sí una aceleración de los latidos cardíacos, una taquicardia intensa, como pocas veces había visto.

Buscando la causa que podía producirla, la encontré pronto. Una vez que mi cliente me contó su historia.

Por aquellos días no se hablaba en la prensa de otra cosa que de la batida que se daba contra un terrible revolucionario, que había dado muerte a varios policías,

defendiendo su libertad. La orden oficial era de que no se intentara detenerlo, sino darle muerte donde quiera que se le encontrara.

Aquel hombre era el cliente que había venido a visitarme a mi consultorio, establecido en una de las calles más concurridas de la capital lusitana. Más que las molestias cardíacas que sentía, lo que le llevó a mi lado era una simpatía personal, al considerarme un perseguido y amenazado de siempre.

Por muy enterro que aquel hombre fuera, no había dejado de ser influido por el constante peligro que le amenazaba. Diagnostiqué una taquicardia de origen emotivo y le dispuse como tratamiento que se pusiera a salvo lo más pronto posible.

Y en efecto, en seguida se embarcó para Rusia, donde llegó sin novedad y ya curado de su dolencia.

* * *

Volví a Lisboa después de haber pasado un par de semanas en el pueblo donde me ocultaba, una vez desaparecido el peligro de mi detención, pero se me vigilaba constantemente.

Un día recibí una carta de mi amigo y compañero Paulino Díez que se encontraba en La Habana. Ayudado por algunos estudiantes de la Universidad pudo obtener un permiso para que yo pudiera residir en aquel país. Pero el caso era que el barco para ir a Cuba tenía que tomarlo en el puerto de La Coruña, cosa que no me era muy fácil por la vigilancia a que estaba sometido en Portugal, y probablemente sería detenido al entrar en España. Lo cierto es que no hice el viaje y Paulino Díez, perseguido por la dictadura de Machado, tuvo que refugiarse en los Estados Unidos.

Encontrándome otra vez desterrado en Siruela, recibí una cantidad de dinero que se me tenía preparado en Cuba para que hiciera mi viaje a La Habana. Aquellos compañeros hicieron un acto tan bondadoso conmigo en un momento que estaba necesitado, aunque en Siruela empecé a trabajar en seguida de mi llegada.

* * *

Entre mis papeles encuentro un cuadernillo de notas que tratan de algunas de mis intervenciones en Lisboa, que copio a continuación:

Por entonces estaba veraneando Carmen de Burgos (*Colombine*) que tenía su domicilio en el barrio aristocrático de Estoril, donde le fui a hacer una visita. Conocí a esta escritora en los comienzos de la primera guerra mundial, encontrándome en Londres. Ella viajaba entonces por Alemania, acompañada de una hija jovencita que tenía, y los alemanes la detuvieron por considerarla espía francesa, nada menos que disfrazada de hombre, y hasta querían que unas mujeres policías la reconocieran. Por fin se aclaró el asunto, la dejaron en libertad y pudo llegar a Londres, donde se encontró conmigo y me visitaba con frecuencia.

* * *

Una noche hubo una velada muy concurrida en memoria del mártir español Francisco Ferrer, en la que tomé parte con un escrito, que fue publicado en un periódico obrero de la capital.

* * *

Un día me llevaron a visitar los cadáveres embalsamados del rey Carlos y el príncipe heredero, ejecutados en plena calle por un grupo de revolucionarios portugueses. Estaban colocados en dos urnas de cristal y expuestos a la curiosidad pública.

* * *

Otro día visité Sintra, que se dice es uno de los lugares más bellos del mundo. No está lejos de Lisboa. En una campiña de lejanos horizontes se alza una montaña que sube en espiral, y en lo más alto se encuentra un castillo medieval que se pierde en las nubes. Desde las diferentes alturas de la montaña se divisan los más bellos y variados paisajes de aquellos campos.

* * *

En una de las bodegas de vinos más importante de Lisboa trabajaban dos hermanos españoles que llegaron a tener conmigo mucha amistad. Con motivo de una huelga, el director de la bodega fue amenazado de muerte por un grupo de revolucionarios, y vivía con su familia dominado por el terror. A ruego de los obreros españoles, intervine en aquel conflicto, y se demostró la inocencia del inculpaado reconociéndolo así el grupo que lo acusaba. Y la tranquilidad volvió a renacer en el seno de aquella familia amenazada.

* * *

Aquel día la conversación con Magalhaes Lima trató del novelista español Blasco Ibáñez, y me refirió una visita que había tenido de él cuando escribió un libro sobre la dictadura de Primo de Rivera y Alfonso XIII. Parece que lo encontró algo presuntuoso.

* * *

Una noche tomaba café en un establecimiento con Joaquín de Sousa, y en la mesa próxima, un grupo de revolucionarios trató de incorporarme a un ataque que iba a efectuarse aquella noche contra un fuerte estratégico de la ciudad. Sousa intervino y me hizo desistir de la empresa por tratarse de gente poco formal. En efecto, a altas horas de la noche atacaron el fuerte al grito de “¡Rendición!”, y como no se rindieron los de dentro, lo hicieron los de fuera, y se les condujo a la cárcel.

* * *

Durante aquel verano estuvo algunos días en Lisboa mi inolvidable amigo de Sevilla, Blas Infante, y lo pasé en su buena compañía. Entre otros, tratamos a un intelectual portugués que acababa de publicar una novela muy notable titulada *La Catedral*.

* * *

Un día fui a visitar a unos prisioneros políticos que se encontraban en un fuerte situado en las desembocaduras del Tajo. Los dejaban salir a bañarse y tenían las celdas de la prisión cubiertas de dibujos y frases de sabor comunista. La República trataba muy bien a los presos políticos; pero la dictadura que le siguió estableció las torturas y asesinatos, y así sigue.

* * *

Como se constituyera un comité revolucionario en Lisboa para combatir a la monarquía española y se reclutaran españoles y portugueses, entre estos últimos, algunos oficiales del ejército portugués, la policía arreció sus persecuciones contra mí y tuve que refugiarme en la casa de una familia de obreros españoles, a quienes ponía en peligro con mi presencia, además no podía vivir ya de mi trabajo.

Enterados mis buenos amigos de la Siberia extremeña de mi crítica situación, invitaron a mi compañera Josefina a buscar un refugio en aquella región, donde gozaría de la mayor protección debido al bien que yo había sembrado, así que mi mujer se fue al pueblo de Siruela con los tres niños que teníamos, y yo me quedé solo en Lisboa.

Entonces una comisión de representantes de Siruela fue a Madrid a visitar a Primo de Rivera y le pidió que se cambiara mi condición de desterrado en Lisboa por el destierro en Siruela, donde tan bien me había conducido.

—¿Tan bueno es ese hombre como médico? —preguntó Primo de Rivera a los solicitantes.

—Es tan bueno —le respondieron—, que se moriría él por evitar que se murieran sus enfermos.

En fin, el dictador concedió el favor que se le pedía. Todo esto se gestionó sin consultar conmigo y la noticia que recibí de Siruela fue que me marchara en seguida y que no corría allí ningún peligro.

En el acto cogí el tren y en la frontera española me salieron al encuentro dos guardias civiles que me dijeron con mucha amabilidad que tenían que registrar los libros y documentos de viaje, y que tomarían nota de todo.

Como mi cargamento de libros era grande, la guardia civil tuvo que hacer un largo inventario de lo que llevaba, documentos ninguno, pero sí libros de diferentes idiomas que ellos no entendían.

Al poner los pies en la Siberia extremeña fui recibido con los brazos abiertos por todo el personal de aquella región, sin distinción de clases sociales.

Mi segundo destierro en Siruela

Por lo visto Siruela, aquel pueblo de la Siberia extremeña donde me encontraba deportado, no había sido visitado nunca por un gobernador, pues al aviso de que iba a llegar, nada menos que un general, sus habitantes se mostraron intensamente sobrecogidos.

Era en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, en la que todos los gobernadores eran generales y se mostraban muy activos recorriendo las ínsulas designadas para hacer felices a los pueblos.

Las autoridades y los notables del pueblo se reunieron para tratar aquel caso extraordinario.

El problema era fácil de resolver.

Se necesitaba un lugar regio para alojar a tan ilustre huésped.

Había que prepararle un gran banquete, sirviéndose de los productos alimenticios del país.

En cuanto a la asistencia al banquete eran muchos los que deseaban asistir, pero el gobernador era el que tendría que designarlos.

El problema se solucionó a satisfacción de todos. La casa, con un hermoso salón para el banquete, la mejor del pueblo, fue cedida por su propietario. Y en cuanto a la comida, se dispuso que fuera abundante y bien preparada.

Ahora no había más que esperar la llegada del gobernador.

Al fin llegó éste, con su ayudante, un capitán del ejército, y fue recibido por las autoridades y los notables, pero la gente del pueblo estuvo ausente.

Cuando le indicaron al gobernador que señalara a los señores que habían de acompañarlo en el banquete, contestó con sorpresa de todos:

—Mi deseo es que me acompañe sólo un señor que se encuentra aquí deportado por motivos políticos y que me merece toda clase de respetos por sus méritos morales: me refiero al doctor Pedro Vallina.

Cuando el capitán llegó a mi casa a comunicarme la invitación, me ocupaba de los enfermos que llenaban mi consultorio, llegados de los pueblos vecinos. La noticia me fue desagradable, pero ante las razones que me exponía, acepté la invitación, aunque recomendé a los enfermos que me esperasen, que no tardaría en volver.

El gobernador era un hombre de unos 50 años de edad, en traje civil, más bien alto, enjuto de carnes, de finos modales, parco de palabras, de aspecto de profesor, en vez de militar. Basta decir, en su honor, que era gaditano y había nacido en la misma ciudad en que nació Salvochea, en la libre Cádiz.

Frustrado el banquete, me senté solo a comer con el gobernador y su ayudante, el capitán. Aquel señor se interesaba mucho por el folklore de la región y de eso hablamos el tiempo que duró la comida.

Como una comisión de médicos de la región había solicitado ser recibido por el gobernador, me despedí de él y continué mi consulta con los enfermos que me esperaban.

La citada comisión, mientras tanto, pedía al gobernador que el doctor Pedro Vallina, que era un revolucionario extremadamente peligroso, fuera deportado de aquella región y enviado lo más lejos posible.

La respuesta del gobernador, según me comunicó su ayudante, fue la siguiente:

—Los peligrosos son ustedes, pues os habéis limitado a casaros con mujeres ricas, olvidando el estudio y los deberes humanitarios de vuestra profesión. El doctor Vallina seguirá aquí, como son los deseos de todos, y tratado con el respeto que merece por su amor a los que sufren.

La atención que tuvieron conmigo el gobernador y el capitán, su ayudante, se debe a la moral anarquista que yo practico, pero no a mi persona que nada significa.

* * *

De los episodios que más impresionaron mi espíritu, allá en mi juventud, es, sin duda, cuanto se refería al fusilamiento del general Torrijos y los nobles caballeros que lo acompañaban en su expedición. Más de una vez visité en Madrid el Museo de Arte Moderno para contemplar el famoso cuadro de Antonio Gilbert “Fusilamiento del general Torrijos”, una de las mejores pinturas de la escuela española moderna. El soneto de Espronceda “A la muerte de Torrijos y sus compañeros”, que comienza así: “Vedlos ahí junto a la mar bravía|cadáveres no más...” llegué a recitarlo de memoria. La esposa de Torrijos, la condesa María Luisa Sáenz de Vinuesa, escribió la historia de la expedición y muerte de Torrijos en una obra que lleva por título *La vida del general Torrijos*.

Torrijos cayó en una celada que le tendió el general González Moreno, gobernador militar de Málaga, que mientras simulaba conspirar con la Junta Revolucionaria de Londres, trasladada a Gibraltar, para la traición y el crimen, se entendía con el repugnante Fernando VII, el rey hiena, como le llamó Víctor Hugo. El 11 de diciembre de 1831 fueron sacrificados aquellos héroes, atraídos por una combinación policíaca, dígase engaño. Los liberales conocieron desde entonces al general reaccionario que los mandó al sacrificio por el mote de “Verdugo de Málaga”, que le ha quedado en la historia de España.

El general González Moreno, hombre sin escrúpulos, traicionó más tarde a la reina María Cristina, pasándose a las filas del carlismo. Por cierto que su influencia en la corte de don Carlos fue de lo más nefasta, poniendo sus sellos repulsivos. Más tarde, cuando el Abrazo de Vergara, temiendo por su vida y el fruto de sus rapiñas, se unió a un grupo de carlistas recalcitrantes y se dispuso a internarse en Francia. Pronto se dieron cuenta los fugitivos de la presencia del reptil y le dieron muerte, degollándole como a un cerdo, después de tenderlo sobre una peña, allá en tierras de Navarra.

¿Cómo iba a figurarse Torrijos en el instante supremo de su muerte, cuando invocaba en su mente una justicia que parecía ausente, que los hombres del pueblo, los campesinos extremeños, habían de hacerle justicia, muchos años después, hasta la cuarta generación?

* * *

Uno de los descendientes del “Verdugo de Málaga”, militar también, llegó a la Siberia extremeña con motivo de una de las asonadas carlistas de la época. Por lo visto, allí contrajo matrimonio y fijó su residencia. Tuvo un hijo, Gustavo, que suprimió de su apellido el González, y se quedó con el Moreno. Quería borrar las huellas de una

ascendencia infame. Gustavo Moreno casó con una hacendada rica y tuvo numerosa prole. Fue cacique político, alternando con otro tunante, y así aumentó sus bienes. Conocí a su señora, ya viuda, y era una mujer todavía arrogante y altanera. La asistí algún tiempo con motivo de la fractura del cuello de un fémur. Los hijos de este matrimonio se repartieron por la comarca, y como habían heredado el espíritu perverso del abuelo, hicieron fortuna y ocuparon una posición privilegiada. Por algún tiempo los tuve como clientes y siempre me enaltecieron como médico. Después se agriaron las cosas, rompimos las relaciones, a causa de una traición que me hicieron. A pesar de sus esfuerzos para ocultar su origen, el pueblo no ignoraba su procedencia. Por cierto que en una época se cantaba un romance que empezaba así:

*Hubo en Málaga un Verdugo
que a Torrijos fusiló;
hay en Siruela un cacique
que a Don Pedro desterró...*

* * *

Arturo Moreno era el prototipo de aquella familia de miserables. Alto, moreno, enjuto de carnes, con bigote negro y lacio, los ojos pardos, inquietos, el alma de Judas. Casó con una hacendada extremeña, que poseía muchas tierras, unas robadas y otras adquiridas a bajo precio cuando la desamortización. Era charlatán e intrigante en extremo. Se hizo político pueblerino por exigencias de su espíritu turbio. En la época de la dictadura de Primo de Rivera era el cacique máximo de la comarca. Entonces se le ocurrió organizar a los campesinos, para servirse de aquel rebaño como un partido a sus órdenes. Así se constituyó la “Sociedad de Campesinos Católicos” con la virgen de Altagracia como patrona, y el cura de la localidad como consejero. Pero le salió el tiro por la culata, como vulgarmente se dice. Porque allí estaba yo, y conmigo el ideal anarquista, cuyo soplo había refrescado la frente de aquellos parias. Así que cuando el viejo presidente de la sociedad de campesinos le dijo de sopetón lo que pensaban los asociados, el cacique tunante se desplomó en su sillón.

—Si usted nos ha organizado —le dijo— para que como otras veces sirvamos los intereses de los ricos está en un gran error. Esta vez vamos a trabajar por nuestra cuenta en contra de ustedes, hasta abolir sus privilegios y alcanzar nuestra emancipación total.

Pronto comprendieron de dónde partía la piedra, y se dispusieron a anular mi influencia, haciéndome desaparecer, y al mismo tiempo, intimidar a los campesinos con persecuciones y cárceles.

Y aquí viene la obra maestra de Arturo Moreno, cualidad que había heredado de su abuelo, el “Verdugo de Málaga”. No perdió tiempo, y se dirigió a Madrid a visitar a Federico Carlos Bas, diputado por el distrito, acompañado por el alcalde de Siruela, un verdadero alcorcho, y dos campesinos sinvergüenzas que traicionaron a sus compañeros, ofreciéndose a los manejos del cacique. Esta comisión pidió encausadamente al diputado que los librara de mi presencia y se me trasladase a un lugar lo más lejano posible. Federico Carlos Bas se negó resueltamente a lo que se le pedía, pero cedió pronto ante el razonamiento que le hizo el ladino Arturo Moreno, engañándole como a un niño:

—Yo represento a las fuerzas vivas del pueblo, este señor es el alcalde de Siruela y estos dos campesinos representan a su sociedad. El pueblo en masa no tolera un día más la presencia de un revolucionario tan peligroso, y está dispuesto a matarlo, si no se lo llevan pronto.

—Si es así —respondió el diputado—, para salvarle la vida haré las gestiones necesarias, cerca de mi amigo el general Mola, director de seguridad, y no dudo de que vuestros deseos serán cumplidos para que renazca la tranquilidad en aquel vecindario.

Aquellos hombres se equivocaron por completo, porque no contaban con la decisión de un pueblo valiente.

* * *

Lo que voy a referir, ocurrió en el mes de febrero del año 1930, si no me equivoco en la fecha. Había terminado la dictadura de Primo de Rivera, pero seguía desterrado en Siruela, la capital de la Siberia extremeña.

Una mañana recibí un aviso urgente para que me presentara en el cuartel de la guardia civil. Creí que se trataba de algún enfermito que reclamaba mi asistencia, porque he de decir que siempre he tenido una clientela numerosa entre guardias civiles, policías, curas, monjas, etc. “Tenemos más confianza en usted que en nuestros médicos”, solían decirme.

Cuando entré en el cuartel, que estaba a unos doscientos metros de mi domicilio, en la misma calle, tuve una decepción. Dos señores vestidos con cierta elegancia, dos abogados policías, según ellos, me comunicaron sigilosamente que traían la orden de conducirme desterrado a un lugar lejano, cuyo nombre no podían decirme sin incurrir en una grave falta.

—Me alegro —les dije con ironía—, porque tengo pasión por los viajes, y más cuando van envueltos en cierto misterio. Sólo deseo que se me permita llevar ropa, libros e instrumental médico, aparte de algún dinero, porque siempre me han obligado a pagar los gastos de estas excursiones.

Se me concedió tan señalado favor, y un guardia civil fue a casa con la noticia. A poco, mi compañera, acostumbrada a estos lances, llegó tranquila al cuartel con los objetos que había pedido. Pero mi hijo Harmodio, que sólo contaba 13 años de edad, y que había heredado el espíritu de su padre, desapareció de la escena y se fue al mercado, donde centenares de mujeres hacían sus compras, requiriéndolas para que demostrasen con hechos el afecto que decían tenerme.

Lo cierto es que platicaba apaciblemente en el corral del cuartel con los dos policías, cuando de improviso se escuchó un griterío formidable, lanzado por mil pechos iracundos que ensordeció el palacio. Palidieron intensamente los dos policías y yo exclamé: “Son las mujeres del pueblo que vienen a por vosotros”. Por toda respuesta echaron a correr poseídos del mayor pánico, treparon por unas tapias en ruinas y desaparecieron tambaleándose por el tejado.

Al escuchar a mi hijo, las mujeres del pueblo se lanzaron contra el cuartel con la indignación más grande. En la puerta acuchillaron las ruedas de goma del automóvil que debía conducirme e invadieron el edificio en todas sus dependencias, haciendo temblar a los civiles y gritar a sus mujeres y niños. Pronto me di cuenta de la situación

y resolví evitar en lo posible un choque sangriento, en el que a la larga hubiéramos llevado las de perder y nos hubiéramos inutilizado para la lucha decisiva que se preparaba.

—Como los policías han huido —les dije—, y no hay peligro por el momento, voy a visitar a mis enfermos, mientras que ustedes continúan con sus quehaceres.

—Siendo usted tan bueno —me respondieron—, no se da cuenta de lo mala que es esta gente, que no tardarán en volver para llevárselo. Así que, por ahora, lo conduciremos a su casa, donde quedará bajo custodia del pueblo.

Y me llevaron a mi casa, y centenares de mujeres se situaron dentro, mientras que otras hacían guardia en la calle. Algunos grupos sitiaron el cuartel en actitud amenazadora, desde cuyo interior me pidieron por favor que evitara el asalto.

La noticia corrió como la pólvora por aquellos campos y se dio la orden de que se concentraran todos los hombres útiles para la lucha en Siruela. Y allí acudieron por millares, cada uno con las armas que tenía. Los pastores con sus garrotes y hondas, los leñadores y carboneros con sus hachas, y los demás con navajas y escopetas. Algunos pescadores llevaban escondidos en el seno cartuchos de dinamita, de los que utilizaban en la pesca clandestina.

Como la tarde avanzaba y los policías seguían en el tejado muertos de miedo, de frío y de hambre, les pasé aviso para que bajaran de su escondite, en lo más alto del edificio, pero se negaron a hacerlo temiendo por su vida. Entonces extendí una orden por escrito y firmada, rogando al pueblo que respetara la vida de aquellos dos mentecatos desalmados, y ya con esta garantía bajaron del tejado, comieron algo, y partieron en un automóvil en dirección a Almadén.

Al mismo tiempo que el pueblo se movilizaba, la guardia civil de la provincia se concentraba en Siruela por todas las vías accesibles. La noche fue en extremo amenazadora y por momentos se mascaba la tragedia. Millares de hombres llenaron la larga calle en donde vivía, en cuyos extremos estaba el cuartel de la guardia civil. Trajeron leña en abundancia y a lo largo de la calle encendieron grandes hogueras que iluminaban el espacio con un resplandor siniestro. De vez en cuando partía un rugido de la muchedumbre, que era contestado por todos los pechos.

Ese rugido lo tengo todavía metido en los oídos, y era un grito de dolor y de cólera lanzado por aquellos esclavos al recordar el tormento sufrido durante siglos. Y un ansia loca de pelear se manifestaba en ellos, frenada por el buen sentido de las cosas.

—Ellos son muchos y bien armados —decían—. pero nuestra cólera era más poderosa y los venceremos. Pero tememos que nuestros actos pueden desbaratar los planes de la revolución general.

—Creo que convendría evitar en lo posible un choque aislado —les dije—, porque el decisivo no tardará en presentarse.

Al día siguiente se encontraban en Siruela dos ejércitos frente a frente: el del pueblo y el de los esbirros del capital. Por importantes que fueran las fuerzas militares, el pueblo no se arredraba e insistían en librar la batalla y sólo les detenía el temor de cometer una imprudencia.

Desde el primer momento, el pueblo, con su buen olfato, señalaba al descendiente del “Verdugo de Málaga” como al culpable de lo ocurrido, y por otra parte Federico Carlos Bas y el general Mola montaron en cólera al verse burlados, ya que

les aseguraron que el pueblo no me quería en Siruela, cuando resultaba que estaba dispuesto a morir antes de permitir mi salida. El gobernador de Badajoz, señor España, que parece haber sufrido algunas impertinencias bajo el régimen de Primo de Rivera, intervino para resolver el conflicto pacíficamente. El motivo de mi destierro había desaparecido al desenmascarse Arturo Moreno, y no había inconveniente en que siguiera en Siruela, pues para el caso era igual. Para ellos había algo fundamental en el asunto, y era poner a salvo el principio de autoridad, evitando el triunfo del pueblo, así que decidieron que saliera de allí, aunque fuera por poco tiempo.

La mañana de mi salida, todas las fuerzas militares en formación, infantería y caballería, con los jefes a la cabeza y el trompeta al lado, se dirigieron a mi domicilio, mientras que el pueblo invadía las calles en silencio. En la carrera, un campesino, llamado Camacho, blandiendo un cuchillo se agarró a la silla de un caballo de la guardia civil y gritó: “¡No te avergüenzas, miserable!” Eran hermanos, el guardia civil y el campesino. El guardia bajó la cabeza avergonzado y rompió a llorar.

Al llegar la columna militar a la puerta de mi casa, salió el anarquista solo, con la frente levantada, lo saludaron respetuosamente, dándole la mano el jefe de las fuerzas, y en un automóvil que había preparado, montó acompañado del alcalde de Siruela y dos parejas de la guardia civil. El incidente más ligero hubiera desencadenado la lucha, pero no fue así, y cuando desapareció el coche que me conducía en los recodos del camino, el pueblo rompió en llanto...

Mi destierro en Estella

En Almadén, donde fui conducido, quedé en libertad bajo la vigilancia de los dos policías que habían estado en Siruela, algo repuestos del susto recibido. El pueblo minero acudió en masa a demostrarme su simpatía. Pero al día siguiente partimos para el lugar de mi nuevo destierro. Llegamos a Madrid, quedando retenidos por largo rato en el puesto de policía de la estación del Mediodía, y luego fui conducido a la del Norte, de donde continuamos nuestro viaje. El tiempo estaba muy frío y un manto de nieve cubría los campos que atravesábamos. Por tierras de Burgos entraron en el vagón que iba, de tercera clase, varios empleados del ferrocarril que se habían enterado de mi presencia por una indiscreción de la policía, y bajo su responsabilidad me trasladaron a un coche de primera clase, después de hacer patente su adhesión a la causa que defendía. No me agradó mucho el cambio, porque siempre he preferido la compañía de los pobres, pero los policías se mostraron muy contentos y apoyaron a los ferroviarios. Nos detuvimos en una hermosa capital, que me dijeron era Vitoria, y a poco subimos para el norte.

Serían las once de la noche cuando llegamos a una población que tenía buen aspecto, y que se llamaba Estella. Era el término de nuestro viaje. No ignoraba el papel histórico que había ejercido aquella ciudad en las guerras carlistas. Allí debía residir hasta nueva orden, siempre prisionero de déspotas mandones. Con aire aburrido nos dirigimos al Ayuntamiento, donde esperamos que llegara el secretario, que hacía largo rato dormía en su casa. Era un anciano, ya encorvado, que llegó precipitadamente, todavía soñoliento, y sin mirar apenas a los policías, se acercó a

mí, estrechó mi mano con efusión y me dijo, con voz temblorosa: “¿Cómo se le ha ocurrido al general Mola mandarnos aquí, a esta tierra bendita, un revolucionario tan peligroso como el doctor Vallina?” Me quedé con la boca abierta por la ocurrencia cuando se acercaron los policías, y uno de ellos le dijo al secretario: “Este señor con quien usted habla es el doctor Vallina, un caballero que viene a honrar la ciudad con su presencia, y nosotros somos dos policías abogados que lo acompañamos en su viaje por orden del general Mola”. El secretario, turbado por el equívoco, se excusó como mejor pudo y se marchó de prisa a su casa.

Aquella misma noche busqué un modesto hotel, y los policías volvieron a Madrid, después de haber cumplido con su cometido.

* * *

A la mañana siguiente, me dirigí al Ayuntamiento, donde me dijeron:

—Aquí tenemos la orden de que se presente usted todos los días, pero puede hacerlo cuando tenga por conveniente. Siempre que desee fumar un cigarro, beber una taza de café y charlar un poco, véngase por aquí.

Se me acercó un individuo andaluz, de mediana edad, muy rubio y grueso, que hacía de jefe de policía, y me dijo:

—Desearía que me recomendase usted al señor Lerroux, en cuyo partido quiero ingresar, porque a esto se lo lleva el demonio.

Estella me pareció una hermosa ciudad, bien administrada, de la que partían varias carreteras asfaltadas. Los comercios eran numerosos y bien presentados. Con razón la llamaban la Toledo del norte, por las bellezas arqueológicas que encerraba, y que pude contemplar a mi gusto. Los templos estaban abiertos desde la mañana hasta la noche, y todos encerraban objetos notables. La plaza era espaciosa, rodeada de arcos, en una de cuyas casas residió algún tiempo el llamado rey de los carlistas. Uno de los templos más concurridos estaba en una altura de la ciudad, y jamás vi un establecimiento de fotografía más surtido. Todos los que tenían algo que pedir a la milagrosa, dejaban allí su retrato, algunos de tamaño natural, para recordarle lo que solicitaban, y los había por centenares. Algunos retratos, por las caras feroces y estúpidas que mostraban, podían muy bien figurar en un museo de antropología. Aquella gente era en extremo reaccionaria, y apenas si podía encontrarse un periódico con ribetes de liberal. Los días de sol me los pasaba leyendo en el campo, recogiendo algunas especies botánicas, y los días fríos, que eran la mayor parte, visitaba los templos, algunos verdaderos museos. Cenaba temprano y a poco me acostaba, a veces vestido, por temor al frío. Desde la cama escuchaba los rugidos de tantos borrachos como había en la población, porque en eso de beber, nadie gana a los carlistas. “¿Por qué tienen los bailes por la tarde”, le dije un día a mi barbero. “Pero hombre —me respondió—, con lo que se bebe, nadie es dueño por las noches de sus piernas”. Un día llovía a cántaros y busqué un refugio en el Centro Carlista. Pedí un café, y al pagar, me dijo el mozo que lo había servido, después de hablar con unos señores que estaban en el local: “Usted no debe nada, y se le da las gracias por haber honrado esta casa con su presencia”. Un día por semana había mercado y la población tomaba una animación extraordinaria. Sin embargo, me encontraba tan extraño entre aquellos seres, que me parecían espectros de otra época, salidos de las sepultu-

ras de piedra de sus templos, y que habían vuelto a la vida como autómatas, pero sin cerebro, ya que seguían petrificados. Como no hay regla sin excepción, topé con un pequeño grupo, que no pasaba de tres, de los llamados intelectuales, que a mi llegada quitaron una noche el rótulo de una calle llamada Primo de Rivera y lo arrojaron al río. Nadie me incomodó el tiempo que allí estuve, y algunos trataron de hacerme agradable la vida, entre otros, un comerciante, hijo de un antiguo general carlista, que me llevaba de excursión por los alrededores. “Aquí todos somos carlistas, yo el primero, para poder vivir; pero en el fondo algunos detestamos esas ideas, impuestas por las circunstancias y aceptadas por debilidad de carácter”. Como cosa curiosa me regaló un alfiler de oro de corbata con el retrato de Carlos VII. Un día me llevó a un monasterio cercano, creo que de Montejurra, que sirvió de hospital de sangre en las guerras carlistas, donde los frailes salieron a recibirme, y uno de ellos sustentó una interesante conferencia sobre los méritos artísticos del edificio.

Sin embargo, aquella gente no era de fiar, y como un día corriera la noticia de que volvía la dictadura de Martínez Anido, vinieron inquietos, mandados por Lerroux, para trasladarme a Francia si se confirmaba la noticia. “Esta gente —me dijeron—, no es de fiar, y si ahora parecen inofensivos, mañana se convertirían en fieras”.

Y, en efecto, todos aquellos republicanos que habían venido a visitarme, los más distinguidos del partido, fueron asesinados en Pamplona cuando el levantamiento fascista, como lo fue mi entrañable amigo Rodríguez Medel, teniente coronel de la guardia civil, jefe de aquel tercio, por negarse a secundar el movimiento faccioso.

Vuelta de Estella a mi destierro de Siruela

Al mes de encontrarme en Estella se presentó un día un individuo, que tenía el aspecto de un viejo maestro de escuela, con la misión policíaca de conducirme al destierro extremeño. Después de comunicarme la noticia, sacó una cartera repleta de billetes de banco y me dijo: “El general Mola le ruega a usted tome la cantidad que quiera, como indemnización a las pérdidas sufridas en su destierro”. Era una galantería a la que no estaba acostumbrado. Saqué mi pequeña cartera y conté hasta 500 pesetas que me quedaban, excusándome de no aceptar nada del señor Mola, porque todavía me quedaba dinero para la vuelta a un lugar donde me era fácil ganarme la vida con mi profesión.

Partimos al día siguiente para Extremadura, pero no en línea recta, sino en zigzag. Mis carceleros se mostraban recelosos y con temor. De vez en cuando, en algunas estaciones, bajaba mi vigilante y hablaba por teléfono con alguien. Creí que entraríamos en Madrid, pero no fue así, pues al acercarnos a la capital, señalaron otra ruta a mi conductor.

Serían las once de una noche oscura y lluviosa cuando bajamos en la estación de Salamanca. Nos dirigimos a la capital, pero equivocamos el camino, y después de andar un largo trecho, unos perrazos ladrando nos hicieron retroceder y orientarnos mejor. A la hora que llegamos, las calles estaban desiertas, y con dificultad encontramos una persona que nos sirviera de guía. Allí tenía yo un viejo conocido, Miguel de

Unamuno, al que no veía desde que salí a su encuentro, con otros compañeros portugueses, en la desembocadura del Tajo, cuando, en compañía de Rodrigo Soriano, venía huido de Fuerteventura. Todavía estaba abierto el café de la hermosa plaza salmantina, una de las más bellas del mundo, donde Unamuno solía reunirse de noche con unos amigos. Pero hacía poco que se había retirado a descansar, y aunque tenía algo que decirle, no me pareció oportuno, con la compañía que llevaba, despertarle a tales horas. Como mejorase el tiempo y la luna nos mirase por entre unos nubarrones grises, decidimos recorrer la ciudad, a instancias mías, y recordar sus grandezas pasadas. Lo que más nos detuvo fue la vieja Universidad, en cuyo recinto, se alzaba una estatua de fray Luis de León. También visitamos, por fuera, se entiende, la Casa de las Conchas. La ciudad tenía un aire de melancolía y de misterio que servía de sedante a nuestro espíritu. Hasta el policía se sentía hombre, y con voz emocionada me decía: “Yo creía que los anarquistas eran otros hombres, y hasta me disgustó la misión que se me encomendaba, creyendo que daría con un ser huraño, malhumorado; pero desde que lo he conocido, ha variado mi criterio y no tendría inconveniente que este viaje durara toda la vida, por las prendas morales que he descubierto en usted, adivinando en sus ideas un mundo nuevo como jamás hubiera imaginado”.

Cuando nos retiramos a descansar, después de recorrer una y otra calle, sin rumbo fijo, una neblina sutil que empapaba nuestra ropa se desprendía de un cielo de pizarra que empezaba a iluminar la aurora del nuevo día.

De Salamanca pasamos a la provincia de Cáceres, sorprendiéndome que en Hervás me esperasen varias personas en la estación. Por lo visto los amigos no me habían perdido de vista. El policía parecía desinteresarse de su misión y no se preocupaba de lo que veía a su lado. Yo aprovechaba el tiempo y hacía a los viajeros la más acerba crítica de los gobernantes, anunciando una revolución salvadora. La atmósfera social estaba muy cargada y se me escuchaba con entusiasmo. Por fin, después de más vueltas y revueltas, llegamos una noche a la estación de Almadenejos (Ciudad Real), donde me esperaba mucha gente informada de mi llegada. Viajamos en automóvil hasta Almadén, y aunque era tarde, el pueblo, como siempre, vino a manifestarme su adhesión. A la mañana siguiente se formó una caravana de automóviles y partimos para Siruela a unas tres horas de distancia. En los pueblos del camino y en los campos, la gente saludaba con entusiasmo al hombre que para ellos simbolizaba la revolución.

Cuando llegamos a Siruela, el pueblo estaba de fiesta y habían engalanado con arcos de follaje la calle donde vivía. El gobernador de la provincia, para congraciarse con el pueblo, había anunciado por un bando la hora de mi llegada. A cada momento se presentaban grupos de hombres de los pueblos vecinos. Militantes republicanos y socialistas acudían también a prestar su concurso. Por la tarde hubo bailes, discursos y un banquete popular. Al final se gritó hasta enronquecer por la anarquía. Había hombres de todas las tendencias que rendían homenaje al ideal anarquista que yo representaba, como la aspiración más bella de todas. En aquella atmósfera caldeada, el policía se encogía de hombros y decía que se había vuelto sordo.

—¿Qué impresión lleva usted de su viaje? —le preguntaron.

—Muy mala para la monarquía, cuyos días están contados.

—¿Y qué opinión tiene usted de este desterrado?

—Todo el que lo trate lo considerará digno de admiración y de estima.

Y para corroborar su afirmación, enseñó un comunicado del alcalde de Estella, un anciano que no salía de la iglesia, en el que le decía al general Mola: “Me pide usted una información sobre la conducta del desterrado en esta ciudad, y he de decirle que ya quisiera que todos los ciudadanos de Estella se condujeran tan bien como se condujo aquí este anarquista”.

El policía partió al día siguiente muy satisfecho de su viaje. Los campesinos le regalaron un jamón y unos chorizos para que sus familiares probasen la exquisita chacina extremeña.

Hago este relato para poner de manifiesto el estado de espíritu del pueblo en aquella época, y no me vanaglorio de lo que a mí se refiere pero sí a las ideas anarquistas que profeso, faro luminoso donde se dirigen todos los amantes de la justicia social.

La justicia del pueblo

A medida que se acentuaba la influencia de los reaccionarios en la República, los descendientes del “Verdugo de Málaga” se volvieron más osados en sus ataques contra los trabajadores.

Sirviéndose de un miserable agente provocador enviaron a presidio a varios campesinos acusados de fabricación de bombas explosivas, cuando en realidad no eran más que unos cencerros inofensivos.

Con el pretexto que la Casa del Pueblo había sido construida en terreno del Municipio, se apoderaron del edificio y arrojaron a la calle a los trabajadores, con la ayuda de un hormiguero de guardias de asalto que tenían destacados en la población. Aquel edificio había sido construido gratis por los obreros para tener una casa donde celebrar sus reuniones.

Con motivo de los sucesos de Asturias, consiguieron que las fuerzas militares llegasen hasta Almadén, donde me había retirado, viendo el movimiento fracasado en Extremadura. Fui detenido a altas horas de la noche y llevado en un automóvil de Arturo Moreno a la cárcel de Badajoz, donde había más de mil hombres presos, aparte de otros tantos en un cuartel.

Contando con el triunfo y conociendo la cobardía e incapacidad de los gobernantes, no vacilaron en anunciar uno y otro día la llegada del fascismo, que devolvería sus privilegios a los explotadores y aniquilaría a los revolucionarios. Y como contaban con mucho dinero, además del recibido por los hacendados, contribuyeron con su parte a la preparación del movimiento sedicioso.

Aquellos malvados vieron reforzadas sus filas con la presencia de uno de los hombres más sirvengüenzas y cínicos que he conocido: Salazar y Alonso. Era natural de Siruela y se había criado en Madrid, donde su padre fue a trabajar como barbero. Allí estudió la carrera de abogado e ingresó en el partido lerrouxista. En Siruela se casó con la hija de un labrador acomodado, a cuya costa vivió hasta que se abrió camino en la política. Por allí se presentaba como extremista notorio, imitando a su maestro Lerroux, hasta que consiguió un acta de diputado y después una cartera de ministro. Entonces aquel tipo se quitó el antifaz y se presentó tal y como era. Cerró sus puertas a los

antiguos amigos que le habían ayudado para escalar aquellos puestos; repudió a su propia mujer y se olvidó de sus hijos, teniendo como querida una marquesa extremeña. Participó en todos los negocios sucios que pudo, entre otros el célebre estraperlo, se aproximó a Gil Robles y después a los fascistas, conspirando con ellos y, por último, comprometió a su suegro, Braulio Cendero, poniéndole a la cabeza de los perseguidores del pueblo, motivo por el que fue más tarde fusilado. Pero erró el juego y a este mercenario lo fusilaron los anarquistas en Madrid como merecía.

Al estallar el movimiento reaccionario, los fascistas se apoderaron fácilmente de la mayor parte de la provincia de Badajoz, no encontrando obstáculos serios en su marcha desde Andalucía; pero al llegar al extremo norte del territorio, el pueblo les cerró el paso, quedando una ancha zona en nuestro poder, desde Cabeza de Buey, Villanueva de la Serena y Don Benito hasta los límites de las provincias de Cáceres, Toledo y Ciudad Real. Allí quedaron encerrados, como en una ratonera, centenares de fascistas de la peor especie, torturadores de aquellos pueblos, que fueron detenidos en el acto. Algunos se lamentaban amargamente de no haber sido puestos a salvo por los dirigentes del movimiento, después de haberse gastado el dinero. Ni uno de ellos escapó con vida, fusilados por los pueblos, después de un examen de sus crímenes. No hubo cuartel para ninguno, y menos para los descendientes del “Verdugo de Málaga”, que encabezaba el movimiento faccioso. En Siruela fueron fusilados Arturo Moreno, tres de sus hijos y un yerno; otros cuatro en Almadén y los restantes, hasta veinte y cuatro, en varios pueblos de la región. Sólo quedaron con vida, de aquellas familias, las mujeres, que el pueblo respetó, tanto por su sexo, como porque eran inofensivas; pero las obligó a ganarse el sustento con su trabajo.

Aunque tarde, el pueblo extremeño hizo justicia a Torrijos y a sus sesenta y tres bravos compañeros fusilados, acabando con la mala semilla que seguía dando los frutos del mal.

Este suceso puede servir de norma a los débiles y a los pesimistas para que no se impacienten, ya que la justicia del pueblo no tardará mucho en aniquilar hasta la cuarta generación a los verdugos de España.

La tragedia de Castilblanco de los Montes

En aquellas tierras de la Siberia extremeña un día ocurrió una tragedia terrible que conmovió a toda España, siendo los caídos guardias civiles, entonces considerados, como invulnerables y los mejores sostenes del orden burgués.

Fue en el pueblo de Castilblanco de los Montes, cerca de donde me encontraba. Una manifestación de obreros se dirigía ordenadamente a la Casa del Pueblo, donde concluiría. Pero el estúpido cacique, acostumbrado a los atropellos, ordenó al jefe de la guardia civil que la disolviera. Éste obedeció la orden de mala gana y alcanzó el cortejo cerca de la Casa del Pueblo, cuando ya iban a disolverse. Al comunicar a los trabajadores que tenían que separarse inmeditamente, pidieron éstos por favor que les permitiera llegar a la sede social que estaba cerca, donde terminaría la manifestación. Pero el jefe de la guardia civil insistió en la orden recibida del cacique. Se exaltaron los ánimos hasta el punto que un guardia civil agredió a un obrero. Enton-

ces los trabajadores, indignados por el atropello, montaron en cólera, acumulada durante siglos de esclavitud. Arremetieron contra la guardia civil y en pocos momentos los destrozaron a todos y rompieron los fusiles que llevaban, quedando cadáveres y armas rotas por el pueblo. No se salvó ni un sólo guardia civil del grupo que venía con su jefe a la cabeza.

Tan grande fue la emoción por aquellos sucesos en todo el país, que el general Sanjurjo, jefe del cuerpo de la guardia civil, tuvo que ir a Castilblanco para recoger informes y aplacar los ánimos. Entonces, los reaccionarios de aquella región, creyeron que era el momento de anularme, y me culparon ante el general de ser el responsable moral de aquellos sucesos por la propaganda vertida. Sanjurjo estuvo escuchando, sin alterarse, a la comisión que fue a visitarle y que esperaba me mandara fusilar.

Y les contestó así: “Nosotros los gobernantes mandamos aquí desterrado al doctor Vallina, pero él nos ha ganado la partida y goza del mayor prestigio entre estos campesinos. Pero seamos sinceros y reconozcamos que su fuerza no está en las armas, sino en su comportamiento moral que ha conquistado el corazón de estas gentes”. Y a una señal despidió a la comisión, la que se retiró silenciosa y cabizbaja.

En aquella ocasión no fui detenido por las autoridades, ni siquiera se me tomó declaración, cosa verdaderamente rara, gracias a la intervención de Sanjurjo, que en aquella ocasión se colocó en el terreno de la verdad.

Estos sucesos ocurrieron el 21 de diciembre de 1931, a pocos meses de proclamada la República. Los obreros que intervinieron en la muerte de los guardias civiles y que fueron condenados a la última pena se salvaron de ser ejecutados, por la campaña de solidaridad que se produjo en su favor en toda España. Más tarde fueron amnistiados.

Mi entrevista con Alcalá Zamora

A la vuelta de mi destierro en Estella, impresionado por la agitación antimonárquica que había observado en mi viaje, decidí escapar del lugar donde estaba confinado y lanzarme de lleno en el torbellino de la revolución que se preparaba. Y dicho y hecho, salí de Siruela burlando la vigilancia de la policía y me dirigí a Madrid para obtener una información exacta de la situación. Mi impresión fue excelente. El pueblo vibraba por la revolución: la monarquía era detestada por todos y había hombres que conspiraban con entusiasmo por el triunfo de la República, estando dispuestos a todos los sacrificios, incluso el de la vida. El fondo social de sus aspiraciones era muy débil, pero allí estábamos los anarquistas, los revolucionarios por excelencia, que podíamos cambiar el curso de los acontecimientos.

Un día fui llevado a casa de Ramón Franco, donde éste y Romero me comunicaron que Alcalá Zamora deseaba tener una entrevista conmigo. En vísperas de una revolución política, los anarquistas valemos mucho, como hombres de acción que somos, y hasta se nos reverencia; pero si el movimiento triunfa, se nos persigue como a los peores enemigos, para que no perturbemos la digestión de los vencedores que vienen a ocupar los puestos de los vencidos. Ramón Franco me pareció un hombre aprovecha-

ble de momento, pero que fallaría luego, como así ocurrió. El capitán Romero, que habló poco, tenía un aire de seriedad que agradaba, pero murió poco después. De momento puse reparos a la entrevista que se me proponía, pero al fin acepté ante la reflexión que me hice: "Alcalá Zamora es el eje de la conspiración y por él podría estar al corriente de los acontecimientos". Por otra parte, no me llamaba a engaño. Si la partida se perdía, iría a la cárcel, como otras veces. Y si se ganaba, iría a la cárcel también. La salvación estaba en el pueblo, no en mi persona, que poco valía, sino en la revolución, que lo valía todo.

Así que una mañana me dirigí al domicilio de Alcalá Zamora, por cierto que con disgusto. El amor a la revolución, que enderezaría tantos entuertos, me ha hecho a veces tratar con hombres que se creían grandes, tanto en el campo político como en el social. La antesala estaba llena de hombres, y Benito de Lugo hacía de introductor. Me senté en un rincón de la estancia esperando mi turno, y para no aburrirme saqué un libro del bolsillo y me puse a leer. Pero en seguida salió el secretario de Alcalá Zamora y anunció que se suspendían las consultas hasta el día siguiente. Me levanté complacido, como el que se quita un peso de encima, para marcharme; pero el introductor me detuvo y me dijo que don Niceto había suspendido las entrevistas porque tenía deseos de hablar tranquilamente conmigo.

Alcalá Zamora me acogió afablemente en su despacho, como si se tratara de un antiguo amigo. Entonces estaba en pleno vigor físico y mental, dando la impresión de un hombre superior en su género. Más tarde, en el destierro, cuando pasó por México camino de la República Argentina, estaba ya en plena decadencia física y, además muy apesadumbrado, era una sombra de lo que fue. Tal vez pensaría en el pueblo español crucificado por su culpa y por la de otros como él que ignoraron su verdadera grandeza y lo hicieron vapulear. Tampoco olvidaría cómo las clases conservadoras, que tanto se esforzó en atraer en vez de aniquilarlas, se habían echado en los brazos de la reacción y del militarismo.

Alcalá Zamora me propuso que marchara a Andalucía, donde mi gestión sería más eficaz, preparando para la revolución a los campesinos y obreros de la ciudad. Además me dio una lista de los conspiradores a sus órdenes, la mayoría militares, para que todos marcharan de acuerdo el día de la sublevación. Por otra parte, mi labor no sería limitada ni condicionada por nadie, ni por él mismo, pudiendo obrar como tuviera por conveniente. No hubiera aceptado otra cosa. No demostró la menor desconfianza al entregarme la lista de los comprometidos, que se jugaban la vida y la carrera, sin una certeza de mi delicada misión. No dejé de agradecerle, en mi fuero interno, la confianza que en mí depositaba. Además de un buen conspirador, era un hombre fino e inteligente que sabía con quién trataba, dando a cada uno lo suyo.

Al día siguiente partí para Andalucía, de donde hacía tiempo que faltaba, por mi confinamiento en Extremadura.

Viajes a Andalucía y Cataluña

El viaje que hice por Andalucía, siempre perseguido por la policía y ocultándome, me dio la impresión de que el pueblo estaba en condiciones admirables para una

insurrección. Claro está que no olvidaba las palabras de Salvochea: “Aquí no se hace nada, y cuando se hace algo, se hace un disparate: parece que esta gente obra por impulsos epilépticos”. Había, pues, que obrar con cautela para que se desbordase el torrente popular a tiempo oportuno y con resultados definitivos. Un fracaso sería de consecuencias catastróficas en el momento histórico que atravesábamos. ¡Ay del pueblo si no aprovechaba la ocasión que se le iba a presentar con la caída de una monarquía secular para hacer triunfar sus derechos! Y no se aprovechó, no por culpa suya, sino por falta de preparación revolucionaria de sus falsos guías, y helo ahí en las garras de los más malvados entre los malvados. En vez de propagar la vida libre de acuerdo con las normas del comunismo libertario, cuya bandera enarboló por primera vez en aquellas tierras un anarquista modelo, Fermín Salvochea, derivaron hacia resoluciones políticas amorfas de contenido.

Me dirigí por último a Sevilla, pensando que desde allí podía impartir el impulso revolucionario que conmoviera a toda Andalucía. La perspectiva era magnífica.

Al llegar a Sevilla tuve la más desagradable sorpresa. Una parte de los llamados militantes anarquistas y sindicalistas se habían convertido al comunismo estatal, y hacían la guerra más enconada a los que continuaban en el campo libertario, que por otra parte, como se verá en el curso de estos relatos, no valían gran cosa. Aquello era un lavadero público de dimes y diretes. He de advertir que no me refiero al pueblo, que era ajeno a aquellos enredos, aunque al final pagaban los platos rotos. Hay que despertar la conciencia de la masa popular para que obre por sí misma y por el acuerdo libre de sus asambleas, sin dejarse influir por individuos más o menos trapisondistas. Una parte de aquellos llamados militantes (y no vale la pena de nombrarlos, porque son hartos conocidos) se convirtieron en seguidores del comunismo dictatorial ruso, sin conocerlo a fondo, y siguieron haciendo tonterías, como las habían hecho en nuestro campo. Prescindí, pues, de aquella gente, de la que nada podía esperarse, y entonces llamé con ímpetu a otras puertas.

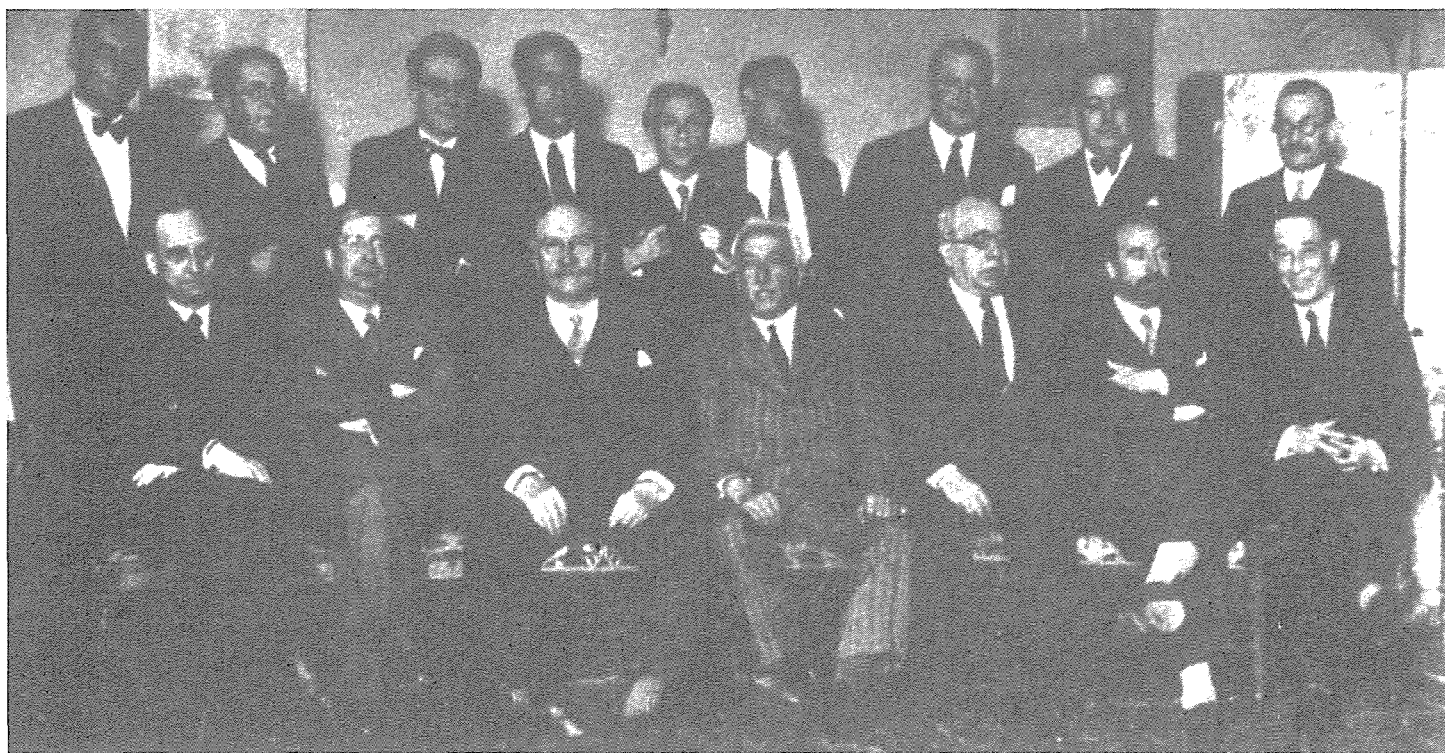
Una semana me costó el poderlos reunir en las afueras de Sevilla, en una venta cerca de Alcalá de Guadaira. Mis palabras era encendidas por lo crítico del momento. La monarquía se desmoronaba, presentándose una situación revolucionaria excelente, que había que aprovechar a todo trance, si no estaba perdida por mucho tiempo la causa popular. Había que hacer la revolución social; saltar sobre las mezquinas aspiraciones oportunistas de los políticos republicanos y socialistas, y si no podíamos instaurar un comunismo libertario, destruir por lo menos hasta en sus cimientos al militarismo, al clericalismo y al feudalismo, para que la segunda República que se levantara sobre sus ruinas no pereciera tan rápidamente como la primera. Por fin, cediendo a mis instigaciones, se constituyó un comité revolucionario que tenía la misión de coordinar todos los esfuerzos populares, de apoderarse de la capital y de extender la revolución por Andalucía, y como después veremos, no cumplieron su cometido, y hasta creo que no volvieron a reunirse más.

Después me dirigí a los militares comprometidos y me produjeron la mejor impresión. No tenían de militares más que el uniforme; eran hombres estudiosos y de ideales generosos. El más prominente de ellos, el que directamente se entendía con Alcalá Zamora, un capitán del Estado Mayor, me hizo esta pregunta:

—¿Cuáles son las aspiraciones políticas de don Niceto?



Firmantes del Pacto de San Sebastián, preludio de la Segunda República (▼). Alcalá Zamora (▲), uno de los hombres claves en el proceso político republicano. Cartel conmemorativo de Galán y García Hernández (▲), capitanes republicanos ejecutados tras la sublevación de Jaca (diciembre de 1930).



—Una república conservadora —le contesté—, de vida efímera, que conservará todos los privilegios, que hará abortar la revolución, que ensangrentará al país y que, por último, nos llevará a una situación peor que la presente.

Aquel hombre se quedó pensativo y sus facciones tomaron un aire de gravedad. Y entonces le expuse mi plan revolucionario que acogió sin reparos. Recuerdo que le preocupaba mucho la amenaza del ejército reaccionario destacado en el Marruecos español, recomendándome que se tomaran medidas contra aquella gente. Los militares revolucionarios cumplieron su cometido, y si no fueron más lejos, no fue por culpa de ellos, sino de los otros que no se movieron de su sitio.

En lo que toca al representante civil de Alcalá Zamora, señor Zambrano, me pareció un hombre muy bueno, pero una nulidad revolucionaria. Y en efecto, al proclamarse la República y tomar posesión del gobierno civil de Valencia, lo primero que hizo fue oír misa, imitando en eso a su jefe en Madrid.

Mientras se preparaba allí el movimiento revolucionario, hice una escapatoria y me dirigí a Barcelona, recordando la frase de mi inolvidable amigo Carlos Malato: “Andalucía y Cataluña son los dos polos de la revolución española”.

* * *

De Andalucía marché a Cataluña, con la esperanza de que ambas regiones fueran el baluarte de una revolución social en España, aprovechando la situación que se presentaba con la caída de la monarquía. Ya había estado en Barcelona en otras ocasiones, de incógnito, en vida de Ferrer y Morral, pero mi misión era tan delicada que no me pareció oportuno comunicarme con Anselmo Lorenzo en la Escuela Moderna, con quien me comunicaba por correspondencia; pero Ferrer se abstuvo de presentarnos para evitarle las inquietudes consiguientes. En Cataluña, pues, no había luchado en las filas del pueblo como en Andalucía.

Cuando llegué a Barcelona, lo primero que hice fue visitar a Pestaña, quien me era conocido, para que me pusiera en contacto con los compañeros a fin de cambiar impresiones sobre la situación que atravesábamos. Una noche me llevó a un café donde se reunieron un centenar de anarquistas. Mi sorpresa no tuvo límites, porque aquellos hombres no estaban a la altura del momento. Por muchos intentos que hice, no pude conseguir que Pestaña bajara de la altura donde se había colocado y fijase la atención en un asunto tan grave como el que me había llevado. Cada vez que intentaba traerlo al terreno de la realidad resbalaba de las manos, como el pez en el agua. Comprendí, con tristeza, que no había allí nada que hacer.

Entonces lamenté que la muerte hubiera arrebatado, luchando como verdaderos revolucionarios, a hombres como Ferrer y Morral, que murieron precisamente por derrocar la monarquía y crear una situación revolucionaria como la que con tanta facilidad se venía a nuestras manos.

Me habría quedado algún tiempo en Cataluña para que mi grito de alarma llegase a las multitudes trabajadoras, con la seguridad de ser escuchado, pero mis compromisos me llamaban a Andalucía, terreno ya harto conocido por mí. Pero no quise dejar de hablar con Companys, cuyo temperamento revolucionario me era conocido. Éste me acogió calurosamente y comprendió en el acto mis intenciones. También él creía que no había tiempo que perder y que no debería desaprovecharse la ocasión

que iba a presentarse de un momento a otro. Hasta me propuso convocar al comité revolucionario de su partido para ponernos de acuerdo sobre la acción a seguir. No pude complacer a Companys, porque mi misión estaba en otra parte, y además esperaba mucho de una sublevación de los campesinos andaluces y extremeños, que hubiera marcado una fecha gloriosa en las luchas sociales. No pudiendo detenerme, Companys apeló a la intervención de Urales para que me quedara. Algunas veces, pensando en el fracaso del movimiento en Andalucía, me he arrepentido de no haber seguido los consejos de Companys. Tanto él como sus amigos, tomaron posesión de la ciudad, en vez de tomarla los obreros, y cumplieron su cometido, que por cierto no era el nuestro.

Volví de mi viaje pensando que si Cataluña y Andalucía, los dos polos de la revolución española, como decía Malato, no estaban a la altura del momento, la causa popular estaba perdida por mucho tiempo. Y así fue, y ahora se sufren las consecuencias. En el camino de la revolución hay que estar siempre alerta, porque un paso mal dado, nos lanza al abismo.

* * *

A mi vuelta de Barcelona, bajé en la estación de Zaragoza con la intención de informarme de la situación revolucionaria de aquella capital, pero me encontré en el andén con Marcelino Domingo, quien me aconsejó que siguiera mi viaje a Madrid, porque Osorio y Gallardo había pedido en Zaragoza la dimisión del rey y me detendrían al informarse de mi presencia. Seguí su consejo y lo acompañé hasta Madrid.

Mujer valiente de un guardia civil

El suceso que paso a relatar ocurrió en Siruela, en la Siberia extremeña, donde me hallaba deportado hacía ya algunos años. Y la protagonista de esta historia era la mujer de un guardia civil destacado en el pueblo. Tendría aquella mujer unos cincuenta años de edad, y era menudita, y de baja talla, con la frente abombada, el pelo castaño y la nariz respingona. Pero tenía unos ojos muy negros en un rostro muy blanco, que miraban con mucha fijeza y daban la sensación de resolución inquebrantable. Había tomado una habitación en la vecindad del cuartel y trabajaba como modista, ayudando a su marido, cuyo sueldo era muy escaso para mantener a una numerosa prole. Porque aquella mujer era en extremo fecunda y ya llegaban a seis los hijos que tenían, todos muy bonitos. Como no era muy cuidadosa con ellos, raro el día que yo no tenía que pasar por el cuartel a curarle alguno. Tuve mucha suerte en mis intervenciones médicas y no se me murió ninguno. Así que aquella mujer me apreciaba mucho como médico y me respetaba como un padre. Y lo mismo podía decirse de las otras mujeres del cuartel, cada una con una carga de muchachos. La estima de las mujeres pasó a la de los hombres, llegando a ser el ángel bueno de aquella gente, y tanto fue así, que llegó la noticia a sus jefes, por mediación de algunos soplones del pueblo, y entonces, alarmados, resolvieron tomar medidas conducentes para preservar a sus subordinados del virus revolucionario.

Y al efecto mandaron un nuevo sargento a Siruela, un tipo en extremo repugnante, con la orden expresa de alejarme del cuartel. Al llegar dio las órdenes más severas referentes a mi persona. Se me prohibía pisar los umbrales del cuartel y llamarme como médico bajo ningún pretexto, aunque hubiera un enfermo en peligro de muerte. Nadie se atrevió a replicar, entre el personal subordinado, contra las órdenes de aquel energúmeno.

A poco cayó gravemente enferma con una bronconeumonía una preciosa niña de tres años de edad de la modista de referencia. La madre se enfrentó al sargento y le dijo que a su niña no la atendía más que yo, rechazando al médico que le proponían, un imbécil alcohólico. Como el sargento se pusiera furioso y amenazara arrestarla, en unión de su marido, la mujer se retiró en silencio, volviendo las espaldas al miserable. Y sin decir una palabra, ni aun a su marido, envolvió a la enfermita en un abrigo y escapó del cuartel, viniendo a mi casa a pedirme un sitio para su hija.

Acogí con cariño a aquella brava mujer y le cedí la mejor habitación de la casa, cuidando a la niña con todo el esmero, hasta que salvó su vida.

Aquel episodio conmovió al pueblo y tuvo eco en toda la comarca, formándose una atmósfera enrarecida contra el sargento de la guardia civil que había tomado tan despiadada medida. Y el escándalo fue de tal naturaleza que un capitán de la guardia civil fue a Siruela para solucionar el conflicto. Por muchos recados que me mandó éste para que la madre y la niña volvieran al cuartel, no pudo conseguir nada, hasta algunos días después que di de alta a la niña completamente restablecida de su enfermedad.

La madre entró en el cuartel con la frente alta y la sonrisa en los labios, llevando en sus brazos a la preciosa niña de rostro sonrosado, mientras que los guardias civiles que allí había, bajaron la cabeza avergonzados y corrieron a ocultarse en sus aposentos, con la conciencia atormentada por una conducta de castrados morales.

El sargento fue sustituido por otro que, al llegar, lo primero que hizo fue llamarme para que asistiera a su madre que se había puesto enferma. Desde entonces puede decirse que el cuartel de la guardia civil en Siruela quedó impotente para oponerse a la voluntad del pueblo. Por eso durante la República hubo allí casi siempre un destacamento de guardias de asalto, tan malos o peores que la guardia civil.

La propaganda por el hecho de aquella mujer y por la conducta mía, hicieron una labor muy eficaz en el conjunto del pueblo que no tardó en dar sus frutos, pues aquella zona se convirtió en un baluarte de las ideas libertarias.

No lo olviden los jóvenes que me lean; la propaganda por la conducta, amoldándose a la moral anarquista, constituye una fuerza formidable para el que la emplea, pudiendo anonadar a los más insolentes enemigos. Y luego la acción, porque las palabras se las lleva el viento, mientras que los hechos siempre quedan, con las consecuencias que acarrear.

Por eso decía Salvochea con mucha frecuencia que “el brazo alcanza más lejos que la lengua”.

* * *

Era el 12 de abril de 1931 y se celebraban en España elecciones municipales; me encontraba en Siruela, donde había sido llamado con interés por aquellos amigos. El

triunfo de los votos republicanos fue enorme, ya que hasta los enfermos se llevaron en camilla a votar. Así fue en toda España. Lo que sí pude observar es que a mi llegada me rodeó mucha gente protegiendo mi persona, como si me amenazara algún peligro. El caso era que la víspera había llegado un pelotón de la guardia civil, y su jefe había advertido a algunas personas que se le había recomendado hacerme matar, cosa que él no haría, pero podía hacerlo otro, motivo de la alarma difundida en el pueblo.

Aquella misma noche, conociendo el resultado de la votación, me dirigí a Almadén, esperando los acontecimientos que se aproximaban.

